LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA

I

Liébana es una de las comarcas más bellas del Norte de España. Verdadera imagen de la juventud, florida, perfumada y llena de sol, hallase como aprisionada por los gallardos Picos de Europa, como si á estos colosos de granito, de cimas peladas y blancas de nieve, estuviera encomendada la guarda y defensa del valle encantador contra todo poder enemigo, ya que el gobierno de Isabel II había abierto una brecha de comunicacion á través de sus entrañas de roca, á costa de ríos de dinero y un mundo de energías. El camino indicado es oscuro y frío; pues los rayos del sol no logran nunca besar sus altos muros de peña, que parecen interponerse continuamente al caminante como si le atajaran el paso. Reina en él un silencio augusto, sólo interrumpido por el vuelo de la águilas y los cernícalos y el sordo bramar del río, en el fondo del precipicio. Todo contribuye á hacer resaltar el contraste que ofrece con el delicioso panorama que se extiende á los pies del sorprendido viajero, después de haber dejado atrás el último recodo de tan imponente pasaje. El valle está sembrado de blancos caseríos, en cuyos cristales se quiebran los rayos del sol, formando caprichosos juegos de luz. Desde los picachos se dominan las ruinas de antiquísimos castillos y monasterios, como arrebujados en el verde manto de los bosques de encinas, pinos y castaños.

Admirador entusiasta del valle de Liébana y sus agrestes bellezas, á él solía retirarse para descansar y fortificar su cuerpo y su espíritu, el sabio catedrático D. Luis Gontrán, que renovaba las decaídas fuerzas con los aires puros de la montaña y revivía bajo los solícitos cuidados de su atenta patrona. Todos le querían; frecuentaba asiduamente las casas aristocráticas de la población, y, á pesar de sus cincuenta años cumplidos, aún se conservaba guapo y arrogante. De frente alta y espaciosa, propia del hombre pensador, con la mirada penetrante de sus ojos expresivos parecía leer en el fondo de los corazones; pero la energía de aquellos ojos hallábase templada por una sonrisa bondadosa é ingenua, como la de un niño, que á veces jugueteaba en sus labios entre picaresca é irónica.

Gontrán era el segundón de una familia de la más rancia nobleza, la cual le consideraba indigno de pertenecer á ella desde que, negándose á seguir la carrera militar ó la diplomática, según era añeja costumbre de los segundones, dedicóse á correr mundo, espoleado por su amor á las ciencias naturales, y á intimar con gentes de todas castas y de todos los países.

Nuestro sabio, con gran despreocupación y espíritu democrático, siguió tranquilamente su camino, hasta que llegó el año en que comienza nuestra historia, en el cual debía variar totalmente su vida trastornando todos sus planes anteriores. Ocurrió que, saliendo un día á pasear por los afueras de la poblacion con su amigo el médico, vió en el río á un muchacho que luchaba desesperadamente por ganar la orilla, sin conseguirlo, hallándose en peligro inminente de perecer ahogado. Gontrán, ni corto ni perezoso y sofocado como estaba, precipitóse al agua á pesar de las voces del galeno, que se quedó en las manos con el gabán por donde sujetaba á su amigo.

—Pero, hombre, ¿qué importa mi vida, si ese chico es el sostén de su madre?

Al muchacho no le sentó mal el baño; pero el generoso Gontrán cogió una pulmonía de mil diablos. Su estado inspiró gran inquietud á sus amigos; hubo días en que luchó entre la vida y la muerte, y fué tal su gravedad que decidieron avisar á la familia, á pesar de hallarse el enfermo rodeado de los más exquisitos cuidados. La hija de la patrona no se movía, ni de día ni de noche, de la cabecera del enfermo; parecía como si no sintiera las mismas necesidades que los demás mortales, pendiente de los mandatos y advertencias del médico, los cuales cumplía con tal solicitud y seguridad como si hubiera sido enfermera toda su vida.

La verdad es que causaba asombro: ¿de dónde sacaba la vivaracha y risueña Rosita aquella seriedad y diligencia? El medico D. Antonio, no salía de su pasmo cuando advertía el tino con que la muchacha le hacia sus observaciones.

Al cabo de algunos dias llegó carta del hermano de Gontran, en la cual, con frases corteses, agradecia al médico su interés; pero decía que no le era posible interrumpir sus baños medicinales, y que se encargaba de pagar todos los gastos que pudiera ocasionar la enfermedad, suplicando al doctor *que no escatimase el dinero para devolver la salud* á su hermano.

—¡Qué gente más egoistona y sin entrañas!—murmuró D. Antonio, mientras Rosita no sabía si indignarse ó alegrarse de aquella extraña prueba de amor fraternal. Alla, en el fondo de su alma, había temido que alguien la alejara del enfermo ó se atreviera a ofrecerle dinero por sus cuidados.

—No le hable usted nada a D. Luis de lo de la carta—dijo la joven al doctor;—es preferible callar á darle ese desengaño. La presencia del general, ahora, sólo hubiera sido un trastorno...

Vinieron horas de angustia, sobre todo cuando el enfermo, excitado por altísima fiebre, daba interesantes conferencias científicas, imaginandose estar ante sus alumnos. Rosita tenía que hacer esfuerzos terribles para retenerlo en el lecho. A tales momentos de exaltación seguían largas horas de postración y debilidad; mas, por fin, se inició la *mejoría*.

—Será lenta, muy lenta,—murmuraba D. Antonio;—pero se afirma la esperanza; y entonces, chiquilla, nos felicitaremos mutuamente de haber salvado al amigo.

La curación iba más de prisa de lo que se había figurado el buen doctor, y, en tanto, se retraía poco á poco Rosita del cuarto del enfermo, pretextando ya un trabajo ya otro cada vez que el catedrático insistía en que siguiera a su lado. La muchacha esquivaba hallarse a solas con el paciente, se turbaba y enrojecía cuando éste la llamaba á su presencia é ingeniabase de mil maneras para evitar un encuentro, mientras su corazón, al pensar que pronto se iría Gontran, acaso para siempre, se encogía de dolor y veía desaparecer con aquél toda la alegría y todo el interés de su vida.

—¿Qué puede esperar ni desear una mujer ignorante como yo?

Rosita pleiteaba un día con aquel corazón rebelde, que se empeñaba en no avenirse a razones, cuando de pronto vió al catedrático delante de ella; el cual le dijo, al ver el ademán de la joven para alejarse:

—No se mueva usted, hija mía; pues sólo he de hacerle unas preguntas que deseo conteste usted con toda lealtad.

Obligó á la joven, con un gesto, á que se sentara *de nuevo en el banco de musgo que ocupaba, y*, colocándose á su lado, dijo:

—Quisiera saber, únicamente, si se determinaría usted á seguir cuidando á un hombre viejo y solo que no ha tenido cuidados ni cariño desde que perdió á su madre, y que ahora, durante su enfermedad y su desamparo, ha comprendido la gran falta que le hacen y lo mucho que carece de ellos...

Rosita, avergonzada, inclinó la cabeza, y calló, temblando de emoción y sorpresa.

—Quiero leer la respuesta en sus ojos—añadió Gontrán;—pues sé que no saben mentir.

Y sin hacer caso de las protestas de la muchacha, levantó su hermoso rostro... Y lo que hablaron los ojos de Rosita debió de satisfacerle por completo; pues la estrechó fuertemente contra sí.

La joven quiso soltarse de sus brazos y alejarse, mientras decía:

—D. Luis, yo no soy la mujer que le conviene á usted; yo soy una zafia, una campesina, y no debo...

Las palabras que pronunciaba se le atragantaban; ella sentía muy bien que le quería con toda su alma..., pero por eso mismo debía renunciar á ser suya. Así, pues, continuó:

—Está usted bajo la impresión de lo pasado, D. Luis; está usted débil aún, y...—añadió bromeando—y su cabeza no rige bien... De otro modo, ¿cómo iba á ocurrírsele casarse con una ignorantona como yo, que ni tiene idea de lo que usted sabe ni de lo que usted hace, y que haría tan malísimo papel al lado de un profesor tan... No puede ser, D. Luis; no hay cosa más triste para un hombre *que tener á su lado una mujer incapaz de* comprender sus afanes y de ocupar dignamente el lugar que le corresponde.

—Vaya, vaya... Pero ¿crees tú que yo quiero por mujer alguna sabihonda, ó alguna heroína de los salones de la corte?—respondió Gontrán.—Yo ambiciono, precisamente, la posesión de una rosa fresca y silvestre como tú, criada en este hermoso y apartado rincón de la naturaleza; libre del contagio del mundo, cándida como las nieves que cubren estos picachos... Y para conservarla así, para mi exclusivo recreo, lejos de trasplantarla, seguirá floreciendo aquí, donde ha nacido...

***

No hubo boda en la provincia que levantara mayor polvareda que la de Rosita con D. Luis. Las señoras de la aristocracia lugareña se indignaron ante semejante *mésalliance*, asegurando que los sabios son verdaderos *inconscientes* y debieran estar bajo tutela... Toda aquella flor y nata de Liébana se conjuró para no recibir en sus casas á la hija de una antigua sirvienta.

Los maridos respectivos respondían á esto:

—Esperad, primero, á que el esposo la presente. En medio de todo, el disparate no es tan grande como os empeñais en hacerlo ver vosotras. Rosita es una mujer hermosa y buenísima, que le hará venturoso...

Una mirada terrible hizo un día enmudecer á uno de aquellos entusiastas defensores, y alguna de las conjuradas dijo, suspirando ruidosamente:

—Ya va picando en historia eso de que los hombres casados alaben siempre las virtudes de las mujeres ajenas, mientras desdeñan la abnegación y la bondad que tienen en la propia casa.

D. Antonio se relamía de gusto al ver los alfilerazos que tan pródigamente distribuían aquellas cariñosas esposas á sus maridos, y para coronar la fiesta declaró con toda seriedad. que él era quien había salido perjudicado; pues si Gontrán no se hubiera decidido, él se habría casado con Rosita...

La falta de regalos y buenos augurios no turbó la felicidad de los nuevos cónyuges, que se bastaban á sí mismos por completo. D. Luis mandó traer su biblioteca y sus muebles de Madrid; restauró un ala del *derruído castillo anejo á la casa* de labranza, y allí se instaló con su joven esposa. Sus trabajos científicos tomaron gran vuelo desde que Rosita, siempre solícita y amante, evitaba todas las interrupciones molestas, adivinaba los pensamientos de su marido y disimulaba sus ligeras debilidades, cuidando y respetando los libros y papeles como él mismo.

La joven dirigía al propio tiempo todas las faenas de la hacienda, que prosperaba á ojos vistas, hasta que el nacimiento de la pequeñuela Rita la obligó á entregar el mando. D. Luis creyó volverse loco de alegría cuando vió aquella sonrosada criaturita en sus brazos: sus sueños se habían convertido en una realidad consoladora; ya tenía una hija á quien educar y formar á su gusto. Aún no sonreía la chiquilla y ya el padre imaginaba el plan de estudios á que pensaba sujetarla...

—Es tu imagen, tu propio retrato—le decía llena

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR, novela original de Teresa Koehler

Arcadio Mas y Fondevila, dibujó

Rita se cubrió el rostro con las manos y, deshecha en llanto, se dejó caer en las gradas del altar.

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

de orgullo la madre.—Esta niña va á ser el puente que nos comunique á los dos, el que salve la laguna de mi ignorancia...

ahorraría! Suspiró desconsoladamente y murmuró:

—No puedo, Dios mío... ¿Qué será de nosotros?

. . . . . .

—¿Le has sacado al tío muchas veces de apuros, papá?

—*Siempre, respondió Gontrán con voz apagada.*

Elsa le siguió con la mirada hasta verle desaparecer entre los árboles

Un estrecho abrazo del marido recompensaba la modestia y humildad de la esposa, á quien solía decir:

—Si Rita llega algún dia á hacer tan feliz á su esposo como tú me haces á mí, ya pueden estar contentos los dos.

II

Habian pasado muchos años, llenos de paz y de alegría. Gontrán, arrellanado en la poltrona de su despacho, hojeaba una nueva obra que había recibido aquel día de su librero; pues los libros seguían siendo su locura. Recorría con ojos brillantes de satisfacción las frases laudatorias que había merecido, de otros eminentes colegas, su última obra científica, é involuntariamente confirmaba con la cabeza la opinión que leía, enderezándose de cuando en cuando y sonriendo lleno de legítimo orgullo.

Dejó el libro y tomó la última carta, que quedaba del correo, la cual abrió vacilante, como si temiera leerla. Y, efectivamente, como herido por un rayo, irguióse Gontrán un momento; luego apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, mientras clavaba su mirada llena de angustia en la terrible misiva. El cigarro se le apagó sin que se diera cuenta: contemplaba, sin verlos, los grandes tomos alineados, que habian sido su orgullo y su gozo, y que ahora le producían remordimiento. ¡Qué capital había empleado en ellos! Si lo *tuviera ahora, ¡cuántas penas no se*

—Papá, ¿qué te pasa?

Así dijo, plantándose delante del anciano, una muchacha esbelta y hermosa, vestida de blanco, un verdadero ángel de luz que, abrazándole cariñosamente, trató de levantar su cabeza.

Desde la terraza del despacho de su padre, Rita observaba, ya hacia rato, el cambio de actitud del anciano, sin atreverse á distraerlo; pero luego, temerosa, corrió á sacarle de su abstracción.

—Ea, señor sapientísimo, confiésele usted á su modesto fámulo cuál es ese arduo problema científico que ocupa en atención. Hasta ahora todos los ha solucionado usted satisfactoriamente, cubriéndose de gloria...

Y señaló un gran sobre casi cubierto de sellos.

—El problema del dinero, hija mía. Ya sabes que nunca he sabido echar cuentas; ésas estaban todas á cargo de tu madre, que es más práctica; pero esta carta.., ésta cae fuera de todos los cálculos y de todas las previsiones. Rita mía, no debo ni puedo atosigar á la pobre mamá con esta nueva carga...

La joven cogió la carta, y su mano tembló al recorrer con la vista aquellas líneas, dictadas por la desesperación. Las letras bailaban ante sus ojos, y las frases retumbantes: «deuda de honor», «pérdida de carrera» y «suicidio» la trastornaban por completo. Tímida y vacilante preguntó la joven, recordando que no se había hablado nunca en su casa de la ilustre *familia paterna:*

Ahora comprendo que he hecho mal; que te he perjudicado á ti y á tu madre... Pero es mi hermano. Hoy no puedo ni debo ya salvarle; es jugador... ¡es un perdido! Y, sin embargo, esta letra falsa, con mi firma, puesta por él, es preciso pagarla... ¿Comprendes, Rita?

La joven asintió; le era imposible pronunciar una palabra, y conmovida apretó la cabeza del anciano contra su pecho. De pronto dijo, metiéndose furtivamente el sobre en el bolsillo y colocando papeles y libros ante su padre:

—¡Viene mamá! Aún hay ocho días de tiempo, y al fin no se trata de millones. Tu biblioteca bien vale unos cuantos miles de pesetas; conque tranquilízate, padrecito mío.

Abrióse la puerta del despacho y apareció en ella una señora gruesa y guapa, de rostro plácido, bondadoso, leal. Al ver la palidez extraordinaria del anciano dirigió una mirada interrogativa á Rita, la cual dijo serenamente:

—Me alegro que entres, mamá, pues todos mis sermones para hacer acostar á este caballero, que tiene una jaqueca terrible, son en balde.

Difícil hubiera sido hallar una pareja más opuesta que aquel matrimonio, que en su misma diferencia había hallado la felicidad y el complemento mutuo. Ambos cuerpos y ambos caracteres se habían combinado armónicamente en Rita.

—Ven, viejecito mío, dijo Rosa acercándose á su esposo, y sacando á éste con tanto cariño como deci-

© Biblioteca Nacional de España

sión de su butaca. Seguramente habrás trabajado y cavilado como un loco, y ya ves los resultados. Dale descanso á esa cabeza, mientras yo corro con el cuidado de tu cuerpo. Los sabios, cuanto más discurrís, tanto más os convencéis de que sólo estáis en los comienzos de vuestra sabiduría; en cambio nosotros, los seres prosaicos, sin rompernos tanto los cascos, sabemos lo que nos conviene. Y si no, mira: hoy justamente he hecho muy buen negocio; ha venido la mar de gente á merendar, y también se ha vendido mucha leche y muchas flores.

Siempre que la madre hablaba de los ingresos de la hacienda, D. Luis y Rita no podían dominar un sentimiento de disgusto; pero hoy abrazó la niña con gran efusión á Rosa diciéndole:

—Vales en oro lo que pesas, y desde hoy te prometo que tendrás una ayuda en esta hija tan torpe y tan inútil... Y ahora permitidme que vaya á arreglar la ermita.

Y sin esperar respuesta, la joven atravesó corriendo el huerto, mientras Rosa, extrañada por la actitud de su hija, se encaminaba á acostar á su marido y enviaba recado á D. Antonio.

***

Rita llegó á la ermita, que se hallaba aislada y oculta en el bosque; era *su* ermita, la cual se había comprometido á cuidar y adornar desde niña; y allá entró y se sentó, desconsolada, en las gradas del altarcito, á los pies de su Patrona, á releer la espantosa carta. En aquella capilla solitaria veíase Rita al abrigo de toda mirada indiscreta, y podía llorar y rezar á su antojo, y desahogar aquella grandísima pena que, á fuerza de energía, había logrado ocultar á los ojos de su madre. Allí nadie podía enterarse de la deshonra y de la amargura que amenazaban á su querido viejecito. ¿De dónde sacar aquel dinero? ¿A quién confiar aquella desgracia, si ella no conocía á nadie capaz de salvarlos?... Y además, ¿quién iba á prestarle semejante cantidad á tan largo plazo; pues pasarían muchos años antes de que ella pudiera devolverlo con su trabajo? Rita, desesperada, prorrumpió en sollozos ante la Virgen.

—¡Madre mía, sálvanos, ayúdanos! Tú, que sabes lo que es sufrir, no me desampararás; no permitirás que llegue á dudar de tu bondad ni de tu poder...

Exaltada por el dolor, continuó hablando la joven, ya en tono de mansedumbre y de súplica ya en son de amenaza, sin darse cuenta de lo que decía ni de lo que pasaba á su alrededor. El cielo se había obscurecido; el viento sacudía fuertemente los árboles, cuyas ramas azotaban las paredes de la ermita, y hacia rechinar la puerta con ruido estridente; la obscuridad reinaba en el reducido espacio de la capilla, iluminada sólo por una lamparilla de aceite, cuya luz temblorosa daba un tinte sonrosado al rostro bellísimo de la imagen sagrada. Rita no tuvo miedo cuando notó aquella violenta excitación de la naturaleza, que tan bien armonizaba con el estado de su ánimo.

De pronto sintió un estrépito formidable que hizo retemblar hasta los cimientos de la ermita, cuyos cristales sonaron como si se hubieran hecho pedazos. Aquello debía ser un rayo, sin duda... La joven se volvió hácia la puerta; un relámpago le hizo cerrar los ojos, pero no tan pronto que no notara, á su resplandor, que no estaba sola. Asustada entonces clavó los ojos en la persona que había visto: un joven, que, con el fusil al hombro y la canana bien provista, se inclinó ante ella:

—¡Ah! ¿Es usted, Cayetano?, exclamó Rita, respirando aliviada, pero roja como una cereza. ¡Qué susto me ha dado usted!

El joven vaciló antes de contestar.

—Perdone usted, Rita; mi indiscreción no ha sido voluntaria: la tormenta me ha obligado á refugiarme aquí...

—Entonces, ¿se ha enterado usted de todo? ¿habrá usted oído?...

Rita se cubrió el rostro con las manos y, deshecha en llanto, se dejó caer en las gradas del altar. El joven cazador avanzó unos pasos.

—No se apure usted, Rita, dijo con voz temblorosa, lleno de compasión, que no nos conocemos de ayer. . Es verdad que cuando yo estudiaba latín y griego con su padre, era usted una niña, y ahora está usted hecha una señorita. . ¡Yo no la hubiera conocido! Es la primera vez que entro en esta ermita, y no cabe duda en que la Virgen misma envió esta repentina tormenta para obligarme á buscar un refugio en ella y á ser su mensajero... Yo tengo mi bolsillo particular, Rita, en el que sólo interviene mi persona, y ése lo pongo enteramente á la disposición de usted. No es que pretenda ofrecérselo como regalo; cuando usted gane por su cuenta, puede devolverme el préstamo tal como usted misma se lo proponía á la Virgen. ¿Quiere usted fiarse de mí? Yo le ofrezco lo que pedía usted con tan ardiente súplica hace un momento, y ya ve á cuán poca costa puede usted devolver á su noble y generoso padre la tranquilidad perdida... Mire usted, ya sale el sol de nuevo; la luz vuelve á alumbrarnos y parece que hace sonreir á Nuestra Señora de satisfacción por su obra...

Cayetano no hubiera podido hallar palabras más convincentes. Rita le alargó la mano con los ojos llenos de lágrimas, y su boquita menuda se iluminó con una sonrisa de felicidad. Para un corazón sano, todavía en los albores de la vida, no hay mayor ventura que el poder confiar en sus semejantes. Así exclamó alborozada:

—Tiene usted razón; la Virgen ha tenido piedad de mí y nos ha enviado un ángel salvador...

Rita se quedó parada y miró avergonzada á Cayetano.

—Ángel, precisamente, no. dijo el joven; los ángeles llevan alas en vez de fusil y canana; pero eso no hace al caso. Dicho y hecho: mañana á esta misma hora estaré aquí y le entregaré lo convenido, á condición de que sea un secreto entre los dos.

—¡Eso no puede ser!, dijo vivamente Rita. Claro es que se lo ocultaré á mamá; pero á papá se lo diré en seguida. Además, hay que hacer un recibo de la cantidad prestada, en el que constará que la biblioteca le pertenece á usted hasta que yo pueda redimirla con mi trabajo. Estoy estudiando para maestra, y espero poder pronto ganar dinero. Mañana mismo vendré con el recibo... Y ahora, ¿cómo mostrarle á usted mi gratitud? Usted nos ha salvado de una desgracia horrible en la que quizás le iba á mi padre la vida. Está malo del susto que le ha producido la carta; pero con la noticia que yo le llevo recobrará la salud. Me voy corriendo á decírselo...

Arrodillóse Rita ante la imagen, murmuró una ardiente oración de gracias y salió de la ermita. Cayetano la acompañó hasta la salida del bosque, donde se separaron dándose un vigoroso apretón de manos y diciéndose un «¡Hasta mañana!» que alegró ambos corazones.

El paisaje era encantador; el ambiente estaba diáfano, limpio, purificado por la tormenta; la hierba y las hojas de los árboles, salpicadas por la lluvia, brillaban como cuajadas de brillantes; los pajarillos entonaban, después del susto pasado, sus cantos de gratitud y bienestar.

La joven atravesó como una gacela el espacio que la separaba de su casa, la cual parecía como recostada al pie del monte, á media hora de la villa de Alameda. Antiguamente había sido la finca una de las posesiones más ricas y extensas del país, y así lo atestiguaban las vetustas ruinas del castillo, que hablaban elocuentemente de su pasado esplendor. Ahora, gracias al trabajo y al orden de la dueña de la casa, ésta era una hacienda floreciente, con no poco sentimiento del padre y de la hija, mucho más artistas que Rosa. Ésta recibió á Rita con muestras de desagrado diciéndole:

—Ya era hora, hija: estaba muerta de miedo... No sé qué habilidad tienes para desaparecer cuando más falta haces; y sobre todo hoy, que tu padre ha tenido un ataque terrible... Y encima ha venido la señora de D. Carlos, que á nadie entiende sino á ti. Y ¡qué cara traes! ¿Qué te ha ocurrido?

La joven, sin responder, quiso reconciliar á su madre con un beso; el corazón le estallaba de gozo. Rosa añadió:

—Anda, anda; vete á mudarte, que vas á coger un catarro... Pero sin despertar á tu padre, que ha estado peor que nunca: ha delirado, hablando de dinero, de deshonra, de papeles..., ¡qué se yo!, de cosas que no le van ni le vienen: mientras yo viva quiero verle libre de esos cuidados y preocupaciones... D. Antonio ha exigido el más completo reposo; conque ten mucho cuidado...

Rita pasó el día siguiente trabajando sin parar y deseando alas al tiempo. Cuantas veces intentó acercarse á la alcoba del enfermo para darle la buena noticia, se lo impidió la presencia de su madre. Por fin llegó la hora de la cita, y la joven no sabía darse cuenta de si era la alegría de volver á ver á su salvador, la gratitud ó el anhelado dinero lo que la llevaba como una exhalación á la ermita. Cayetano no estaba.

—¡Madre santísima! ¿Cumplirá su palabra? ¿Vendrá como dijo?, murmuró la joven, mirando angustiosamente á la imagen de María.

—Ya estamos aquí, dijo una voz á su espaldas. Rita, vamos á nuestro asunto.

La joven le entregó la carta y la letra falsificada, y dijo llena de vergüenza:

—No he podido traerle á usted el recibo, como era mi deseo; porque me he encontrado á papá bastante mal. Pero...

—No importa; no lo necesito, interrumpió sonriendo Cayetano.

—¡Qué bueno es usted! Nunca olvidaré lo que hace por nosotros.

—¿Y si yo no quisiera que usted me lo agradeciera, y, en cambio le pidiera algo que creo mil veces más precioso?, preguntó el joven poniéndose grave.

Rita le miró asustada y dijo:

—¿Qué puede usted pedirme, si yo no tengo nada ni poseo cosa alguna que valga dos cuartos?

—Eso mismo que le ofrecía usted á la Virgen, á cambio de su ayuda: su cariño y su confianza para siempre... No, no se asuste usted; yo me los iré conquistando poco á poco y esperaré con paciencia que usted me los otorgue de buena voluntad. ¿Podré conseguirlos algún día, y me permitirá usted verla y hablarle alguna vez?

Rita, confusa, interrogó con la mirada el dulce rostro de la Virgen, como preguntando si obraba bien al conceder aquellas entrevistas en su santuario; pero recordó que la Virgen misma le había enviado á Cayetano para su consuelo, y, por tanto, no podía oponerse al cumplimiento de tal deseo. Alargó, pues, la mano al joven sin decir una palabra; ambos se arrodillaron luego un momento ante su protectora y salieron de la capilla.

III

La silenciosa villa de Alameda estaba transformada; las fiestas se sucedían sin reposo, y toda la comarca acudía á ellas con alborozo, ya para obsequiar á la comisión extranjera que había venido á inspeccionar la riqueza de las minas, ya para festejar el regreso del ingeniero D. Carlos Miranda, que llegaba de ampliar sus estudios en Alemania y venía casado con una encantadora rubita de aquellas tierras del Norte.

Carlos había quedado huérfano de padre y madre en los primeros meses de su vida; pero no había carecido de amor ni de cuidados: su tía Juana supliólo fiel y abnegadamente á la madre, tal como se lo había prometido á ésta en los últimos momentos. Había sacrificado al sobrinito su juventud y sus amores, por exigir su celoso prometido que se separara definitivamente del huérfano. La crianza y educación de éste, llenaron toda la vida de doña Juana, que se creía recompensada de sus desvelos y sacrificios con las caricias de aquel hijo de su hermana y con que éste, estrechándose contra ella, la llamara: *su mamita*. Para el pequeñuelo no había triunfo más grande que una alabanza de su tía, ni mayor disgusto que una censura. Doña Juana fué después, para el adolescente, el ideal de la belleza, de la elegancia y de la perfección femeninas, y éste á su vez, para la solterona, el orgullo y la alegría de su vida, especialmente desde que obtuvo el título de ingeniero. Toda la ambición de la tía se cifraba en casarle con su ahijada, la encantadora Emilia; pero en este asunto y por primera vez, halló en ambos jóvenes una resistencia inexplicable. La fraternal amistad que unía á los muchachos y las confidencias que se hacían mutuamente, habían sido interpretadas por doña Juana como amor, el amor que tanto deseaba ver inflamarse entre sus queridos niños, y ni un momento pudo sospechar que Carlos fuera el confidente y protector de los amores de Emilia con Alfonso, su amigo. Emilia en cambio, consiguió de la madrina el permiso para que Carlos pudiera continuar sus estudios en el extranjero. A todos estos desengaños hubo de resignarse la tía Juana; y un día, cuando menos lo esperaba, le reveló Carlos que se había prendado de una joven alemana, y le pedía á *su mamita* que consintiera en este casamiento y le diera la bendición.

—No, eso sí que no lo consiento, dijo la tía con dureza. ¿He merecido yo que me traiga á casa una extranjera, cuyo modo de ser y de sentir ha de ser tan diferente del nuestro? ¡Ya le tengo rabia á esa chiquilla por haberse atrevido á robarme el cariño de Carlos!

Esta censura iba enderezada á Emilia, que hacía tiempo conocía el secreto de tales relaciones. La joven dejó que la tía desahogara su enojo y su pena tranquilamente, pero se decidió á ayudar á su amigo venciendo la oposición de la madrina. Ésta continuó:

—¡Y aún pretenderá que una vieja como yo aprenda esa lengua de perros!.. Créeme, Emilia; yo estoy ya de sobra... ¿Cómo que no? Acaso no me consideran como un estorbo, cuando dice que mandará disponer los graneros para que les sirvan de habitación?

—Pero eso, precisamente, es por evitarte molestias y trastornos, observó Emilia, aunque poco satisfecha de la decisión de Carlos. Así te evita el contacto íntimo con Elsa, á quien, de este modo puedes ver sólo cuando te plazca ó te convenga. La galería de cristа-

© Biblioteca Nacional de España

les une y separa á la vez las habitaciones, de manera que no hay por qué alarmarse ni temer nada de lo que dices. Al fin, la misión de tu vida se ha reducido siempre á hacer feliz á Carlos, y si éste halla la felicidad en su unión con Elsa, ¿vas á destruir tu propia obra por un mísero egoísmo? Con tal que la muchacha sea la mitad de buena de lo que dice Carlos, ya basta; ella tratará de resarcirte con creces por el disgusto que te causa involuntariamente. El cariño os separa pero también el cariño volverá á uniros. En vez de pasar el tiempo en inútiles reconvenciones debiéramos ocuparnos en preparar á los novios un recibimiento lucido; aún nos queda mucho que hacer...

Emilia, durante todos aquellos días, logró disipar la tristeza de doña Juana y contestar debidamente á sus quejas y reproches, hasta conseguir que la madrina prometiera recibir á su sobrino con aparente tranquilidad. La joven, en cambio, estaba loca de alegría y de entusiasmo; se había propuesto disimular con su animación la frialdad y reserva que acostumbraba mostrar la solterona cuando alguien no era de su agrado.

—A esa pobre novia hay que recibirla con un saludo de su tierra, se decía Emilia; pues es seguro que la tía estará hecha un carámbano, y eso, por lo pronto, me parece que no podré evitarlo...

Amaneció el día de la llegada. La casa estaba adornada de flores y rebosando gente. Paró un carruaje; Carlos saltó á tierra, ayudó á bajar á su mujer y, poniendo á ésta en brazos de su tía, estrechó á ambas contra sí. ¿Seguiría la señora tan hostil? Al parecer no; sólo Emilia advirtió el beso helado con que doña Juana saludó á Elsa, el abrazo frío y seco con que llenó exteriormente las formalidades de costumbre, y la reverencia con que contestó á las balbucientes palabras de la alemanita.

¡Qué diferente fué el recibimiento que hizo á su sobrino! Para no dar lugar á que la recién llegada advirtiera estos detalles, Emilia la besó y abrazó efusivamente mientras le decía en alemán:

—Te quiero mucho, y Alfonso es tu amigo...

Estas pocas palabras le habían costado á Emilia un trabajo ímprobo; pero la expresión de agradable sorpresa de la carita pálida y conmovida de Elsa, le recompensaron con usura, y su gracia y su alegría, secundadas por la jovialidad de Carlos, hicieron muy agradable aquella primera fiesta, amenazada de aguarse por la gravedad y el despego de doña Juana.

A Elsa le costó no poco trabajo amoldarse á su nueva vida, tan diferente, en todo, de la de su país; y mucho más por las dificultades que hallaba en el idioma. La joven había creído que poseía medianamente el español, y ahora se hallaba con que le era imposible conversar en esta lengua, y que á pesar de sus esfuerzos, no lograba expresarse sino muy defectuosamente.

Doña Juana recibía las atenciones, de Elsa con su frialdad de costumbre; pues, desconfiada y terca, sólo veía en ellas el cálculo y la diplomacia de la extranjera; pero gracias al empeño y á la constancia de Emilia, logró vencer, poco á poco, los prejuicios y rarezas de su madrina.

Pasó el rigor del invierno, y en febrero estaban los almendros cuajados de flor. Elsa, en vez de subir con su marido á las empinadas montañas, hubo de conformarse con pasear del brazo de Carlos por la hermosa alameda, como los otros matrimonios sensatos de la población. A veces le acompañaba largo trecho de camino, cuando el ingeniero se dirigía al puente cuya construcción le estaba encomendada; y el tiempo que duraban aquellas ausencias lo pasaba esperando en la pintoresca casa de doña Rosita, en donde merendaba un trozo de jamón y la suculenta tortilla que ésta le preparaba.

En estos paseos conoció Elsa á Rita, de quien se mostraba entusiasmada y á quien rogaba siempre que le hiciera un rato de compañía. Elsa creía no haber visto nunca una belleza más perfecta ni una naturalidad más encantadora que las de aquella hija de la montaña, que á una gallardía y una gracia especiales, juntaba unos modales tan distinguidos y una delicadeza como si hubiera nacido en un palacio de príncipes.

—Carlos, solía decir Elsa á su esposo, si yo fuera hombre me hubiera enamorado como un loco de esa preciosa chiquilla.

—También á mí me hubiera gustado si no hubiese conocido á una alemanita rubia como el oro. Te advierto que Rita es la flor del valle por lo bella, y que canta como una alondra. Me alegraría que se casara pronto y bien, y no será difícil porque á los franceses é ingleses de las minas les gusta mucho hospedarse aquí.

—Y ¿cómo es que no la he visto en ninguna reunión de las que frecuentamos, siendo tan bien educada y tan modosa? Rita no es mujer para un hombre vulgar...

—Bien se ve que no conoces la ridícula presunción de las mujeres de nuestra sociedad: su vanidad y su estupidez sin fin, les hace desdeñar el trato con una mujer que trabaja y se afana para procurar á su marido el famoso Gontrán, una vida cómoda é independiente, consagrada exclusivamente á la ciencia y al estudio. Y por cierto, dicen que se halla bastante delicado y desearía visitarle. Los padres vivirán felices en su aislamiento pero la joven debe sufrir en esa situación indeterminada, aunque demasiado orgullosa para confesarlo.

—¿Tiene novio?

—Sí, un compañero mío de colegio; el agricultor más rico de Liébana. Tú crees que esa muchacha no está en armonía con la posición que ocupa; pues lo mismo creen otros, pero en sentido inverso: aseguran que el novio se rebaja casándose con ella y que éste nunca obtendrá el consentimiento de su madre para la boda.

—Y ella, ¿le quiere?, preguntó Elsa siguiendo con la vista la gallarda figura de la joven.

—No lo sé... Dicen que él la quiere apasionadamente, casi tanto como yo te quiero á ti; por lo cual creo que merece también ser correspondido.

—Sí, pero no incondicionalmente; pues si su corazón ama á otro, el cariño de tu amigo será para ella una carga.

—Ahí tienes al pretendiente, y puedes juzgar por cuenta propia; mas no por eso te olvides de comerte esa exquisita tortilla, antes de que se enfríe.

—La muchacha no le quiere, por lo visto; pues le saluda tranquilamente como á todos los que llegan. Creo que no debe casarse con él.

—¡Qué disparate, chiquilla! ¿Te figuras que en España están permitidas entre los novios esas demostraciones públicas de cariño como es costumbre en tu tierra? Aquí se desacreditaría la muchacha para toda la vida...

—Eso es asunto de costumbres, contestó Elsa; pero tampoco he observado en Rita ese brillo de la mirada, ese cambio de color, ese sentimiento espontáneo que sale á la cara aunque no se quiera, y vende al más disimulado. Fíjate en él y compara la expresión de ambos. ¡Pobre alondra! Me parece, que te van á estropear la voz con esta boda...

—Pues yo creo lo contrario; precisamente lo que veo, me prueba que estoy en lo cierto, y en este punto vemos más claro los hombres que las mujeres. Acaso la obliguen á estar reservada las circunstancias excepcionales de ambos; la resuelta oposición de la comadre del novio y los chismes y cuentos de las comadres, que nunca escasean. Si le fuera indiferente le habría recibido de otra manera.

¿Advirtió Rita que era objeto de la conversación del matrimonio? Ello es que miró á Elsa y se puso roja como la grana, y después de pasarse la mano por la frente como queriendo alejar los pensamientos tristes que la embargaban, se recogió los bucles rebeldes y, apartándose un poco de su novio, señaló á los huéspedes, en los que aquél no había reparado ni parecía querer hacer caso.

—No puedo ni quiero esperar ya más; es inútil, le oyó decir Elsa en tono resuelto. La que ha de ser mi mujer no necesita servir á nadie. Dentro de poco tendrás tu propia servidumbre, y ya podrías tenerla si no fuera por tu terquedad. Dime que sí, Rita; deja que vaya á hablar con el señor cura, ó acompáñame tú...

—Todos los sábados me dices lo mismo, y siempre tengo que contestarte igual, por mucho que me duela; pues no veo que las circunstancias varíen... Si hablas con tu madre, será capaz de renegar de ti y de maldecirme á mí; y si hablo yo con la mía, me obligará á ceder á tus instancia; de modo que sólo me queda el recurso de callar y esperar.

—La verdad es que te quiero demasiado, demasiado..., murmuró el joven con tristeza.

Rita, esquivando hábilmente la observación de Elsa, estrechó la mano de su novio y dijo:

—Gracias, Cayetano mío.

La mirada que acompañó á sus palabras se perdió tanto para Carlos como para su esposa.

—Sí, Rita, ya te entiendo; siempre que cedo á tu voluntad me demuestras cariño: creo que llegarías á acariciarme con tal que te dejara libre y renunciara á tu posesión. En cambio, cuando insisto en la boda, tengo que mendigar como un pordiosero la menor muestra de afecto.

—¿Quieres que hagamos la prueba?, preguntó la joven entre chancera y suplicante.

—No, no, respondió el mozo asustado. El que se atreviera á acercarse á ti á disputarme tu cariño, moriría á mis manos, fuera ó no con tu permiso. Tendré paciencia, Rita mía; pero Dios te perdone si me obligas á hacer algún disparate.

Casi ahogado por la emoción, volvióse el joven hacia la puerta, y al ver á Carlos, acercóse á la mesa y dominando su agitación le dijo:

—Por poco me voy sin saludarte...

—Mucho lo hubiera sentido, contestó el ingeniero alargándole ambas manos. Ya sabes que fuimos siempre amigos desde la escuela, y más de un palmetazo te has cargado tú por cuenta mía. ¡Qué lastima que no tengamos aquí á Alfonso! Entre los tres podríamos recordar nuestras travesuras de chiquillos. Ya debías haber venido á casa á saludar á mi mujer, á quien tengo el gusto de presentarte... Querida Elsa, aquí tienes al que faltaba en el triunvirato.

—Sólo con la diferencia de que yo soy de madera más basta que los otros dos, y de ningún modo trato de levantarme á la misma altura que estos caballeros...

—No comprendo á qué viene esa exagerada modestia, querido Cayetano, contestó Carlos levantando la voz para que pudiera oirle Rita. ¡Ya no falta más sino que me llames «D. Carlos!»

—Pues ese era mi propósito, contestó Cayetano; porque lo mejor es cortar desde luego por lo sano y de una vez...

Carlos fingió no haber oído la segunda parte.

—¿Qué tal están tu madre y tu prima? ¡Angelical criatura que nos libró de tantos castigos! ¿Se ha casado?

—No, no quiere casarse; tiene calabazas para todos.

—Quizás algún amor secreto...

—No sé..., es fácil, respondió Cayetano con indiferencia.

—Pues salúdala de parte mía; un día de estos iré á tu casa á invitaros á que asistáis á nuestras reuniones, en las que se pasa bien el rato.

Mientras hablaban ambos jóvenes, Elsa tuvo tiempo de examinar á Cayetano, cuyo tipo varonil y gallardo resaltaba aún más con el airoso traje de pana, y cuyo rostro moreno, de facciones enérgicas, debía agradar forzosamente á la hermosa «flor del valle.»

Carlos llamó, hiriendo su vaso con el cuchillo, para pagar el gasto de la merienda; pero antes de que pudiera llegar Rita, que vacilaba en acercarse, púsose en pie Cayetano, como picado por una tarántula, y dijo:

—¿Qué deseas? Yo mismo te lo traeré, pues tengo bastante confianza en la casa...

—Una botellita de lo mejor que haya en la cueva para brindar á nuestra amistad, y la cuenta: ya es tarde y tenemos que volver.

Cayetano dijo entonces á Rita, que, por fin, se había decidido á llegarse á la mesa:

—Haz el favor de llamar al mozo para que sirva á D. Carlos.

Rita obedeció, sin levantar la vista, y poco después apareció el hortelano con una botella de tostadillo. Carlos pagó la cuenta.

—¿Le gusta á usted este vino, señora?, dijo Cayetano. Es de la propia cosecha, el orgullo y el mimo de cada casa, en cuya elaboración trata de aventajar un labrador al otro, á fuerza de cuidados y esmero.

Elsa contestó sonriendo que lo encontraba exquisito, como exquisitas le parecían también otras muchas cosas de la tierra.

—¿Qué te parece, Cayetano, si nos viéramos en esta casa más á menudo? Yo forzosamente he de pasar por aquí todos los días, y mi mujer me acompaña casi siempre. Citaríamos también á Alfonso y Emilia; tú podrías traerte á tu madre y á tu prima y...

—Mi madre y Silvia no vendrán. Además, esto está para ellas muy lejos; ya os visitarán en vuestra propia casa, mañana mismo, si pueden...

Y despidiéndose del matrimonio salió de la hacienda. Elsa le siguió con la mirada hasta verle desaparecer entre los árboles; luego buscó á Rita, que, apartada sin ser vista de nadie, había oído toda la conversación y asistido á la despedida de Cayetano con los ojos clavados en su novio. Demasiado sabía ella por qué no vendrían á la «Casona» la madre y la prima de su novio, primeramente, porque las comía la soberbia, y luego por no fomentar aquellos amores «disparatados» de su hijo. Silvia adoraba á su primo con toda la vehemencia de su alma; era huérfana, y había sido recogida muy pequeña aún por sus tíos, los padres de Cayetano. Éste trató á la primita como un juguete, y la niña se sometía gustosa á todos los caprichos y exigencias del travieso muchacho, feliz con poderle evitar un castigo ó proporcionarle una golosina. Cayetano acostumbróse á esta sumisión como si fuera la cosa más natural del mundo; veía en Silvia una hermana á quien se puede fastidiar, de quien se puede disponer y por cuya suerte debe velarse constantemente; pero que no entra para nada en los proyectos del corazón.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

(CONTINUACIÓN)

NOVELA ORIGINAL

DE TERESA KOEHLER

ILUSTRADA POR A. MAS

Y FONDEVILA

Rita se hallaba en el coro con las demás hijas de María

La joven, en cambio, tenía puestos en su primo todo el cariño y todos los anhelos de su alma, que la tía, testaruda como ella sola, se encargaba de mantener vivos á espaldas de Cayetano, pues se le había metido en la cabeza casar á ambos jóvenes. Y así hablaba de este proyecto con la niña como si fuera cosa resuelta y convenida hacía tiempo, aun después de enterarse de las diarias visitas de su hijo á la hacienda de Rita. Creyó prudente la señora no dar importancia alguna á aquellos amoríos de Cayetano, y formó propósito de ignorarlos por completo; pues no había que pensar en un matrimonio tan inconveniente. Pero, lo que por cálculo, disimulaba con su hijo, haciaselo pagar muy caro á Rita en todas las ocasiones que se le presentaban amonestando á la joven con cierto retintín para que no saliera de los límites que correspodían á su posición, ni hiciera caso de los chicoleos ni promesas de los señoritos ricos, que sólo piensan en divertirse, pero nunca en casarse. Viniera al caso ó no viniera; declaraba públicamente que jamás consentiría que Cayetano se uniera con otra mujer que con Silvia; y aun ésta, de carácter tan dulce y considerado para todos, mostrábase con Rita orgullosa y despegada. Rita no se quejaba, pero sentía dolor por aquella hostilidad creciente: disculpaba la actitud de Silvia, pues demasiado conocía ella el motivo en que se fundaba; pero la situación no dejaba de influir mucho en las relaciones de los novios. Rita se mostraba cada vez más retraída con Cayetano; le trataba con frialdad y aspereza, cuando su corazón anhelaba mostrarle todos los tesoros de su cariño; y Cayetano, desesperado, quería poner fin á semejante estado de cosas obteniendo de su madre el consentimiento: la fortuna que le había dejado su padre, bastaba y aun sobraba para vivir cómoda y agradablemente. Pero cuando Cayetano le expuso sus proyectos á Rita, halló en ésta una tenaz oposición, y dieron comienzo los dimes y diretes y las escenas violentas. Él, fuera de sí, le reprochaba su falta de cariño; atribuía su actitud á vanidad ó coquetería; la mortificaba continuamente con sus celos y la privaba así de tomar parte en las fiestas ó distracciones del pueblo, que eran un verdadero martirio para la muchacha. A esto hay que añadir la tristeza que le producía á Rita la quebrantada salud de su padre, quien no había vuelto á levantar cabeza desde que la conducta irreflexiva de su hermano le puso en tan gravísimo aprieto.

* * *

Cayetano llegó tarde á su casa aquella noche; triste y caviloso había recorrido el bosque en todas direcciones, buscando inútilmente una salida por donde escapar del atolladero. Y luego, aquella extraña conducta de Rita... ¿Por qué le había prometido ser suya, si no tenía intención de cumplir la promesa? ¿No era él quien más sacrificaba á su cariño, exponiéndose á romper con su madre para siempre? Había estado torpe, muy torpe, como de costumbre... Él debía haber exigido el cumplimiento de la palabra dada, y Rita, al fin, hubiera cedido... Es verdad que nada había adelantado en la conquista de su madre, la cual se mostraba tan intransigente é inflexible como el primer día; y que Rita, á todas las instancias de Cayetano, contestaba invariablemente:

—Sin el consentimiento de tu madre no me caso.

IV

En los montes de Tresviso se notaba un movimiento y una actividad febriles. Un rico banquero francés había comprado las minas abandonadas, para volver á ponerlas en condiciones de explotación. Todo Liébana se congratulaba de tan feliz ocurrencia, que había de ser un nuevo medio de vida, trabajo y prosperidad para la comarca. Con la comisión de ingenieros había llegado también el hijo del banquero propietario, á quien se suponía una riqueza fabulosa. Y, en efecto, á juzgar por los ríos de oro que salían de su bolsillo, la fortuna debía de ser inagotable. El nombre y la firma del papá millonario bastaban para dar á la empresa el empuje y la solidez necesarios, y el afortunado heredero de aquellos millones no tenía otra ocupación que disfrutar de los pingües frutos del trabajo y del genio financiero de su padre. Enrique Boulanger había sido educado en los más aristocráticos colegios de su país; y á pesar de su talento y de sus buenos propósitos, sólo acabó los estudios de Leyes gracias á los méritos de sus célebres profesores particulares, los cuales no tenían para qué ser exigentes con un alumno que no había de ejercer la carrera en su vida. Hecha la reválida, el papá le dió permiso para divertirse unos cuantos años, antes de interesarle en los negocios de la casa. Enrique pasaba ya de los veinte y era guapo y simpático, aunque en la expresión aburrida y fatigada de su rostro se veía, á tiro de fusil, al calavera. Harto ya de los placeres y diversiones de París, había buscado un poco de variación y de descanso en aquellos agrestes montes de España. La vida de las minas le ofrecía el encanto de la novedad, y su falta de comodidades y su sabor primitivo causaban gratas sensaciones al paladar estragado del joven, recién salido de la molicie, el lujo y el refinamiento parisienses.

Mientras los señores de la comisión murmurabna de aquella tierra salvaje y sus incultos moradores, sabía dar Enrique un aspecto tan cómico y gracioso á las más desagradables situaciones, que hacía recobrar á los ingenieros su animación y buen humor perdidos. Tenía una verdadera pasión por subir á cazar, en los picos más altos de la sierra, los rebecos, lobos y osos que abundan en aquellas soledades. El joven, acostumbrado á recorrer la menor distancia en los muelles carruajes de su casa, caminaba ahora días seguidos por entre los picachos, refugiándose en la choza de un leñador cuando le sorprendía la noche. Ocurría alguna vez que, calado hasta los huesos por la lluvia, veíase obligado á aceptar las ropas de algún serrano, mientras se secaban las suyas; y, convertido por el traje en uno de ellos, acurrucábase con la familia junto al hogar, y luego ayudaba á preparar la cena, que pagaba espléndidamente y á la que invitaba á todos los de la casa. De ahí que su llegada se saludara siempre con muestras de alegría, y su marcha fuera acompañada de bendiciones. Los pobres le consideraban como maná del cielo, y le agradecían de antemano el convite, sin esperar la invitación. De este modo satisfacían su orgullo y su apetito á la vez.

—¡Qué fácil es contentar á estos infelices!, se decía Enrique contemplando aquellos rostros satisfechos. Antes me costaba montes de oro ver alegres á las personas que me rodeaban; aquí logro este capricho por un puñado de pesetas, y me satisface mucho más.

Por la noche recorría el pueblo, y allí donde se presentaba orgonizábase en seguida un baile; él pagaba la música, y el vino y los cigarrillos para los mozos; obsequiaba á las muchachas con dulces y frutas, y hasta para las viejas había chocolate con bizcochos. En el casino discurría funciones de teatro, y era el

© Biblioteca Nacional de España

que con más afán restauraba los bastidores carcomidos y dirigía los ensayos. El joven gozaba infinitamente, y parecía que cambiaba con aquel nuevo género de vida. Su habitual expresión de lasitud é indiferencia había desaparecido, y el aire vivificador y el ejercicio habían llevado nueva sangre y nuevo vigor á su cuerpo, prematuramente envejecido. Llegó hasta el punto de interesarse por los asuntos de su padre, visitar las minas y estudiar y discutir los planos con los ingenieros. Tan extraordinaria transformación no pasó inadvertida para el representante del banquero, que se apresuró á comunicarle tan grata nueva. Verdad es que Enrique no se dignaba intervenir directamente en los trabajos, y sólo por dar gusto á unos ojos pedigüeños solía molestarse en recomendar á alguno de los mozos, ya para que lo colocaran, ya para que le aumentaran el salario.

Los enfermos le encontraban siempre; eso era ya cosa sabida, pues aliviaba más de un dolor y secaba muchas lágrimas.

—Si yo fuera de los que creen en bendiciones, *decía burlonamente, llegaría á ser algún día el hombre* más venturoso de la tierra.

***

Llegó la primavera. El sol, con sus suaves caricias, despertaba á las flores de su sueño invernal, convertía las ninfas en aladas mariposas é invitaba á los pajarillos á lanzar sus trinos de amor en los almendros floridos. Celebraba la Iglesia la Resurrección del Señor: después de una semana, transcurrida en la oración y el ayuno, la juventud anhelaba un poco de expansión y alegría.

Enrique había visitado, como los demás, los monumentos; había asistido devotamente á los oficios y procesiones, y se disponía á oir la solemne misa del día de Pascua. Desde su niñez no había visitado ningún templo. Huérfano de madre y entregado á los negligentes cuidados de nodrizas, niñeras y ayas, había repetido maquinalmente las oraciones infantiles que le habían enseñado, pero careció siempre de aquella base religiosa que sólo inculca la buena madre; así es que en el torbellino de su vida pronto olvidó lo poco que había aprendido. Su indiferencia era completa, y solía extrañar que hubiera gentes capaces de discutir sobre cuestiones tan «enrevesadas» como las religiosas. Su opinión era que cada cual creyese lo que le acomodara, y siguiera la religión que mejor le cuadrase. Sin embargo, al entrar en la vida de aquella población, hubo de confesar que para los infelices relegados á la dura y miserable condición de los montes no dejaban de ser beneficiosas unas creencias que prometían consuelo y venturas en otro mundo mejor, y que esta esperanza influía decisivamente en favor del sosiego y dignidad personal, refrenando las pasiones ardientes é impetuosas de aquellos habitantes. Comprendió que muchos odios violentos *y no pocos planes de venganza se deshacían como* espuma al pie del confesonario, y que alguna que otra navaja permanecía ociosa por el saludable influjo del «No matarás.»

Enrique, en uno de sus paseos por la comarca, había bajado á un extenso valle, y atraído por el tañido de las campanas se había acercado hasta la iglesia parroquial, en cuya entrada bullía toda la juventud de los alrededores, ataviada con sus trapitos de cristianar. En el atrio vió un grupo de muchachos que rodeaba una mesa, á la cual había sentadas tres jóvenes vendiendo papeletas de una rifa. Consistía el premio en dos grandes tortas de almendra y algunas laborcillas de adorno, y presidía la venta de números nuestra bellísima Rita. El producto lo destinaban las hijas de María á restaurar el altar de su santa patrona, y las muchachas parecían muy satisfechas, pues ya se habían vendido, á buen precio, casi todos los números, y el regalo y trasiego de papeletas entre mozas y mozos, daba ocasión á graciosas bromas, comentarios, atrevimientos amorosos y declaraciones largo tiempo contenidas.

—Ahí viene el francés, dijo, en voz baja, una de las de la mesa; ese comprará el resto y lo pagará á peso de oro.

Cayetano, en pie detrás de Rita, parecía seguir con interés las peripecias de la venta. El joven no pertenecía á la misma parroquia que la linda montañesa, y en vez de acompañar á su madre y á Silvia á la iglesia del propio pueblo, como era en ellos antiquísima costumbre, había montado á caballo y se había plantado en la fiesta del pueblo de su novia, fiesta que costeaban las hijas de María y en las que éstas cantaban y hacían la rifa anual. Pero Cayetano, á pesar de su aparente interés, no se cuidaba poco ni mucho del alborozo general. Sus nervios vibraban de cólera y de celos; y si, á duras penas, pudo contenerse un buen rato, aprovechó la primera coyuntura para decir á Rita, con voz temblorosa y sin que lo advirtieran las otras jóvenes de la mesa:

—¿Por qué te has encargado tú de vender números?.. Te prohibo que sigas vendiendo, y hablando con los muchachos.

Rita le miró llena de asombro, y Cayetano pagó las papeletas á triple precio de su valor.

—¡Anda, levántate de ahí!, dijo Cayetano, ahogado por la ira.

—Esto es para la Virgen, Cayetano, dijo la joven sin moverse, y tú, mejor que nadie, sabes lo mucho que le debo; ó ¿se te ha olvidado ya? ¿Crees que sólo á ti debo agradecimiento?.. Qué, ¿me has comprado, por ventura?

Rita dejó escapar estas palabras con la cándida ingenuidad de una niña, enojada por la intransigencia y el tono dominante de su novio y sin comprender la *ofensa mortal que le infería.*

—Es cierto; no te he comprado, rugió Cayetano, pálido como la muerte. Desde este momento eres libre.

La reacción de Rita fué instantánea: hubiera deseado consolarle, explicarle que no había querido ofenderle..., pero Cayetano se alejó de la mesa y fué á apoyarse contra un pilar apartado. La joven sintió como un zarpazo en lo hondo del pecho; su voluntad, su corazón le gritaban que se fuera derechamente á Cayetano; pero la retuvieron en la silla el orgullo, las costumbres del pueblo, la dignidad del cargo que desempeñaba en aquellos momentos. Enrique se acercó á la mesa y compró las papeletas que quedaban, las cuales pagó con una brillante moneda de oro.

—No tengo cambio, dijo Rita confusa.

—Ni yo quiero la vuelta, respondió el joven. Sólo exijo que, si mis billetes son los afortunados, se me permita dar una merienda á la que asistan todas las señoritas del pueblo. Así acabaremos de solemnizar el día.

Dirigió esta inesperada petición á la presidenta; pero las compañeras de ésta se encargaron de responder aceptando con alborozo.

Enrique se quedó suspenso contemplando la singular belleza de Rita, con la cual no podía compararse, ni remotamente, la de ninguna de las mujeres que él había conocido y amado hasta entonces.

Al separarse de la mesa y mientras las vendedoras, concluída ya su misión, abandonaban el atrio, pensaba Enrique:

—Si yo no sintiera tan soberano desprecio por el llamado sexo débil; si no supiera que, más tarde ó mas temprano, todas las mujeres resultan iguales y que eso que llaman «amor» no es más que una quimera ridícula ó una sensiblería de poeta, esta muchacha sería capaz de trastornar todas mis ideas...

Pensando así entró en la iglesia y buscó á la joven con la mirada; pero no pudo dar con ella: Rita se hallaba en el coro con las demás hijas de María. Cantó aquella mañana como no había cantado nunca: su *voz suave, flexible, cristalina,* parecía un ensueño, y en aquel fervoroso saludo á la Virgen parecía poner la joven todo el dolor, toda la gratitud de su alma. Cayetano, oculto detrás de un pilar, seguía aquel *canto con el corazón deshecho;* y, al otro lado, saboreaba Enrique las dulcísimas notas con el placer de un consumado músico.

—¡Diablo de muchacha!, mascullaba el francés re*lamiéndose de gusto. ¿De dónde habrá salido ese ruiseñor?* ¿Cómo no he descubierto hasta ahora esa maravilla? ¡Y eso que llevo la fama de husmear las *estrellas* ocultas para el mundo del arte, como el perdiguero la caza! ¿Quién será la dueña de ese tesoro enterrado? Quizás la encantadora presidenta de la rifa... Esa mujer no debe seguir vegetando en este rincón, y para mí es un deber sacarla á los cuatro vientos... ¡Y juro que he de sacarla, á fe de Enrique Boulanger!

Concluída la misa, tanto Cayetano como Enrique trataron de obtener una mirada de Rita, que se dirigió á su sitio á presidir la extracción de los números. Cayetano se le acercó, antes de que se sentara y le dijo:

—Rita, me darás una prueba de tu cariño, si te quedas esta tarde en casa... Te lo suplico.

—Me he comprometido á cantar la salve y no puedo faltar, aunque quiera.

—Y ¿asistirás también á esa merienda del francés?

—Ya sabes que soy la presidenta...

—Pues bien, replicó el joven dominando su despecho, ¡que te diviertas! Si acaso me tocara en la rifa alguna de las tortas, ya que al desgraciado en amores le acompaña la suerte en el juego, se la das á los pobres.

Diciendo así arrancó una hoja de su cartera; escribió en ella: «Cedida á los pobres.—Cayetano,» y la alargó á su novia junto con las papeletas. Luego, desató el hermoso bayo que piafaba atado á un pilón cerca del atrio, y, sin mirar á Rita, cuyo rostro se puso lívido, salió galopando en dirección de su hacienda.

***

Sacadas las boletas, una de las tortas le tocó á Cayetano, y la otra á Enrique Boulanger.

—¡Qué lástima de torta!, exclamaron todos.

—¡Es de los pobres!, gritó Rita.

—Yo la compro, dijo Enrique dirigiéndose á la presidenta: ¿cuánto vale?

—El precio lo han de fijar los dueños...

—Ahí va eso, insistió el joven arrojando sobre la mesa una moneda de oro. ¿O vale más?

—Materialmente no, señor, respondió Rita azorada, pero...

—Esto por el «pero,» añadió el joven colocando *una segunda moneda de oro sobre la anterior.* Ea, las dos son mías: después del rosario habrá baile y merienda, y espero que las señoritas no falten á la palabra dada...

Rita recogió el producto de la rifa y fué á entregárselo al señor cura, el cual la invitó á su mesa para evitarle la fatigosa caminata hasta la hacienda.

—Si no le molesto á usted acepto, dijo la joven *cuando se hubieron ido las compañeras; porque,* además, necesito de los consejos de usted, señor cura.

—¡Ah! ¿Si? Pues, mira, hija mía; ya puedes empezar á hablar: te escucharé mientras tomo el chocolate, porque después no tendré un *momento libre...*

Rita, sin nombrar á Cayetano para nada, hizo ver al párroco el estado de su espíritu. Le contó sus luchas, sus ansias, sus temores... El anciano la miraba con ojos penetrantes, mientras ella, con los ojos bajos, doblaba y desdoblaba las puntas de su mantilla, como si así se sustrajera al examen atento de aquel excelente padre de almas. Llena de confusión, roja como una amapola, concluyó así:

—Quisiera salir del pueblo, padre; me es imposible soportar esta situación. Necesito instruirme más y ayudar á mi buena madre, que lleva tanta carga encima... ¿Quiere usted ayudarme á realizar mi proyecto?

—¿Desde cuándo sientes ese deseo de salir del pueblo?, preguntó el párroco pensativo. Y ¿qué razón te obliga á alejarte con tanta precipitación?

La joven sólo contestó á la primera pregunta.

—Desde hoy. Ya sabe usted que á papá le ha disgustado siempre que yo interviniera en el servicio de la casa, y tampoco á mí me agrada. De la cocina se encargan mamá y Catalina, y á mí sólo me queda la costura...

—Sí, comprendo: las manos muy ocupadas, y el espíritu y la fantasía libres para vagar á su antojo.

—Justamente, padre; y lo que pienso no es siempre lo mejor... La verdad es que preferiría no pensar en nada.

Y luego añadió ingenuamente:

—*¿No le parece á usted que serviría para institutriz* en alguna casa buena de la capital? A mi padre, antes de caer enfermo, le encantaba enseñarme; pero desde el último ataque ni se da cuenta de que estamos *en el mundo...*

Rita estalló en sollozos, y luego, algo calmada, continuó:

—Sé hablar el francés, y tocar medianamente el *piano...*

—Sí, hija mía, pero ¿sabes también que estarás expuesta á mil peligros, desconociendo, como desconoces, el mundo y sus engaños? ¿Sabes, por ventura, que hay hombres tan ruines que persiguen sin misericordia á las jóvenes indefensas como tú? Esto es una infamia.... pero existe. Además, ¿crees que es tan fácil educar niños mimados, para cuyos defectos nunca halla el cariño de los padres ni la censura ni el castigo merecidos?

El motivo principal, la extraordinaria belleza de la joven, se lo calló prudentemente el buen párroco.

—Pero ya tendremos tiempo de discutir largamente ese plan; por lo pronto y en recompensa de lo bien que has cantado, te regalo este libro, una gramática francesa.

Poco después llamaron al párroco sus feligreses, que no le dejaban un momento tranquilo, y Rita pudo examinar tranquilamente su regalo. El tiempo voló como el pensamiento, y durante la comida, y después de ella, la joven pesó, con el señor cura, los pros y los contras de su proyecto, hasta que fueron á buscarla de parte del organista.

Enrique, mientras esperaba la hora de la comida, había trabado conocimiento con el maestro y organista, el cual le había invitado á subir al coro con los demás cantantes. El maestro se había puesto más ancho que largo con las alabanzas de un señor tan entendido en música como aquel francesito adinerado.

© Biblioteca Nacional de España

—El coro de hombres es poco nutrido, le dijo el maestro; si usted nos ayudara resultaría mejor.

—Con muchísimo gusto, respondió el joven lleno de gozo; pues la invitación significaba más de lo que él se había atrevido á esperar. Entiendo bastante de música y si usted me permitiera ensayar la salve unas cuantas veces, no le dejaría del todo mal.

—Véngase usted á mi casa, respondió entusiasmado el buen organista; aunque se retrase la función un poco...

—¡Admirable! ¡Magnífico!, exclamó el maestro después del primer ensayo. Usted y Rita harán maravillas... Voy corriendo á buscarla.

No habían transcurrido diez minutos cuando reapareció con la joven, y ésta y Enrique dejaron encantado al maestro.

—¡Qué cosas más extrañas tiene la vida!, pensaba Enrique. Héteme aquí cantando salves con el mayor fervor del mundo, y acompañado de esta flor silvestre, mientras que antes...

Si no hubiera temido asustar al buen maestro y á Rita, Boulanger habría soltado una carcajada; pues en aquel momento acudieron á su memoria las canciones con que en otro tiempo había animado muchas cenas en honor de coristas y bailarinas de su amistad.

—Y diga usted, maestro, ¿por qué no funda usted una sociedad coral? Con estas voces y tan excelentes disposiciones naturales podría usted dar conciertos y funciones soberbias. En la iglesia ya me ha sorprendido la exactitud y afinación de todos...

—Aquí, señor, somos músicos y bailarines por naturaleza, dijo modestamente el organista. De otro modo, ¿cómo iba á resultar lo que resulta? ¡Si yo mismo me asombro de lo que hacemos!

—Pues no eche usted en saco roto la advertencia, insistió Enrique. Ya sabe que le ayudaré cuanto pueda para ponerlo en obra.

Después de la salve acercóse Boulanger a Rita, diciéndole entusiasmado:

—Lo hemos hecho á las mil maravillas, y como el baile salga lo mismo, ya podremos decir que la fiesta de Pascua ha sido completa.

—No entiendo bien lo que quiere usted decir, respondió seriamente la joven; pues yo tengo una idea demasiado grande de esta solemnidad religiosa para atreverme á compararla con un baile ó con una merienda.

—Vaya, no lo tome usted tan á pecho, señorita... Ya sabe usted que por detrás de la cruz anda el diablo; que los principios del bien y del mal están en continuos dimes y diretes, y que, en este país, al lado del templo está la taberna, en donde por un quítame allá esas pajas corre la sangre á mares...

Rita no quiso contestar á lo que le pareció una solemne majadería, y dió media vuelta y fué á mezclarse entre las demás muchachas; y para hacer ver al francés que daba por rota la conversación, se puso á hojear la gramática del señor cura. Enrique entendió muy bien el desaire; pero, como si no hubiera ocurrido nada, continuó, acercándose á la desdeñosa:

—¿De modo que piensa usted distraerse leyendo, mientras los demás bailan? ¡Eso si que no se lo consentiremos! Si acaso, se le permitirá á usted que lea las tres últimas páginas del libro para que se entere de si triunfa el amor ó tiene mal final la novela. ¿Quiere usted que se lo lea?

Diciendo esto le cogió el libro.

—¡Cómo! ¿Qué veo? ¡Una gramática francesa!. ¡Cuánto me alegro! La lengua francesa es la de todo el mundo, y tendré un grandísimo placer en ayudar á usted á vencer sus dificultades; pues, añadió con arrogancia, soy, de alma y corazón, francés.

—Pues yo, española, replicó Rita con altanería.

En aquel momento llegaban al lugar de la fiesta nuevos concurrentes, entre ellos Emilia, que, al ver las mesas cubiertas y la animación que reinaba en todas partes dijo á la rubita que la acompañaba:

—¡Qué alegría y qué movimiento! Fíjate, Elsa, en aquellas enormes tortas de almendra... ¡Mira, mira que bien bailan las mozas!

—Oye, Carlos..., murmuró Elsa al oído de su marido. Allí está también Rita... ¿Habrá venido el novio? No lo creo; habla muy animada con un forastero.

—Si Cayetano estuviera aquí, pronto se le acabaría la conversación, gruñó Alfonso contrariado. Me temo que ese francesito va á alborotar á todas las muchachas de Liébana. Es la cabeza más ligera que he visto en mi vida, y lo peor es que no hay modo de enfadarse con él: con su finura y su amabilidad le desarma á uno en seguida... Sabe amoldarse á todos los gustos y á todas las costumbres, al revés de los ingleses que chocan con todo bicho viviente, como nuestros queridos míster James y míster John. Apuesto cualquier cosa á que esta fiesta es obra del francesito; demuestra tener buen gusto y habilidad cuando acapara de ese modo la flor y nata de la mocería...

En cuanto Rita advirtió la presencia de los recién llegados, dejó á Enrique con la palabra en la boca y se acercó á Elsa, diciendo modestamente:

—¿Me permite usted que le haga compañía, señora?

—Con mucho gusto, respondió la dama afablemente. Por lo visto desea usted escapar de la fastidiosa cortesanía de un nuevo adorador...

—¿La ha molestado á usted, Rita?, preguntó Alfonso con gesto de caballero ofendido.

—No, no, contestó la joven asustada: me decía que era muy sensible que mi padre se hubiese retirado tan pronto de la vida de la ciencia, para enterrarse en este rincón de la montaña. Si, es muy cortés, pero ya estaba deseando quitármelo de encima.

—¡Qué pillo!, pensó Alfonso. Adora el santo por la peana. ¿En dónde averiguará la vida y milagros de todos?.. Y siguió en voz alta: La verdad es que esto está muy bien, y la gente se divierte...

—En eso consiste la gran filosofía de la vida, dijo Elsa á Rita cuando se quedaron solas. Mire usted qué bien baila Carlos la jota con Emilia... ¿Por qué no baila usted, Rita? ¿Es que le divierte más ver los rostros cariacontecidos de los que vienen á invitarla y se vuelven con las calabazas en el bolsillo? El francés parece que está desesperado...

Elsa quiso continuar así, en tono de broma; pero al ver la triste mirada de Rita cambió inmediatamente de rumbo y preguntó con interés:

—¿Se encuentra usted mal, Rita? ¿Puedo saber qué es lo que la preocupa? Acaso yo pueda ayudarla, favorecerla... Y sepa usted que lo haría con sumo gusto.

Rita, en vez de contestar, le preguntó á su vez:

—¿Me permite usted que vaya á verla mañana? ¡Estoy tan sola, tan necesitada de una amiga!

—Pero eso se remedia pronto, hija mía: sí, venga usted mañana y veré si logro borrar de esa cabecita unas cuantas preocupaciones.

—Es que, además, tengo otra petición que hacerle...

—¿Qué es ello?, preguntó Elsa creyendo que iría á confiarle sus pesares amorosos.

—Desearía que me enseñara usted el alemán.

—Me parece muy bien; y, en cambio, usted concluirá de enseñarme el español: así nos favorecemos mutuamente.

La música había cesado; las parejas volvían á ocupar sus sitios, y se pensó en merendar. Por deseo expreso de Enrique habían de dirigir el reparto las presidentas de la fiesta; de ese modo quería obligar á Rita á salir del reducto alemán en que se había hecho fuerte. Ya que ésta se empeñaba en aislarse, al francés no le quedaba otro remedio que irse derecho al bulto. Acercóse, pues, á Carlos y le rogó que le presentara á su esposa; y después de dirigir unas cuantas frases de cortesía á Elsa, volvióse hacia Rita diciendo:

—Señorita, me veo precisado á censurar á usted, que no ha contribuido á dar animación á la fiesta, descuidando por completo sus deberes de miembro de la comisión. Usted no baila ni come .. Pues bien, por lo menos háganos gozar un poco de su voz admirable. Ruego á todos los presentes que apoyen mi petición, y especialmente al señor maestro, que no tendrá inconveniente en acompañarla.

Rita, indecisa, no sabía qué contestar; pero cuando también Elsa la invitó á complacer á los reunidos, empezó á cantar con la mayor naturalidad. Enrique permaneció al lado de la joven, como embobado; y ella, cuando hubo concluído y mientras todos se hacían lenguas de sus hermosas facultades de artista, acercóse á Elsa, le apretó la mano, con un «Hasta mañana, y dispénseme usted,» y desapareció rápidamente, antes de que la alemanita pudiera contestarle.

En aquel momento, precisamente, se acercaba Carlos á su mujer, acompañado por Cayetano.

—¿Qué has hecho de tu protegida?, preguntó, al ver que no estaba Rita.

—Nos ha abandonado, la picarilla: en cuanto ha acabado su canción no ha habido medio de retenerla.

Diciendo esto, observaba fijamente á Cayetano y á Enrique, en cuyos rostros leyó el desencanto, la contrariedad, la amargura. Cayetano no había podido alejarse después de ofender á Rita, y regresaba á buscar el perdón de la joven. Se iba con la firme resolución de no volver, espoleando el caballo y echando chispas... Poco á poco fué aflojando las riendas, pensando que no era él el ofendido, sino el ofensor..., y que no podía vivir sin su cariño. De pronto, cuando ya llevaba andado más de la mitad del camino, volvió grupas...

Elsa notó en los ojos de Cayetano la misma tristeza que había visto en los de Rita, y su corazón bondadoso la inclinaba á ser la mediadora entre ambos. Con este propósito rogó al joven que se sentara á su lado y, sin darse por enterada del estado de su ánimo, comenzó á referirle las muchas cosas por que le era tan simpática Rita, que, á pesar de las repetidas invitaciones que le habían hecho para que bailara, ella no había querido separarse de allí ni un instante. Era simpática, muy simpática... Habían quedado en verse al otro día en casa de Elsa, dato que la encantadora rubita hizo conocer á Cayetano con la sanísima intención que se puede suponer.

El rostro del joven se iluminó.

—Me quiere, decía para sí mientras escuchaba á Elsa, me quiere cuando no la han retenido las artes del francés ni ha bailado en toda la tarde...

Este solo pensamiento bastó para que se mostrara risueño y jovial, hasta con el aborrecido Boulanger, que parecía poner empeño en obsequiarle y distinguirle.

***

Rita, mientras tanto, corría apresuradamente hacia su casa; se había propuesto no pensar más ni soñar con lo imposible, sino consagrarse por completo á instruirse y llevar á término su plan. ¡Su plan! Esto significaba la desaparición de todos sus ensueños, la muerte de todas sus esperanzas, la renuncia de sí misma. Desde aquel punto y hora tenía que ser otra mujer, y para esto debía hallar el medio de que no gritara su corazón ni desmayara su voluntad ante el continuo acicate del pensamiento; porque ¿cómo matar el pensamiento, que es más tenaz que todas las voluntades? Hasta le daba rabia sentir cómo las lágrimas se atropellaban por salir á nublarle los ojos...

Al llegar á su casa, Rita cogió un libro, salió al jardín y sentóse á estudiar; pero la imagen de Cayetano bailoteaba entre las líneas, en lo hueco de las letras, desvaneciéndolas, borrándolas, manchando toda la página ó dejándola repentinamente blanca, sin un rasgo, sin una coma, sin un punto... Rita volvía por cuarta ó quinta vez á empezar la lectura del primer párrafo, cuando el rodar de un coche, que vino á pararse á la puerta del jardín, le hizo levantar la vista... Llena de asombro y confusión, vió bajar del carruaje á doña Milagros, la madre de Cayetano, y quiso huir; pero la dama le hizo señas para que se detuviera, y acercándose lentamence, le dijo:

—Deseo que hablemos á solas, aunque no sea más que cinco minutos...

Rita se inclinó é indicó á doña Milagros el camino hacia la salita del piso bajo; pero aquélla, deteniéndose, dijo:

—¿No sería mejor que nos quedáramos en este cenador? Supongo que no vendrá nadie á molestarnos.

La joven sin decir una palabra, dirigióse al lugar indicado por la madre de Cayetano, y ésta preguntó secamente, á boca de jarro, sin más cortesías ni miramientos:

—Usted y mi hijo se aman, ¿no es verdad?

Rita no despegó los labios, y la anciana continuó:

—¿Cree usted que su cariño pueda compensar la posesión de una fortuna?

—No lo sé, respondió Rita alzando la frente con arrogancia; el amor no hace cálculos... Usted no debe de haber amado nunca, señora.

—Efectivamente, mis sentimientos jamás fueron tomados en cuenta para nada; pero, en cambio, conozco el deber y la abnegación, y éstos me dieron la tranquilidad y me recompensaron luego con el amor maternal .., y fuí feliz.

La joven no supo qué responder á estas palabras de la anciana, que quedó también en silencio. Después de una larga y penosa pausa, añadió doña Milagros afablemente:

—Mire usted, Rita; vengo aquí porque quiero que usted decida, pero no olvide usted lo que voy á decirle La única aspiración de Cayetano es casarse con usted, y me he propuesto, desde ahora, no oponerme á ello... Pero debo advertir que en virtud del testamento de mi hermano, que murió en América y nos ha dejado una considerable fortuna, mi hijo puede elegir entre casarse con su prima ó renunciar á la herencia, y en este caso pierden todo derecho lo mismo él que Silvia, y el capital pasa entonces á otros sobrinos del muerto. Yo nunca quise revelar á mis hijos esta cláusula condicional del testamento, porque he creído que se querían desde niños y que la unión se realizaría naturalmente con regocijo de todos. Silvia, en efecto, quiere á Cayetano con toda su alma, y á ninguno de ellos he tenido que advertirle hasta ahora lo condicional y forzoso de este enlace.

—Pues siga usted guardando el secreto, dijo Rita con voz firme. Esto es lo más atinado, y ambos sabrán lo que deben hacer.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Ya yo sé que mi hijo renunciaría á su fortuna en cuanto conociera la condición que se le impone; pero para que renuncie á su cariño, tiene que ser usted misma la que le obligue á ello... Yo le suplico á usted que se imponga el sacrificio de hacerle creer que no le quiere, y yo me comprometo á que, más tarde ó más temprano, se case con Silvia y herede la fortuna de su tío.

La altanería de la dama no había pasado nunca por semejante humillación: la de rogar, en tono suplicante, á una persona á quien había ultrajado tantas veces con su orgullo y herido con sus desdenes.

—Indíqueme usted el camino que debo seguir para lograrlo, dijo Rita. Al parecer ha trazado usted algún plan de antemano, y yo no he tenido hasta ahora motivo alguno para disimular lo que siento...

Al decir esto, la joven estaba pálida como una muerta, y cerrando y apretando convulsivamente las manos, trataba de conseguir la serenidad y el valor que necesitaba.

—Dígale usted que quiere á otro.

—¡No, eso no; nunca!, gritó la joven temblando nerviosamente. ¿Será usted capaz de exigirme que le engañe? ¿Para qué? ¿Para que me desprecie? ¡A mí, que le quiero más que á mis ojos!

Doña Milagros se irguió como si le hubieran dado un manotazo.

—La mayor prueba de amor que puede usted darle es renunciar á su cariño, dijo con frialdad.

Rita quedó unos momentos indecisa: fué una terrible lucha de un minuto, durante la cual se arremolinaron en su mente un sin fin de recuerdos y de ideas, y levantaron su pecho un enjambre de sentimientos de amor, de rabia, de sacrificio... Pero de todo aquel hervidero de su cabeza surgió, como suave bálsamo, el primer encuentro en la capilla, la generosidad de Cayetano salvando del deshonor á Gontrán... Sin duda era la hora del desquite: él le había dado su corazón; ella le pagaría salvándole la fortuna del tío, aunque muriera de pena... Y se estrujó con ambas manos el pecho, aquel pecho en donde brincaba de dolor un corazón rebelde, tenaz, que se negaba á someterse al sacrificio. Pero también lucharon bravamente la voluntad, la gratitud, mientras el rostro de Rita, lívido y descompuesto, enseñaba á la altiva señora cómo es la imagen de los grandes dolores humanos. Hubo un instante en que la anciana miró compasivamente á la joven, y esperó con ansia su respuesta.

—Ha ganado usted, señora..., dijo Rita con voz ahogada. No perderá Cayetano su fortuna, ya puede usted irse tranquila... Sólo impongo una condición, y es que usted me defienda si alguna vez se atreviera el mundo á murmurar en lo que toque á mi honra; pues sólo usted sabe lo que me obliga á variar el rumbo de mi vida. Dios haga á sus hijos muy felices.

Doña Milagros estrechó á la joven entre sus brazos, y bendijo con toda su alma á la que había considerado hasta entonces como enemiga de su tranquilidad. Y mientras subía al carruaje, murmuró al oído de Rita:

—¡Ojalá pudieran ser las cosas de otro modo!

El coche se puso en movimiento, y en él se arrellanó doña Milagros orgullosa de su triunfo, pero con el remordimiento de haberlo conseguido á costa de la felicidad y el sosiego de una pobre muchacha. ¿Qué sería de ella?..

Dame por última vez la mano, Cayetano...

Rita volvió al cenador, y allí estuvo suspensa, ensimismada sin darse cuenta del correr de las horas. El sol se había hundido ya bajo el horizonte, y ahora la luna subía lentamente hacia las cumbres del cielo. Una brisa fresca bajaba de las montañas y movía con suavidad las hojas del cenador, sin distraer la atención de Rita, que se hallaba, toda, concentrada en el que ella creía tan lejos y que, desde hacía rato, se hallaba á su lado contemplándola en silencio. Desolada, había apoyado la joven su ardorosa cabeza entre las manos, mientras con su imaginación, al través de la sombra de Cayetano, veía desarrollarse todo aquel negro y tristísimo porvenir que la esperaba. De pronto Cayetano, sin poder contenerse ya en su muda contemplación, arrojóse á los pies de su novia exclamando:

—¡Rita, Rita mía!.. ¿Me perdonas?

La estrechó contra sí apasionadamente, sin que ella opusiera resistencia; pues, apoyada como tenía la cabeza sobre el hombro de su novio, bebía anhelosa, más bien que escuchaba las mieles que éste murmuraba á su oído.

—Nunca has estado conmigo tan cariñosa ni condescendiente, dijo Cayetano.

Y al ver que Rita correspondía á sus caricias exclamó, loco de júbilo:

—¡Ahora sí que nos casamos en seguida! Dentro de tres semanas...

Bastaron estas palabras para que se deshiciera el

© Biblioteca Nacional de España

encanto; Rita apartó á su novio con suavidad y firmeza á la vez, diciéndole:

—Perdóname, Cayetano, pero ésta es nuestra despedida...

La voz se le ahogó en un sollozo.

—¿Y te atreves á decírmelo, cuando aún siento el calor de tus labios en mi rostro, y el de tus manos en las mias? ¡Ten piedad de mí, Rita! Di que eso no es verdad, que no puede ser verdad... ¡Te mataría! Tus ojos mienten como engaña tu boca; porque eres la mentira misma, la coquetería, la infamia...

La joven permaneció callada, y Cayetano, fuera de sí, la sacudió brutalmente.

—¿No me contestas?.. Entonces, ¿es verdad? ¡Habla!.. ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me enloqueciste?.. ¿Por qué no sigues mintiendo y engañándome, si así me haces venturoso?

Rita, trastornada por el dolor, con los nervios deshechos y las facciones desencajadas, levantóse de la silla y, con voz temblorosa, conteniendo la explosión de su alma, dijo:

—Cayetano, te suplico que me creas por esta sola vez: no puedo obrar de otro modo... Tienes razón en despreciarme, ya que no tuve valor para resistir á tu cariño, á pesar de haberme tú dado esta mañana mi completa libertad. Desde ahora se separan completamente nuestros caminos; el que yo he de recorrer es harto espinoso y triste: me consagraré al estudio para poder aliviar algo á mis pobres padres... Pero te aseguro que el recuerdo de nuestros amores me levantará sobre todas las miserias y amarguras de la vida. Dame por última vez la mano, Cayetano...

—No, contestó el joven con sequedad.

—Pues entonces, ¡que Dios te proteja!

Y antes de que Cayetano pudiera impedirlo, Rita salió del cenador, atravesó el jardín y desapareció en el interior de la casa.

Cayetano, desesperado se arrojó sobre la misma silla que había ocupado la joven, y la besó mil veces y la regó con lágrimas de amor y de coraje, mientras gemía:

—¡Ese maldito francés tiene la culpa!.. ¿A qué vienen ahora esas músicas y esos cantos? ¡Ya lo creo que tiene enterrado un tesoro en la garganta!.. ¡Ojalá fuera fea, y ronca como un grajo!..

Y retorciéndose las manos rugía:

—Y ¡ahora me rechaza la infame, ahora precisamente, cuando tengo la casa lista y á mi madre medio conquistada! ¿Por qué me abrió las puertas de la felicidad, si había de cerrármelas de pronto, dejándome en los mismos umbrales?.. ¡Desgraciada! ¿Conque te empeñas en seguir sola tu camino? ¿Tanto quieres volar que no te basta lo que yo puedo ofrecerte?..

Luego, como si se le hubiera iluminado el pensamiento, continuó:

—¡Que Dios te proteja, que tan criatura suya es el águila de las cumbres como la mariposa de nuestros jardines!.. Amor de mi vida, yo te bendigo y te adoro: prefiero sufrir tu desprecio y renunciar á tu posesión que verte desgraciada ó poco satisfecha á mi lado. Tú serás una artista, y yo me convertiré en trabajador para que el cansancio me impida soñar...

Pero á este dolor suave y tierno del recuerdo, sucedió repentinamente la rabia del desengaño; rióse el joven sarcásticamente y concluyó diciendo:

—Mi novela ha terminado, y con ella acabarán también el cariño y la juventud. Desde mañana seré otro hombre, y con el trabajo me reconquistaré á mí mismo. ¿Por qué he de irme al fondo, como tantos otros, por la falsía de una mujer?

Y, resueltamente, echó á andar hacia su casa.

V

Rita no pegó los ojos en toda la noche; lloró mil veces y rezó otras tantas, suspirando por la luz del día; y le pareció que se le quitaba un peso enorme cuando vió que empezaba á quebrar la aurora.

El destino había puesto allí punto y aparte en el curso de su vida; ya no podía recrearse en los rosados ensueños de ayer, que se habían convertido, por obra del egoismo de doña Milagros, en negra pesadilla. Su dignidad y su sosiego le exigían que mirara de frente; y así, lo que ayer, cuando hablaba con el señor cura, fué proyecto lejano, casi caprichoso, trocábase hoy en necesidad apremiante: no quedaba en pie, entre todas aquellas ruinas de lo pasado, sino el afán de ser útil á sus padres.

La joven ya no vivió hasta que pudo ir á casa de Elsa; y, aunque á ella le parecía muy tarde, todavía estaba el matrimonio á la mesa, tomando el desayuno, cuando les fué anunciada la visita.

—Que entre, que entre... ¡Pase usted, Rita!.. Siéntese y tomará con nosotros una taza de café. Qué, ¿se siente mal? ¡Qué cara tan desencajada trae usted!

Mientras Elsa le servía la aromática infusión, Carlos le presentaba un cestillo con tostadas y manteca.

—Mire usted qué bien educado tengo á mi marido... Vaya, que le ha preparado á usted esa tostada con mucho garbo; otros hombres no tienen esa habilidad...

—Sí, Rita, hija mía, observó Carlos en tono de lamentación burlona, es una terrible verdad, pero mi mujer me tiene por completo bajo su dominio.

—Cuando el marido lo confiesa, la situación no será tan grave..., contestó Rita esforzándose por seguir la broma.

—Hoy le explicaré á usted cómo hay que tratar á estos caballeritos, dijo, sonriendo, la amable dueña de la casa. Así, á lo menos, le aprovechará mi experiencia para...

—Eso quiere decir que estoy sobrando, interrumpió Carlos; pero también me encargaré yo de aconsejar é instruir á otras personas.

Diciendo esto se levantó, y después de despedirse de su esposa y de Rita añadió:

—Hoy no me esperes hasta la noche.

Elsa salió al balcón y le siguió con la vista hasta que hubo desaparecido. Luego, volviéndose á Rita, dijo:

—¡Cuánto sentí que se fuera usted ayer tan pronto! Nos divertimos mucho... Pero más que yo, la echó á usted de menos un caballero que sólo por usted volvió á la fiesta.

—Ya le vi llegar...

—Y ¿á pesar de eso desapareció usted?, preguntó Elsa con asombro. De modo que usted ¿no le quiere? Lo siento, porque me es muy simpático.

Rita se conmovió de tal modo que Elsa se arrepintió de haber tocado este tema; pero creyendo que separaba á los novios algo de poca monta, tenía empeño en reconciliarlos.

Cayetano le había hecho fácil la empresa; pues estaba deseando oir cuanto Elsa le decía en descargo de Rita; pero ésta, oyendo á su nueva amiguita, no hacía sino apretar los labios, y aunque la emoción y la pena le traían y llevaban los colores al rostro y la dejaban blanca como el papel, alternativamente, no parecía dispuesta á variar de propósito.

—¡Qué dominio de sí misma tiene esta muchacha!, pensaba Elsa. Así me engañó, cuando, al verlos, creí que Cayetano le era indiferente.

Y, viendo el sufrimiento de la joven, se apresuró á cambiar de conversación, diciendo, con la mayor naturalidad:

—Ea, y ahora á lo prometido: voy á buscar mi gramática alemana.

Con este pretexto desapareció, para que Rita tuviera tiempo de tranquilizarse, y esperando que Cayetano, comprendiendo la indicación que le había hecho la víspera, viniera personalmente á defender su causa.

Al cabo de dos horas de estudio, casi sin levantar cabeza, la profesora dijo á la alumna:

—Pronuncia usted muy bien, y tiene facilidad para este idioma. Si viene todos los días, no tardará usted mucho en hablar alemán. En recompensa y en pago de su lección le enseñaré á usted una preciosa canción de mi país. Es muy sencilla, y el acompañamiento se reduce á unos cuantos acordes.. Vea usted, aprenda las palabras de memoria que ya se las traduciré:

«Abrete, corazón, y ensánchate como la bóveda de los cielos...,» leyó Rita en alemán, casi de corrido, aunque con marcado acento extranjero. La joven tenía excelente oído para la música, y al cabo de un rato encantábase Elsa oyéndola entonar su canción favorita.

—Ahora ensayemos juntas este dúo, insistió Elsa entusiasmada.

El dúo salió también á pedir de boca.

—¡Qué lástima que no nos oiga nadie! Pero ya que no hay quien nos aplauda, aplaudiré yo.

Elsa iba, efectivamente, á palmotear, cuando el criado anunció la llegada de Enrique Boulanger y míster John.

—Precisamente los que menos falta hacen, murmuró la alemanita contrariada, bajando las manos.

Pero no pudo negarse á recibirlos; pues, sin duda, las habían oído cantar desde la calle. Elsa iba á cerrar el piano, cuando aparecieron en la puerta los dos extranjeros.

—Perdone, usted, señora, que hayamos invadido este santuario de la música; pero no hemos podido resistir la tentación...

—Siento que no encuentren ustedes á mi marido; pero tomen asiento, dijo, señalando unas butacas.

Luego, dirigiéndose al inglés:

—Le presento á usted mi nueva amiga Rita Gontrán... Supongo que no se conocen ustedes.

—No, contestó míster John en un castellano desastroso, pero siento placer en conocerla.

Ambos caballeros suplicaron con tanta insistencia que repitiera la canción interrumpida, que Elsa, aunque de mala gana, hubo de acceder, advirtiendo que no admitía censuras, ya que sólo se trataba de un ensayo. Pero la observación fué superflua, porque el público más exigente no hubiera podido poner un pero á la interpretación de la bella melodía.

—Aquí se ve palpablemente la diferencia entre la mujer y el hombre, dijo Enrique á Elsa. Nosotros nos quebramos la cabeza para resolver alguna dificultad, mientras que ustedes la resuelven pronto, prestando ayuda en el acto; pues no cabe duda en que ha estado usted ejerciendo de profesora...

—O de alumna, respondió Elsa, pues pienso adelantar en el castellano algo más que el bueno de míster John.

Éste se hallaba como embobado mirando á Rita.

—Verdad es, continuó Elsa, que para mí la cosa es mucho más importante, puesto que he de quedarme en España... Es decir, añadió encarándose con míster John, para obligarle á desviar sus ojos de Rita, que, azorada, hojeaba un libro, ¿usted piensa permanecer mucho tiempo en este país?

El inglés, como despertando de un sueño, contestó:

—Ahora ya no lo sé.

—Y usted Sr. Boulanger, ¿pasará el verano en las minas?, preguntó de nuevo Elsa volviéndose á Enrique, que sonreía burlonamente mirando al flemático míster John.

—¡Oh! Ahora..., ahora tampoco lo sé.

—Me alegro; así nos espera un verano divertido. Rita, ya tenemos á nuestra disposición dos buenos músicos y bailarines, de modo que no faltarán danzas ni conciertos.

—¿Le molestaría á usted que repitiéramos la salve de ayer?, preguntó Boulanger á Rita en tono suplicante. Seguramente la sabrá de memoria.

Rita era enemiga de toda afectación, pero aquel ruego la disgustó sobremanera; así es que contestó:

—No sé el acompañamiento, y, por tanto, no puedo cantar.

—¡Ah! Eso no importa... Yo la acompañaré.

Y, sin más preámbulo, sentóse al piano y comenzó á preludiar la salve.

La joven no pudo resistir al empeño del francés y á los ruegos de Elsa, y cantó, corrigiendo involuntariamente á Enrique cuando éste se paraba ó se equivocaba; y ni músicos ni oyentes, ya por completo abstraídos, advirtieron la llegada de un nuevo visitante. Rita, en aquel momento, se inclinaba hacia Enrique para atender las observaciones que éste le hacía sobre su voz, y Elsa hojeaba con míster John su cuaderno de canciones alemanas, señalando y discutiendo las más conocidas, cuando oyó decir á su espalda:

—Doña Isabel, deseaba saludar á usted antes de ir en busca de Carlos...

Ambas jóvenes se volvieron sorprendidas á mirar á Cayetano, que no era otro el recién llegado; el cual, contemplando á los reunidos y sonriendo sarcásticamente, confesó que comprendía muy bien que ante el poder de la música y de aquel canto seductor no había otra salvación que la fuga.

—Perfectamente, mi Sr. D. Cayetano, dijo Elsa. Ese tonillo irónico merece un castigo y se lo impondré á usted obligándole á escuchar el dúo que ensayábamos Rita y yo cuando nos sorprendieron estos caballeros... Nada, nada, Rita; no hay escape, añadió al ver que la joven hacía signos negativos con la cabeza; es preciso cantar para castigarle.

Cayetano, al oir cantar á su amada, la vió convertida en una mujer enteramente distinta de lo que era: ya fuese por la extraña influencia de aquel idioma incomprensible, ya por la melodía, sentimental y exótica, bien por la joven misma y el lugar en que la encontraba, ello es que le pareció ver á Rita á una distancia inmensa de él, y hubo de esforzarse mucho para recordar que, aun ayer, era su novia; que la había estrechado entre sus brazos y ella había respondido á sus caricias con el amor y la confianza de la mujer enamorada. Y se decía:

—¿A qué habré yo venido?

Era necesario que se acostumbrara á ver en Rita á la cantante, ó á hallarla al lado de un hombre que se acercara más á sus aspiraciones y anhelos artísticos, que comprendiera y desenvolviera su talento musical y su voz prodigiosa. Por mucho que Cayetano sufriera y aunque se le desgarrara el corazón, no debía aparentar menos indiferencia y arrogancia que la joven, tanto más cuanto Boulanger, con sus ojos escrutadores, parecía escudriñar hasta el fondo de sus entrañas.

—Tiene razón el Sr. Boulanger; esta señorita ha nacido para el canto, y sólo deseo que el arte la resarza de lo mucho que acaso tenga que sacrificarle...

© Biblioteca Nacional de España

Inclinóse después cortésmente ante Rita, estrechó la mano de Elsa, á quien dió gracias por el agradable castigo que le había impuesto, y quiso retirarse.

Elsa miró compasivamente á Rita y pensó:

—No, pues así no te me escapas.

Y volviéndose á Cayetano, dijo:

—Tengo que pedirle á usted un favor; darle un encargo para mi marido. Si no tiene usted mucha prisa y quiere aguardar un momento...

No necesitó acabar la frase; Enrique y míster John, comprendiendo la discreta insinuación de la joven, se apresuraron á despedirse. Elsa los acompañó hasta la puerta, y, al volver, suplicó á Rita y á Cayetano que la disculparan unos minutos: había descuidado sus deberes de ama de casa y tenía que echar un vistazo por la cocina... Y los dejó solos.

—Rita, dijo en voz temblorosa Cayetano, después de un rato de silencio, ¿persistes en tu decisión de anoche? ¿Qué mal te he hecho para que te sea tan indiferente mi desgracia?

—Sólo me has hecho bien, Cayetano, y nunca lo olvidaré, contestó la joven blandamente; pero no puedo retroceder: creerías que sólo había obrado por capricho ó ligereza, y no quiero que pienses tan mal de mí. ¡Ojalá pudiera hacerte comprender que tu felicidad es para mí antes que el mundo entero!

—Entonces escucha lo último que voy á decirte; pues ya ni puedo ni quiero volverte á ver: Guárdate de ese Enrique; es un hombre de malas costumbres, estragado por una vida de placeres, y que sólo busca nuevos goces en nuestra vida sencilla, en estos montes. ¡Ojalá no te hubiera visto nunca! Para él eres y serás un juguete, un capricho; con el pretexto de la música y del canto te hará desgraciada, y yo no podré protegerte contra sus truhanerías... No olvides mi consejo, aunque me olvides á mí mismo.

Rita quiso rechazar el aviso con arrogancia; pero la última frase de Cayetano la hizo responder con mansedumbre:

—Gracias, Cayetano, por tu advertencia; puedes creer que ese caballero no ha influído para nada en mi decisión.

—Pero ejercerá su influjo maléfico sobre tu destino, sobre tu suerte futura... Me lo dice el corazón y esto me desespera y enloquece.

—Pues te aseguro que si mi destino es ser desgraciada, no lo sabrás tú nunca. Yo, en cambio, presiento que á tí te esperan la riqueza y la felicidad, y eso me llena de alegría; pues algo de esa felicidad tuya quizás ilumine la desventura que me anuncias: ya ves que soy mejor profeta para ti que tú lo eres para mí, y es seguro que yo seré antes olvidada que tú...

Las últimas palabras fueron dichas en tono tan bajo, que Cayetano apenas las oyó; pues Elsa volvía haciendo ruido con sus llaves.

—Para que sepan que llego, pensaba sonriendo la alemanita, que se quedó helada al ver á ambos jóvenes tan tristes.

—Nos acompañará usted á comer, Cayetano, dijo, haciendo la última tentativa; pues mi marido no vuelve hasta la noche.

—No puedo, señora; me es de todo punto imposible, respondió Cayetano; mi madre me espera... Otro día será; hoy no puedo, no puedo...

—Bueno, pues acepte usted una copa de jerez; no me desaire usted.

El joven la bebió de un trago, y, después de estrechar la mano de la dueña de la casa, se dirigió á la puerta, desde la cual, volviéndose, dijo:

—Adiós para siempre, Rita... Y ¡Dios quiera que no tengas que arrepentirte de lo que has hecho!

Rita, temblando, se apoyó en una mesa para no desplomarse; pero dejó marchar á Cayetano sin hacer ademán de retenerle.

—Ahora sí que ha acabado todo, murmuró Elsa tristemente; si llego á saberlo les ahorro esta última entrevista.

Rita se acercó al balcón para que el aire de la sierra le refrescara la ardorosa frente. La angustia le oprimía el corazón, como si en aquel momento hubiera perdido el sostén y apoyo de su vida; como si le faltara el suelo firme en que descansar los pies ó navegase en un mar alborotado, á merced de las olas. ¿Había mayor crueldad que anunciarle un porvenir triste, cuando tan necesitada estaba de consuelo y de ánimo para ahogar su pena presente?

Elsa la invitó á sentarse á comer con ella; pero aunque la joven hizo todos los esfuezos imaginables no pudo tragar bocado.

—¡Pobre niña!, exclamó Elsa abrazándola. ¿Qué haría yo para que no estuviera triste?

—Nada, dijo Rita con voz ahogada.

—¿No tiene usted confianza en mí?

—Sí, sí; de otro modo ¿cómo me hubiera atrevido á rogarle que me enseñara el alemán?

—Pues si es así, cuéntemelo todo; quizás la cosa tenga mejor arreglo de lo que usted se figura.

Elsa acarició suavemente el cabello de Rita, mientras le apretaba la cabeza contra su pecho; y ante esta espontánea demostración de cariño deshízose en lágrimas el hielo que, al parecer, cubría el corazón de la joven, la cual dijo, entre sollozos:

—Doña Isabel, ¿cree usted que haya personas predestinadas á la desgracia, que por mucho que hagan no puedan escapar á su sino?

—¡Qué disparate, Rita! No lo creo... Eso sería una injusticia que no cabe que Dios la haga; pues el Señor no abandona nunca á quien pone en él su confianza. Aunque sus caminos sean diferentes de los nuestros, al fin y á la postre hemos de creer en su justicia...

—Yo creo que el de mi vida será muy espinoso. Hoy he enterrado para siempre mi juventud, mis amores y mis esperanzas, y eso que sólo tengo diez y siete años.

Los labios de la joven se contrajeron de dolor.

—¿Y por qué se empeña usted en variar de vida?, preguntó Elsa. ¿A qué obedece ese cambio tan repentino?

—Hace algunos días le hubiera contestado á usted que sólo por demostrar á su madre, que tanto me ha ofendido y despreciado, que estoy moral é intelectualmente tan alta que puedo conquistarme el amor de su hijo por mis propios méritos. ¡Ay, cuánto me arrepiento ahora de haberle mortificado un día y otro día por pura vanidad y amor propio! Pero me desesperaba que la gente no viera en nuestras relaciones sino una suerte inmerecida para mí, y se encogiera de hombros por el disparate de Cayetano al elegirme entre todas. ¡Como si mi padre no hubiera sido un caballero tan noble, generoso y bueno como pueda serlo el más altivo aristócrata! Y ¿qué podían echarle en lo el más altivo aristócrata! Y ¿qué podían echarle en cara á mi pobre madre, sino su laboriosidad y su abnegación? Verdad es que á Cayetano le preocupó muy poco la opinión de los demás, y todo eso no tiene ya importancia...

Rita se ahogaba de pena; tenía las mejillas rojas como la grana; los ojos encendidos, bañados en llanto; la garganta seca, y el corazón golpeándole fuertemente el pecho. Las palabras salían de sus labios entrecortadas, torpes, como si no quisieran obedecer á la voluntad ni al pensamiento.

La niña suspiró dolorosamente y continuó, haciendo un esfuerzo:

—Anoche tuve una entrevista con su madre, y ésta exigió de mi cariño que renunciara para siempre á lo que era mi ilusión; pues Cayetano pierde el título y la herencia si se casa con otra muchacha que no sea Silvia... Pero no para aquí el sacrificio; doña Milagros me advirtió que sólo yo podía y debía decidir en el asunto, negándome á continuar las relaciones; pues sabe que su hijo es capaz de despreciar esa fortuna, y todas las riquezas del mundo, por no dejarme... ¿No le parece á usted una crueldad horrible, una feroz hipocresía de esa señora, el ceder á la exigencia de Cayetano y dar su consentimiento para nuestra boda, mientras que á espaldas de su hijo me obliga á despedirle, á desdeñarle, á que pisotee yo misma mi felicidad y le haga creer á él que esta conducta mía es debida á mi afición por el arte, ó, si á mano viene, á una inclinación por el francés?

La fisonomía de Rita cambió repentinamente al llegar á este punto; la idea de que alguien pudiera equivocar sus sentimientos respecto del francés, la sublevaba; y así, llena de indignación, continuó la joven refiriendo los pormenores de su conversación con Cayetano y con la madre de éste; pero poco á poco, como si aquel desahogo hubiera sido el mejor calmante, apagóse su excitación y tranquilizáronse sus nervios, y cuando, concluído el relato, comunicó á Elsa su pensamiento y resolución de hacerse institutriz, ya había recobrado completamente el dominio de sí misma.

—Y ahora acabó ese ensueño de los amores y empieza la gramática y el diccionario... En casa no hago falta alguna, pues mi padre, desde que padeció aquel ataque, apenas si me conoce, y eso que siempre hemos vivido el uno para el otro; lo menos que puedo hacer por él y por mi buena madre es aliviarles la carga, contribuyendo al sostenimiento de la hacienda. Estos son todos mis secretos, y bien sabe usted que tengo energía para realizar lo que me propongo.

—Cuenta con mi amistad para siempre, respondió Elsa conmovida. Si has perdido el novio, en cambio has encontrado una hermana. Ya ves que te tuteo, y exijo que me tutees tú también y me quieras como hermana. Lo demás ya lo hablaremos con Carlos, que sabrá darte un buen consejo. Por de pronto me acompañarás á casa de mi tía Juana; es preciso que salgas de tu concha y te acostumbres al trato de gentes.

Rita hizo un mohín, como si le repugnara la invitación, y dijo:

—Es tan orgullosa... Seguramente no le agradará mi visita.

—A eso tendrá que avenirse por fuerza, si es que no quiere renunciar á la mía; pues ahora tú y yo nos pasaremos la vida juntas.

Rita hubo de someterse, y poco después pasaban ambas á la casa contigua.

—¿Cómo es que no te he visto en todo el día, Isabel?, dijo doña Juana saludando á su sobrina.

—He estado muy atareada con esta compañera... Hemos estudiado y hecho música juntas, pues Carlos está fuera hasta la noche.

Doña Juana saludó á Rita con una leve inclinación de cabeza, y Elsa trató de disimular la frialdad del recibimiento con su charla afectuosa y animada.

—Tía, ¿sabes ya la última aventura de míster James? Por poco le llevan maniatado á la casa de locos...

Doña Juana, sonriendo, movió negativamente la cabeza.

—Pues te la referiré, porque es digna de que la conozcas... Figúrate que James llegó á uno de los más míseros villorrios de la Montaña con objeto de reconocer unas minas. Hospedóse en la posada, y, para comer, estuvieron sirviéndole cuatro días seguidos la misma gallina que había dejado, por dura, la primera vez, y á la cual seguían unos huevos fritos con aceite rancio y unas patatas rabiosas de tanto pimentón. Como te digo, cuatro días soportó nuestro inglés con paciencia la misma comida recalentada, pero al quinto, fuera de sí, cogió los platos y, uno tras otro, los tiró por el balcón á la calle, sentándose después tranquilamente á la mesa como si no hubiera ocurrido nada. Al oir tal estrépito y enterarse de la causa, subió la posadera y llenó de improperios á míster James: éste la escuchó un rato con el mayor sosiego, pero viendo que no callaba le hizo comprender que si no tenía la lengua iría por el mismo camino que la vajilla. La posadera se indignó más y arreció en sus insultos, y James la agarró y la echó bonitamente por la escalera abajo. Ya te puedes imaginar la que se armaría entonces: el marido, que había acudido en defensa de su mujer, fué también rodando por la escalera, y detrás de él los muebles de la habitación. Arremolináronse los vecinos á la puerta de la posada, y el alcalde dispuso que el loco fuera atado en una carreta y trasladado al manicomio, para evitar mayores males. Algunos mozos del pueblo, armados de hoces y palos, tomaron á su cargo la vigilancia de la casa; y, mientras tanto, míster James encendía un cigarro y contemplaba sonriendo desde el balcón las precauciones de los vecinos. Luego se entretuvo tirando cigarrillos á sus guardianes, hasta que reapareció el alcalde acompañado del médico, el primero enseñando á míster James el bastón de autoridad, y el segundo empeñado, con afectuosa tenacidad, en sangrar al loco, para disminuir la fuerza de los ataques, si volvían. Resistió el inglés todo lo que pudo, pero al ver que ni el alcalde ni el médico se daban á partido, probó á reducirlos dándoles dos tremendas bofetadas. No te quiero decir lo mal que lo hubiera pasado míster James sin la providencial aparición de Enrique Boulanger, que, al darse cuenta de lo ocurrido, creyó morir de risa. Ya sabes que el francés anda siempre por esos montes, y que la gente le quiere mucho por su generosidad. Pues bien, aprovechando este ascendiente, pudo tranquilizarlos á todos diciéndoles, poco más ó menos: «Eso no es nada, señores; pasado el arrebato, míster James es tan inofensivo como un niño de pecho. Ya verán ustedes que yo me lo llevo como un cordero y que no es capaz de hacer daño á nadie. El ataque le da cada siete años, porque cuando tenía esa edad le mordió un perro, que decían si estaba ó no estaba rabioso; y lo extraño es que el último palo se lo lleva siempre la autoridad: es su manía... Si en vez del alcalde, hubiera sido el rey, á éste le hubiera tocado la bofetada. Lo mejor será que no hagan ustedes caso; pues, precisamente, si ofendió al señor alcalde, con ello quiso demostrarle que le reconocía como autoridad y respetaba su mando. Claro está que se pagarán los daños y perjuicios ocasionados por el enfermo... ¿Qué les parecería á ustedes si nos quitáramos de encima el susto con unos cuantos tragos de lo bueno? Yo convido. Acaso haya por ahí algunos tiernos descendientes de esta anciana venerable, añadió señalando el esqueleto de la gallina causa del tumulto, y si es así, que los ase la patrona y nos los sirva acompañados de nuas tortillas decentes. Al enfermo hay que darle de comer algo, pero sin esta salsa de pimentón; pues sólo con verla le repetiría el acceso, creyendo ver sangre...»

Doña Juana no pudo menos de soltar el trapo, y Rita sonrió.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Verás, verás, continuó Elsa riendo. Hubo quien quiso ponerle á míster James la camisa de fuerza, por pura precaución, á lo cual asintió el alcalde; pero poco, había ido aliviando en los menesteres y cuidados de la casa, hasta que se los confió enteramente al anunciarse la llegada de un heredero.

Rita se acostumbró á atender sus correcciones y á respetar sus juicios; pero, personalmente, seguía viéndole con la misma indiferencia que el primer día.

... que después de enterarse de quién era Rita, la saludó cortesmente...

Boulanger los disuadió diciéndoles que entonces el loco empezaría á dar mordiscos á todo bicho viviente, y esto ya era más grave, pues aquel á quien mordiera estaba perdido; que él entraría á apaciguarlo mientras los vecinos apuraban unas botellas. Y Enrique entró, y ambos quedaron en comer con aquella buena gente y en seguir la broma de la locura hasta escapar del pueblo. Estuvieron sujetos á la vigilancia de los mozos, que los oían reir y charlar animadamente, lo que aumentó aún su admiración por el valiente francés, que se había atrevido, él solo, con semejante fiera. Cuando salieron, cogidos del brazo, ordenó el precavido alcalde que los niños y las jóvenes se pusieran en segunda fila, por si mordía míster James, pues era de suponer que prefiriera la carne tierna... Hasta ahora dicen que no ha vuelto á repetirse el ataque, y que ni por asomos ha dado muestra alguna de enajenación mental.

Al acabar su narración, Elsa, muerta de risa, miró por la ventana, y, de pronto, dijo:

—Bien dice el refrán que en nombrando al ruin de Roma... Tía, ahí tienes á míster James; que te diviertas, que yo me escapo ..

Y cogiendo de la mano á Rita, desapareció con ésta.

VI

Rita se pasaba la vida con Elsa, á quien, poco á

—Debías renunciar á tu proyecto y quedarte con nosotros, le decía Elsa á menudo; pues yo no sé qué va á ser este nidito cuando tú faltes de él.

—Estaré aquí hasta el otoño; entonces podremos ambas ocupar nuestros respectivos puestos.

Rita había adelantado de una manera sorprendente, y buscaba, para el otoño, una casa en donde poder entrar como institutriz. La joven no había vuelto á ver á Cayetano, pero éste la observaba y admiraba desde lejos. A menudo se hacía el encontradizo con Carlos, á quien encargaba de sus saludos para las señoras; y aunque bebía los vientos por volver á casa de su amigo, no puso los pies en ella.

En cambio la frecuentaban mucho Enrique Boulanger y míster John. Éste no disimulaba su creciente admiración por Rita, mientras que el francés no sólo no hacía notar, ni con una lisonja ni con una palabra imprudente, lo que sentía por la muchacha, sino que parecía haber puesto empeño en hacer ver á ésta, únicamente, un afecto fraternal y un gran interés por su talento y su educación, exento de egoísmo.

Con la mayor delicadeza advertía Enrique á la joven cualquier falta que se le escapara en el francés, pues siempre conversaba con ella en este idioma, para que, con el ejercicio continuo, llegara á vencer todas sus dificultades. La instruía, sin que ella misma se percatara, tanto en francés como en la música.

Elsa, Rita y Emilia formaban una piña que los del pueblo dieron en llamar «la triple alianza.»

* * *

Doña Juana estaba algo amoscada porque Carlos retrasaba el bautizo del pequeñuelo, lo cual calificaba aquélla de poco cristiano y poco edificante; el nuevo papá sólo contestaba á tales censuras con un lacónico:

—Quiero que Elsa asista al bautizo.

Un día enfadóse de veras doña Juana y declaró terminantemente que renunciaba al honor de apadrinar al niño si la ceremonia se retrasaba por más tiempo.

—Pero, tía, ¿qué prisa te corre? Ya sabes que el niño Jesús tenía ocho días cuando le impusieron el nombre... Mira, si te esperas le pondremos el tuyo; se llamará Juan.

—De ningún modo: sus nombres serán Carlos Juan y Alfonso.

La fiesta fué tal, que aún la recuerdan con gozo los viejos de Liébana. Todo lo mejorcito de la comarca se reunió, para festejar el fausto acontecimiento, en casa de la madrina, que lo había exigido así para evitarle á Elsa las molestias del natural alboroto. La venturosa madre había encargado á Emilia que no perdiera de vista á Rita.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Buena le espera á la pobrecilla, dijo, entre tantos adoradores y tanta señorona!..

Era la primera vez que la linda montañesa asistía á una reunión de personas distinguidas, y, para que se presentara convenientemente, Elsa le había encargado á Madrid, en secreto, un hermoso vestido.

—Nadie me conocerá con este elegantísimo traje, decía Rita; pues yo misma me desconozco.

—Tanto mejor, le contestaba Emilia; tú ocúpate sólo en hacer lo que el vestido te ordene, como si toda tu vida hubieras gastado sedas y terciopelos; ya sabes que, dadas las miras mezquinas de la sociedad, hoy nadie se impone sino con los trapos y la ostentación. Yo lo hice así y no me fué mal... A la gente hay que tratarla como se merece.

—¡Pobre de mí!, se oyó decir burlonamente detrás de una cortina, la cual se abrió para dar paso á Alfonso. ¡Vaya con mi mujercita! Pues á mí bien supiste imponerte vistiendo la blusita de percal...

—Esas palabras te elevan á muchos codos sobre las miserias de las almas ruines, dijo Emilia saladamente; pues demuestran que supiste reconocer el mérito aun bajo la modesta ropa de batalla, mortal afortunado.

—Siga usted, Rita, al pie de la letra los consejos de mi costilla; le sobra razón hasta por encima de la cabeza...

Las encopetadas señoras de Liébana se hacían cruces al ver la transformación de la joven.

—¿Y ésta es aquella Rita que conocíamos, decían, esta señorita que con uno habla alemán y con otro francés, como si jamás hubiera hecho otra cosa? ¡Si parece imposible!

—*Sí es, sí; la misma...*, contestó Alfonso irónicamente, encarándose con la madre de Cayetano; nadie sabe á lo que puede llegar en este mundo, ¿verdad, doña Milagros? Esa Rita bien vale una fortuna...

Tratándose de Alfonso era difícil averiguar si esta observación era ingenua ó encerraba un terrible sarcasmo.

—Yo lo que sé decir es que daría por su posesión hasta la sangre de mis venas, dijo Cayetano; y, á pesar de esto, me desdeña...

Aunque estas palabras iban sólo dirigidas á Alfonso, tanto Silvia como doña Milagros las oyeron perfectamente.

—Míster James, ¿desea usted algo?, preguntaba entretanto Emilia al inglés, que iba de grupo en grupo examinando á todas las jóvenes, con una franqueza y naturalidad verdaderamente británica.

—¡Oh no!, contestó míster James tranquilamente; quiero decir que hoy hace un año estábamos aquí también, y deseo que esta fiesta se renueve todos los años y la celebremos reunidos del mismo modo..., y con el mismo objeto.

—¡Dios mío, qué cumplido tan..., tan inglés!, exclamó Emilia. Entonces encargaremos á usted que nos proporcione las nodrizas necesarias.

—Eso no, replicó míster James abriendo asombrado sus ojos mortecinos. Esto es deber de los padres y de la tía; pero la leche de mis vacas montañesas la daría gustoso si fuese necesario...

Todos celebraron la ocurrencia del inglés, rodeándole para no perder ninguna de sus extravagantes salidas.

—¿Es verdad, mister James, que le ha comprado usted al boticario loco todas sus gallinas teñidas de colorado, para mandarlas á su tierra?

—Sí, es verdad, y están muy bonitas... Y si las guardan de la humedad seguirán rojas mientras vivan: tengo una declaración escrita del boticario, que así lo afirma.

—Y lo del cordero azul, ¿también es cierto?

—Claro que sí, respondió míster James gravemente. Esas ideas son muy originales y gustan mucho en mi país. Estoy seguro de que en Inglaterra tendrán gran aceptación, y que los pagarán, gallinas y cordero, doble de lo que me costaron á mí; pues á nadie se le ocurre semejante cosa sino es á un boticario español. *Ayer me trajeron también un gato montés...*

—Pues si no tiene la piel verde como una lechuga, suéltele usted, que no es legítimo, dijo Alfonso con la seriedad de un naturalista. Estos animales son herbívoros, y ya sabe usted que la piel toma el color del alimento...

—¡Eso es un disparate!, gruñó míster James. ¿Cuándo ha visto usted que otros animales herbívoros sean verdes?

—Hablo de los gatos, insistió Alfonso en la misma forma: y si el de usted no es verde no cabe duda en que le han obsequiado con un felino doméstico...

—¿Doméstico, eh? Mire usted cómo tengo las manos y los brazos; me los ha desgarrado de mala manera... Pero ¡qué dice usted, si salta por las paredes, rompe y desgarra lo que encuentra y no se me ha tirado á la cara por milagro!.. El hombre ha tenido que narcotizarle para podérmelo traer; es un ejemplar hermoso, hermosísimo...

En aquel momento presentóse la niñera con el recién nacido, envuelto en una nube de encajes y de lazos. Todos, menos Elsa y Rita, se encaminaron á la iglesia. Si doña Juana hubiera sido la verdadera abuela, no hubiera podido ir más alegre ni oronda, entre Carlos y Alfonso, presidiendo la comitiva. Éstos llevaban los bolsillos repletos de caramelos y moneda menuda, que arrojaban á la chiquillería del pueblo, la cual corría de acá para allá, se empujaba y manoteaba gritando á todo palmón el acostumbrado:

—¡Pelón!, ¡pelón!..

Sólo un puñado de perras y de dulces, lanzados al aire, los acallaba un instante, para precipitarse, como lobeznos hambientos, sobre el botín: los más listos cogían algo en el aire; los más débiles rodaban por el suelo ante el ímpetu de los grandullones; los tímidos quedaban rezagados, con ojos entre tristones y envidiosos, esperando que pasara la balumba para buscar las sobras entre el polvo. Y luego todos volvían á la matraca con más fuerza:

—¡Pelón!, ¡pelón!..

Carlos reía y lanzaba otro puñado.

—¿Te acuerdas, tía, cómo te disgustabas cuando yo andaba en esas filas de combatientes, á mojicón limpio por coger un caramelo? ¡Y eso que tú, por evitarlo, me obsequiabas con un papelón de dulces cuando había bautizo! Pero mi chico será también de la partida; se disfruta mucho...

Y tiraba otro puñado entre los más alborotadores.

Terminada la ceremonia religiosa, el señor cura *acompañó á los invitados á la casa*, y él *fué quien colocó* al nuevo cristianito en los brazos de su madre, que, conmovida, estrechó al pequeñuelo contra su corazón prometiendo mentalmente al Señor educarlo para el bien. El párroco roció luego la habitación y á los concurrentes de agua bendita, y dió mil parabienes á los padres.

—Esto me ha gustado; es una costumbre muy bonita, dijo míster James á Boulanger, que había seguido, con mirada burlona, las manipulaciones del cura.

—Estos españoles, contestó, no pueden prescindir, por lo visto, de tales ceremonias y aguas lustrales, cosa que á mí me resulta muy teatral y ridícula...

Una mirada severa de unos grandes ojos negros hizo enmudecer á Enrique, y la dueña de aquellos ojos, Rita, que pasaba junto á ambos interlocutores, dijo gravemente:

—Sólo puede reirse de estos actos quien no comprende su sentido.

—¡Con qué facilidad y con qué dureza me censura usted!, dijo Enrique mirándola con pasión. Y eso que nadie tiene menos derecho que usted á quejarse de mí...

Rita se encogió ligeramente de hombros y siguió andando.

—Pero serás mía, de grado ó por fuerza, pensó despechado el francés. Enrique Boulanger no ha solicitado en vano todavía, y tu resistencia te hace aún más deseable y me incita á la lucha. ¡Ya llegará mi hora!..

Y sonriendo forzadamente y retorciéndose el sedoso bigote, mientras seguía con los ojos la interesante y esbelta figura de la joven, murmuró entre dientes:

—La verdad es que esa muchacha me obliga á variar de modo de ser y de pensar, y casi desearía que completase la transformación de toda mi persona.

Míster John fué á sentarse al lado de Cayetano, que era el español que más le gustaba, y señalando discretamente á Rita le dijo:

—¡Qué progresos ha hecho esa señorita! En ella se unen el fuego y la vivacidad meridionales, con la delicadeza y el sentimentalismo alemanes. ¡Hermosa y afortunada mezcla! ¿Verdad?

John no sabía una palabra de las relaciones entre Rita y Cayetano, de quien siempre había oído decir que se casaría con su prima, rumor que había tomado vuelo *en los últimos días*.

—Mi ideal sería casarme con una mujer así y si yo supiera que ésta se hallaba libre, me atrevería á proponérselo... ¿Qué me aconseja usted?

—¿Yo?, exclamó Cayetano, tentado de mandar á paseo al inglés; pero, dominándose, pensó que mejor era míster John que no el maldito Boulanger. Así contestó lacónicamente:

—Mi opinión es que el que no se aventura no pasa la mar. Y vació de un trago la copa de champaña que tenía delante.

—¿Le parece á usted que no me desairaría? Yo creo que el Sr. Boulanger está en mejores condiciones: sabe aprovechar su talento musical y...

—¡No, por dios!, gritó Cayetano con ademán descompuesto.

Míster John, ante tan efusiva protesta, que él tomó por demostración de afecto, apresuróse á estrechar la mano de Cayetano; el cual, no pudiendo soportar el ruido ni la gente, salió al jardín en busca de un lugar escondido donde calmar su agitación.

—¿La engañará el francés? ¿Se casará con míster John?, se decía, trastornado por un cúmulo de ideas contradictorias. Se arrojó sobre un banco oculto y allí se entregó, como un loco, á las más disparatadas conjeturas y á los planes más descabellados. Fuerzas no le faltaban para luchar contra el destino, ya que, en vez de gemir como una mujer, estaba firmemente resuelto á reirse de todo el mundo. Rita se disponía á ser de otro... ¿Por qué no había de anticipársele él?..

La fatalidad le puso en aquel momento delante de los ojos á Silvia, que le buscaba hacía rato y que le dijo, con blando reproche:

—Por fin te encuentro... Mira, Cayetano, no puedo seguir viéndote sufrir de ese modo; se me desgarra el corazón... ¿Quieres casarte con ella? Yo te ayudaré á alcanzarla... Antes eras el joven más alegre y divertido de toda Liébana; hoy...

—Hoy soy un bicho extravagante y aburrido, que te amarga la vida. ¡Pobrecilla! Me parece que sólo he servido para atormentarte, ¿verdad?

Diciendo esto atrajo á Silvia hacia sí, la obligó á sentarse á su lado y le preguntó, sin pararse en lo que decía:

—Silvia, ¿te decidirías á casarte conmigo?

La joven, asustada, se puso en pie y quiso huir; pero Cayetano la retuvo diciéndole con voz bronca:

—Di sí, ó no; pues no he de preguntarte dos veces, y tú no tienes la disculpa de que no me conoces... *Mi madre lo desea y tú ya sé que me quieres.*

—Sí, yo te quiero, pero tú..., tú quieres á otra...

—Oye, Silvia; ¿me tienes por hombre honrado?

La joven asintió.

—Bien, pues te prometo que seré para ti un marido fiel, y que no te daré el menor motivo de queja. Es preciso que nos casemos, Silvia; que me salves de mí mismo. Di, ¿sí, ó no?

—Sí, murmuró la joven apoyando su cabeza en el pecho de Cayetano.

Éste, conmovido, contempló los grandes y dulces ojos de su prima, que le miraban con expresión infinita de ternura, la besó en la frente y la estrechó contra sí con el afecto respetuoso de un hermano.

—Ahora, vete, dijo, y anúnciale á mamá la buena nueva; yo voy en seguida y haremos público nuestro compromiso.

Silvia hubiera querido que la acompañase pero no se atrevió á insinuarlo, y sólo dijo, amorosamente:

—Pero no tardes mucho...

—¡Qué modesta es la pobrecilla!, pensó el joven viéndola alejarse. También es una felicidad hacer la ventura ajena.

De pronto oyó Cayetano pasos y voces muy cerca de su escondite; quiso salir de allí para no enterarse de la conversación, pero comprendió que ya era imposible sin que le vieran, y hubo de permanecer en el banco.

Una voz de hombre decía en mal castellano:

—El asunto de religión no es motivo suficiente para que usted me rechace. Mi madre también era católica, y, sin embargo, nunca oí que entre mis padres hubiera el menor disentimiento...

—Pero usted es protestante...

—Sí, efectivamente; pero no por eso me opondría jamás á que usted cumpliera con los deberes que le impone su religión...

—No lo dudo, mas..., la fe acabaría por debilitarse en mí. ¡Es tan fuerte la tentación! Y yo deseo, si algún día me caso, poder pensar y creer como mi marido.

—Es decir, que, en este punto, se halla más cerca de usted el Sr. Boulanger... ¿No es eso?

—No, señor, contestó Rita con dureza; está usted muy equivocado... Si me dedico tanto al estudio es porque he renunciado para siempre al amor. Y como es preciso que la vida tenga un objeto, he decidido que el mío sea fundar con el trabajo un porvenir seguro y tranquilo para mí y para mis padres. Hoy mismo, precisamente, me han ofrecido una plaza de institutriz en Madrid, y es muy probable que la acepte y vaya en seguida á ocuparla. Le agradeceré á usted mucho que conserve de mí un buen recuerdo, que no me tenga rencor...

La joven estrechó la mano del inglés y se dirigió nuevamente al salón.

La voz de la mujer amada, sorprendiendo en su retiro al soñador solitario, había roto violentamente aquel principio de equilibrio moral ganado á costa de tantos combates interiores. ¿Qué había hecho, desventurado? ¿No había sido una locura rendir su voluntad para siempre, en un arrebato de celos? Y si ella volviera ahora arrepentida, ¿qué sería de él?

© Biblioteca Nacional de España

—¡Señor, Señor; dame fuerzas para resistir!, gimió, desesperado.

Luego se puso en pie y, con paso rápido, como quien huye de su propia debilidad, fué á refugiarse al lado de su madre y de Silvia, que le recibieron llenas de gozo. Juntos fueron los tres en busca de Carlos, para suplicarle que, á los postres, participara á los invitados el próximo enlace de ambos jóvenes. Carlos se hallaba en aquel momento en el gabinete de su esposa, á donde se había retirado un momento en compañía de Rita. Esta, de rodillas al pie de la cuna, contemplaba embobada al pequeñuelo dormido; su delicado perfil se destacaba con líneas suaves en la penumbra, en el fondo de la alcoba, la cual estaba separada del gabinete sólo por un pesado cortinón de terciopelo, entonces descorrido.

La puerta exterior del gabinete se abrió poco á poco, y entraron quedamente doña Milagros y los novios. Rita no se movió de su sitio, y, sin respirar, oyó la petición de la madre de Cayetano. Elsa, siempre tierna y vigilante, levantóse apresuradamente á correr el cortinón, como si temiera que la voz de la dama pudiera turbar el sueño de su hijo. Cayetano siguió instintivamente los movimientos de la dueña de la casa, y en su corazón quedó impreso, para no borrarse jamás, el delicioso cuadro que se ofreció un instante á sus ojos como una visión mágica. Comprendió entonces el motivo de la solicitud de Elsa, la cual felicitó luego á los novios como si la sorpresa de la noticia se lo hubiera hecho olvidar; pero fué una felicitación á medias, y de mala gana.

Carlos aceptó el honroso encargo de comunicar á sus invitados la fausta nueva, y condujo á Silvia y á Cayetano á una de las cabeceras de la larga mesa del comedor.

—En seguida estaré á la disposición de ustedes, dijo Elsa cuando salían del gabinete, voy á echar un vistazo al chiquitín.

—Rita, hija mía, ven, dijo después que se hubieron alejado, y ayudando á levantar á la joven que aún permanecía en la misma actitud.

—Déjame aquí; si todo debía ocurrir como ha ocurrido...

—¿No quieres venir á la mesa? ¿Lo has oído todo, verdad?

—Sí, sí, todo... Pero te acompañaré al comedor: comprendo que es necesario dominarme, ahogar mis sentimientos; pues dentro de poco á nadie interesará lo que yo sienta ó sufra. ¡Dios le haga tan feliz como lo desea mi corazón!

Cogidas del brazo aparecieron Elsa y Rita en el comedor; Carlos se adelantó á recibir á su esposa, y Enrique, siempre oportuno, ofreció su brazo á Rita.

El alborozo de los invitados rayaba en su apogeo, y los brindis se sucedían sin interrupción, cuando se levantó Miranda á anunciar la boda de Cayetano y Silvia, á la cual doña Milagros se apresuró á convidar á todos los presentes.

Hubo palmoteos y bravos, y arreciaron los brindis. Boulanger, con la copa aún levantada, dijo:

—Tengo que ausentarme, pues papá me espera en París, pero estaré de vuelta para entonces. ¿Han fijado ustedes ya la fecha?

—Dentro de tres semanas, contestó doña Milagros.

Los novios miraron sorprendidos y, casi casi, asustados á la dama, pero no se atrevieron á contradecirla. Las miradas de Enrique y Elsa se cruzaron, y ambas fueron á parar á Rita, que, indiferente al parecer, conversaba muy animada, sobre Madrid, con su vecino de la izquierda. Boulanger los interrumpió diciendo, mientras levantaba otra vez su copa y miraba á la joven como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma:

—¿No quiere usted brindar conmigo á la felicidad de los futuros cónyuges; á que viva y florezca muchos años ese amor que los une desde niños? Ea, señorita, levante usted su copa.

Sólo Dios sabe lo que pasaba por Rita en aquellos supremos instantes; pero la ironía con que el francés pronunció sus palabras le hizo recobrar la serenidad suficiente para contestar:

—Por lo visto en su país no se comprende lo que es un cariño de la infancia, como el que sienten Cayetano y su prometida... Creo que en Francia los padres se encargan de contratar las bodas según les conviene, ¿verdad?

Y haciendo un esfuerzo saludó á los novios con la copa rebosante de champaña.

—Vaya, que el novio no tiene aspecto de morirse de alegría..., contestó Boulanger en tono zumbón.

—Acaso sepa usted por experiencia la cara que hay que poner en estos casos; pues allá también debe de haber sus reglas para eso...

—¡Qué mal nos trata usted, señorita!

El francés clavó en Rita sus ojos escrutadores; pero muy lejos de descubrir el menor rastro de agitación, sólo pudo observar la sonrisa irónica con que la joven acompañaba sus respuestas á las poco delicadas tentativas de Enrique, hijas de los celos, para averiguar si realmente había amado ó no á Cayetano.

Rita supo llevar la conversación al objeto que parecía más interesante para Boulanger: su próximo viaje, y le preguntó bromeando que á dónde pensaba tender su vuelo caprichoso.

—Aún no lo sé; papá quiere hablarme, pero yo creo que la nostalgia me obligará á volver á esta tierra. Mi vida aquí ha sido tan diferente de la que había llevado hasta ahora... ¡Ya veremos! En París se hallan siempre nuevos atractivos, alicientes inesperados...

—Eso prueba que no le retiene á usted aquí ningún asunto del corazón.

—O que el corazón no ha sufrido aún ninguna acometida, contestó el joven.

—¡Cómo! ¿A su edad había de estar callado todavía?, exclamó Rita imprudentemente. Entonces, puede usted estar seguro de que no le molestará nunca, y...

Una mirada ardiente de Boulanger, que le dió frío, hizo enmudecer á la joven, y ésta fué la única réplica del francés. Asustada Rita ante aquella pasión que descubría, ante aquel fuego que la amenazaba y que, seguramente, no había de respetar nada ni á nadie, recordó el aviso de Cayetano, é involuntariamente le buscaron sus ojos.

Cayetano debía de haber observado su animada conversación con Enrique; pues le contestó con una mirada severa y desdeñosa y volvióse inmediatamente hacia su futura en actitud más cariñosa y expresiva que antes. Todo el valor de Rita se vino en un instante al suelo, y hubiera dado libertad al torrente de sus lágrimas, si dos ojos cariñosos y vigilantes, que habían observado toda la escena, no hubieran acudido en auxilio de la joven con sus miradas animosas. Y antes de que se desenvolviera un nuevo episodio de aquel drama mudo, se oyó la voz de Emilia que decía:

—Rita, hazme el favor de tu *Historia de España*. Estos caballeros hace una hora que discuten una fecha histórica, y si á los hombres no se les demuestra las cosas en letras de molde, no hay quien los apee del burro.

Alfonso se quedó sorprendido al ver que su mujer convertía una afirmación sin importancia en discusión histórica; pero al observar el aspecto grave de Emilia comprendió que todo obedecía al propósito de hacer salir á Rita del comedor.

Admirador entusiasta del talento diplomático de su esposa, la saludó afectuosamente, mientras ella se sentaba en el lugar que había ocupado Rita; la cual envió el libro por un criado, y no reapareció hasta que ya empezaban á desfilar los primeros convidados. Al despedirse los novios dió un beso á Silvia, y, en voz baja, la enhorabuena; y lo extraño del caso fué que doña Milagros, que nunca se había dignado saludar á la joven, la estrechó aquella noche apretadamente entre sus brazos. Rita se dejó besar y acariciar por la anciana, pero sin responder á tales demostraciones, y escuchó también con indiferente tranquilidad los buenos deseos de todos, hasta que la casa quedó en silencio. Boulanger había intentado aproximarse de nuevo á Rita, pero Emilia supo evitarlo hábilmente y se lo llevó sin que lograra su deseo.

***

Muy temprano saltó de la cama doña Milagros al día siguiente; pues la realización de sus ambiciones no la había dejado ni siquiera entornar los ojos en toda la noche. La noble dama, sentada á su mesa-escritorio, leía y releía con el mayor interés un documento cuyo pie estaba cuajado de garabatos y estampillas, cuando entró en la estancia Cayetano.

Doña Milagros no advirtió la presencia de su hijo, ni oyó el saludo de éste, que, sorprendido, se llegó hasta la mesa, en la cual apoyó las manos.

—Buenos días, mamá...

—¡Hola!.. Mira, mira..., lee y entérate de eso; convéncete por ti mismo de lo rico que eres.

El joven leyó el pliego que le alargaba su madre, y luego dijo tristemente:

—¿Por qué no he sabido esto antes, mamá?

—Porque deseaba que vuestra unión se realizara sin que para nada interviniera la cuestión de intereses, y eso es lo que hoy constituye mi mayor alegría.

Cayetano apoyó su cabeza entre las manos y contempló sombríamente aquellas enormes cantidades estampadas en el papel.

—Pues si esto es verdad, pensaba, ya soy tan rico como el francés...

Y después de un rato de silencio dijo á su madre, sin levantar la cabeza:

—¿Conoce alguien más el contenido de este testamento?

—Sí, me parece haber hablado de este asunto con Carlos y Alfonso, pero exigiéndoles que no dijeran una palabra.

—¿Y nadie más?, insistió Cayetano mirando fijamente á la anciana.

Doña Milagros vaciló. Un momento tuvo la idea de mentir, pero luego contestó con firmeza:

—Sí, también se lo dije á Rita.

—¿Cuándo?, preguntó lacónicamente el joven.

—No quisiera equivocarme: creo que fué el domingo de Pascua...

—Sí, justamente; el domingo de Pascua..., dijo Cayetano pensativo. Sí, sí; la primera y única vez que crei ser venturoso, para luego verme el más desgraciado...

Doña Milagros se quedó aterrada mirando el rostro desencajado de su hijo, en el cual se reflejaba la más espantosa desolación.

—Dispénsame unos momentos, mamá; discúlpame con Silvia, que aún estará descansando... Es preciso que vaya á resolver un asunto urgente. Ya basta que ese dinero maldito haya hecho la desgracia de dos seres; al menos ayúdame á salvar á Silvia de tan triste suerte.

Doña Milagros no supo qué contestar, y antes que pudiera hacerlo ya se había cerrado la puerta detrás de Cayetano. Quiso llamarle desde el balcón, pero quedó como amarrada á su asiento, y vió á su hijo dirigirse apresuradamente al bosque é internarse en él.

El joven corría empujado por la desesperación y el remordimiento; y aunque el aire fresco de la mañana oreó sus sienes y aclaró la confusión de sus pensamientos, no por eso calmó el dolor rabioso de su alma. De rodillas debía pedir perdón á Rita, á quien aún ayer había ofendido mortalmente con su desdén, con sus recelos y su desconfianza injuriosa, mientras ella se sacrificaba en silencio por conservarle aquella fortuna maldita. ¿Iría á ver á Elsa, á suplicarle que le proporcionara una última entrevista con Rita? ¿Accharía á ésta?.. Porque sin su perdón le sería imposible la vida.

Pensando de esta manera hallóse á la puerta de la ermita... ¿A qué iba allí? ¿Qué iba á hacer en aquel lugar de tan dolorosos recuerdos? Sin voluntad, como arrastrado por una fuerza superior á él, puso el pie en el umbral y alzó los ojos á la Virgen; y su imaginación vió inmediatamente á Rita, arrodillada delante del altar. Y entró ..

No, no era la imaginación lo que le hacía ver allí á su amada; era la verdad, era Rita misma, que venía á saturar su alma de los recuerdos pasados y á despedirse de la Virgen. Temblando de emoción arrodillóse Cayetano junto á la joven, pero no pudo rezar. Ésta, al verlo, se levantó con propósito de alejarse silenciosamente.

—¡No te muevas!, exclamó Cayetano, con un tono autoritario que nunca se había atrevido á emplear al dirigirse á Rita.

Al verla llorosa, agitada, en todo el esplendor de su belleza, huyeron como por ensalmo los sentimientos apacibles y olvidó que sólo anhelaba ya su perdón; no tuvo corazón ni memoria sino para recordar y sentir que la había perdido para siempre.

—En la primavera te despediste tú de mí, dijo, estrechando á la joven apasionadamente entre sus brazos; hoy soy yo quien se despide. He venido á mendigar tu perdón, porque te he ofendido injustamente; pero ahora que te tengo entre mis brazos no quiero, no solicito que me perdones; pues si hubieras sido franca, hoy nuestra suerte no sería tan negra... ¿Qué me importan á mí títulos ni riquezas? Antes me atormentabas por niñerías, por tu puntillo, ó tu vanidad ofendida, y si no hubiera sido porque venías aquí á esta ermita á hacer más llevadera mi pesadumbre, hubiera dudado mil veces de tu cariño. Entonces te disculpaban tus pocos años, y hoy..., hoy que he de creer por fuerza en que me quieres, me encuentro atado, separado de ti por un acto mío de delirio, de celos estúpidos, de insensatez... ¡Es para volverse loco!.. Vete, aléjate de mí... Dentro de algún tiempo ya no podré hallar en mi Rita más que una famosa cantante, quizás una gran actriz...

—No me ofendas más, Cayetano, contestó Rita entre sollozos. No quisiera ver turbado por una impresión ingrata el recuerdo de mis únicos amores, que he de conservar puro y sagrado, para que me sirva de apoyo y de luz en mi nueva vida.

—¡Por Dios te ruego que no seas cantante, Rita!, suplicó humildemente Cayetano. Esa idea me enloquece y me saca de quicio.

—Por nuestra Virgen te juro que no lo seré, aunque me impulsara á ello la necesidad.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Mírame, Rita; *de rodillas te pido perdón* y te ruego que en todos tus apuros acudas á mí como á un hermano, como al amigo más leal. Prométeme que me dirás si en alguna ocasión te ves necesitada, ó te faltan las fuerzas ó el trabajo. Dame, como despedida, ese único consuelo.

—No, eso no puede ser..., contestó Rita con orgullo. Pero *¿á qué viene ese empeño en verme desgraciada?* ¿Crees que por no ser tu mujer ha de serme imposible la vida? ¿Es que no te cabe en la cabeza que lejos de ti pueda yo hallar la paz y el sosiego que necesito?

Cayetano se mordió los labios por no pronunciar el odioso nombre de Boulanger. Rita quitó suavemente sus manos *de entre las ardorosas del joven* y añadió:

—Haz propósito de no desviarte un punto de lo que has determinado y también tú hallarás la tranquilidad...

Diciendo esto miró por última vez á Cayetano y salió con paso firme de la ermita. El sin ventura quedó inmóvil, *viendo cómo se alejaba para siempre su* felicidad; la vió atravesar, ligera como un corzo, el espacio que la separaba del bosque, y perderse luego entre los árboles. Sintió ganas rabiosas de llorar, de destruir, de que se lo tragara la tierra; y era que le apretaba el corazón, y se lo desgarraba como si tuviera uñas de acero, ese hondísimo y desesperante sentimiento *que causa los dolores más grandes* y que arrastra á veces á la locura: la impotencia para reconquistar el bien perdido; el sentimiento de la propia debilidad ante lo que no tiene remedio. ¡Ah! ¿Por qué no podía él abarcar y apretar entre sus manos desesperadas el mundo, el universo todo?.. Los cielos y la tierra caerían allí mismo, á sus pies, hechos pedazos...

***

Rita había decidido dedicar á sus padres los últimos días que le quedaban de estar en el pueblo. Su madre no podía comprender el motivo de su viaje. Verdad es que, *entregada por completo al cuidado* de su esposo, que embargaba todo su pensamiento, no tenía tiempo para grandes cavilaciones. A Rita la había amonestado de vez en cuando porque no veía la utilidad de la marcha. ¿Qué necesidad tenía ella de ser institutriz? ¿No habían vivido bien hasta allí, á Dios gracias? Pero las objeciones fueron cada día más débiles; el *empeño y los argumentos de Rita más firmes*, y á la postre la madre cedió, bendiciendo los nobles propósitos de la muchacha.

Gontrán seguía, como antes, tan apático é indiferente á todo lo que ocurría á su alrededor, y no se percataba siquiera de la presencia ó ausencias de su hija.

Las buenas amigas de Rita se encargaron de arreglar á ésta su ropa y vestidos de viaje, con ayuda de doña Juana, y así pasó el tiempo y llegó la hora de la partida; y la joven vióse estrechada por última vez en los brazos de Emilia y de Elsa.

—Prométenos que volverás, Rita, si la casa no te gusta ó no te hallas entre extraños..., le decían, con los ojos llenos *de lágrimas*.

Rita contestaba con la cabeza, pues el llanto la ahogaba.

Carlos la acompañó en el coche hasta la estación; era la primera vez que la joven salía fuera de su pueblo, y ni siquiera había visto el tren. Miranda la colocó en un departamento y después de haberla recomendado al revisor, *dándole una espléndida propina*, tornó á buen paso á Alameda.

VII

Cuando Carlos hubo desaparecido del andén, Rita, pensando en que ahora empezaba su lucha por la vida, apretóse contra el ángulo del vagón y dejó vagar su vista por aquel hormiguero de gente extraña, que iban y venían con sendos paquetes, líos ó maletas, abrían y cerraban las portezuelas, reían, lloraban ó daban gritos infernales. ¡Dios mío, qué baraúnda! Unos pollitos curiosos que paseaban arriba y abajo por el andén, se detuvieron á contemplar á la linda viajera é intentaron subir á su departamento; pero un grave «¡Reservado de señoras!,» que dejó oir el solícito revisor los obligó á buscar nido en otro coche.

Rita no vió un alma en casi todo el viaje; sólo en pocas estaciones, y para trayectos cortos, vino á interrumpir su soledad alguna que otra viajera, y ya eran las siete de la mañana cuando el tren se detenía en Madrid.

La joven no se atrevía siquiera á suponer que alguien la esperara, y tuvo miedo al verse tan sola; el ejemplo de los demás le daba ánimo, pero al abrirse las portezuelas y observar aquel inmenso gentío de viajeros y empleados, le pareció que se le iba la cabeza. Toda confusa se mezcló en la corriente de los que salían, y no tardó en verse rodeada de una muchedumbre de mozos, cocheros y algunos aprovechados ganapanes, que comprendiendo la ignorancia y candidez de la joven, se disponían á hacer negocio redondo.

Rita no atinaba, no sabía de quién echar mano; ninguno de aquellos hombres le inspiraba confianza, y ya estaba roja como una amapola cuando de pronto, como llovido del cielo, apareció ante ella el mismísimo Enrique Boulanger.

¡Qué sorpresa!.. Pero Enrique hubiera podido muy bien acudir antes en socorro de la joven; pues en lugar de dirigirse á París, como había dicho, tomó el tren para la corte, y hacía rato que observaba con fruición los apuros de la viajera. El muy ladino se había propuesto, sin embargo, no salir á escena hasta que Rita se hubiera dado buena cuenta de su desamparo, para ser recibido como su salvador y único apoyo en tal trance. Saludóla con el mayor respeto y dijo, haciendo como si estuviera maravillado:

—Señorita, ¡qué feliz casualidad!

Al acercarse tan elegante caballero desapareció como por encanto el enjambre de molestos abejorros que zumbaban alrededor de Rita. Boulanger hizo señas á un cochero y, después de arreglado el equipaje, preguntó á aquélla:

—¿Dónde ha de conducirla?

Rita sacó una tarjeta y se la alargó á Enrique, el cual leyó las señas de la casa y el nombre de los dueños: «Señores condes de Campollano, calle de Alcalá;» y, después de pagar al cochero, comprendiendo que la joven iba algo contrariada porque hubiera preferido pagar de su bolsillo la carrera, dijo respetuosamente:

—Espero verla á usted con frecuencia, y deseo que me trate usted como á un antiguo amigo de la «tierruca.»

Contestóle Rita dándole gracias por sus atenciones; él se despidió haciendo una profunda reverencia, y quince ó veinte minutos después paraba el carruaje delante de un elegante portalón.

El cochero hizo sonar el látigo y llamó dos veces desde el pescante; pero viendo que nadie acudía por el equipaje de la viajera y acordándose de la buena propina con que le había agasajado Boulanger, cargó con el baúl y se detuvo en la portería. A sus voces salió un hombre ya maduro, en mangas de camisa, con delantal y un gran plumero en la mano.

—¿Los señores de Campollano?

—En el principal.

—Vamos, arriba, señorita, dijo el cochero dirigiéndose á la escalera. Todos éstos son una cuadrilla de vagos... ¿Qué trabajo le costaba á ese zángano subir el baúl?

Al llegar á la puerta del principal dió un fuerte campanillazo, y no tardó en aparecer un criado con cara de pocos amigos.

—Hombre, ¡vaya un modo de escandalizar á estas horas!.. ¿Por qué no ha subido usted por la escalera de servicio?

El cochero, sin decir una palabra y riendo burlonamente, echó el baúl al suelo y bajó diciendo:

—¡Que se le pase pronto el mal humor!..

El corazón de Rita se quedó como un piñón de encogido ante aquel recibimiento: si así era la servidumbre, ¡qué tal serían los amos!.. Dominó su emoción y dijo al sirviente:

—Soy la nueva institutriz.. Haga usted el favor de enseñarme en dónde está mi cuarto y de enterarse á qué hora puede recibirme la señora.

El criado se inclinó ligeramente, pero no se movió, y ya acudían otros de sus compañeros á curiosear cuando acertó á pasar una de las doncellas de la casa, que después de enterarse de quién era Rita, la saludó cortesmente, le tomó de la mano el saquito de viaje y la capa y ordenó á los criados que llevasen el baúl á la habitación de «mademoiselle.»

—Hasta las once no verá usted á los señores, añadió, dirigiéndose á la recién llegada; mientras tanto yo le prepararé el desayuno y puede usted descansar esas horas.

Luego condujo á Rita á su cuarto, entornó la puerta y desapareció. La joven examinó con interés su nueva estancia, adornada con muebles elegantes y coquetones, pero que era bastante reducida y obscura; pues su único balcón daba á uno de los patios interiores.

Apenas había Rita concluído su tocado, cuando reapareció la doncella trayendo en una bandeja el chocolate, bizcochos y tostadas.

—Si necesita usted algo no tiene más que tocar aquel timbre. Ya vendré á avisarle cuándo se haya de presentar á los señores.

Instalada ya la viajera y algo más tranquila, sentóse con buen apetito á tomar su desayuno, mientras Pilar, la doncella, rodeada de los demás compañeros en la cocina, decía con aire de profetisa:

—Ésta no estará mucho tiempo; es demasiado guapa, y me parece que la señora le dará pronto la boleta.

Acercóse luego á la puerta, sacó medio cuerpo hacia el pasillo y estiró el cuello prestando oído; convencida de que no se movía una mosca, volvió al corro y añadió haciendo un gesto significativo:

—Después de todo no se puede tomar á mal que la señora se ande con tantas precauciones: más vale precaver que remediar.

Los criados la miraron con sorna; pues también ella era más guapa de lo que convenía á las circunstancias, y no pudieron menos de decirle:

—Pues es un milagro que tú hayas sabido hasta ahora conservar el puesto.

—Porque la señora sabe que conmigo no hay peligro, respondió la doncella con retintín; á mí no me asusta...

—Una «miss» tan bonita ya tendrá novio, y habrá venido aquí á esperar la hora de la boda; el mejor día se larga...

A las once llamó Pilar á la puerta de Rita, y después de pedir permiso para entrar le dijo:

—La señora la espera, y allí encontrará usted también á los niños. Le advierto, «mademoiselle,» que están muy mimados y son vivos de genio: ya tendrá usted que armarse de paciencia...

Y movida á compasión al ver la cara de miedo que ponía la joven, continuó:

—Si logra usted hacerse querer de los niños, no estará del todo mal. ¿Es esta su primera plaza de institutriz?.. ¿Sí? Los principios son siempre difíciles... Yo la ayudaré á usted en todo lo que esté en mi mano; y no se ofenda por el ofrecimiento; pues aunque sea inferior á usted en la casa, puedo advertirle muchos inconvenientes que parecen insignificantes y que no lo son..., y podría usted tropezar en ellos.

Satisfecha Pilar después de estas compasivas advertencias, condujo á la «miss» al elegante gabinete de la dama; la cual, envuelta en una bata azul cubierta de riquísimos encajes, se hallaba recostada muellemente en una meridiana. Los niños jugaban, arrastrándose por la hermosa alfombra de terciopelo, y sólo habían sido admitidos en el cuarto de su madre para evitarle á ésta la incomodidad de salir de la habitación, pues ella misma quería dejarlos en manos de la nueva institutriz.

La ilustre señora, fuera del tiempo que pasaba en saraos ó veladas teatrales, vivía en perpetuo estado de postración. Continuamente se quejaba de los deberes que le exigía su posición; de los sacrificios que le imponía la sociedad y de la eterna y fatigosa cuestión del vestir; pero se hubiera aburrido de muerte si la hubieran obligado á quedarse un solo día en su casa. Nunca tenía un momento libre que dedicar al cuidado de sus hijos: ¡era tan grande, tan despótica, la tiranía de la vida social! ¿Quién podía sustraerse á sus rígidas imposiciones? Por eso no veía á los niños sino unos instantes por la mañana, cuando entraban á darle los buenos días y á enterarse del estado de su preciosa salud. ¿Cómo iba ella á entretenerse en estos cuidados propios de las niñeras é institutrices, si estaba gravemente ocupada en los lazos del vestido, en

© Biblioteca Nacional de España

las plumas del sombrero, en el color de aquella falda de la marquesa de H' ó de la condesa de X'?.. La educación de los sentimientos, como la de la inteligencia, se pagan con unos cuantos duros al mes, y ya hay por el mundo infelices siempre dispuestos á educar hijos ajenos.

Al entrar Rita y Pilar en el gabinete, la condesa se apretaba los oídos con sus manos ricamente ensortijadas; pues la niña mayor, mostrándole un libro, se empeñaba en que su madre le explicara algo que no entendía; la segunda chillaba porque le vistiera la muñeca, mientras los dos menores, á sus pies, se *zurraban de lo lindo, dando muestras patentes* del vigor de sus pulmones. Al ver entrar á la nueva institutriz tanto la madre como los niños se quedaron mirándola con curiosidad. En tan crítica situación poco le importaba á la señora que aquélla fuese guapa ó fea, joven ó madura; lo esencial era que la librase pronto del terrible tormento de los chiquillos. Pero no estaba mal que fuese como era; tanto como la elegancia de los muebles y carruajes, daba *tono* á la casa un personal de servicio arrogante y *vistoso;* y esto no quitaba para que, por celos ó envidia, arremetiera contra las institutrices y doncellas en proporción directa de sus cualidades físicas; la más bella era siempre la que más tenía que sufrir la tiranía y el nerviosismo de la señora.

—«Mademoiselle,» supongo que habrá usted hecho el viaje cómodamente. Pensé enviarle un carruaje á la estación, pero se me olvidó dar la orden: puede usted añadir el gasto del coche á los demás, y entregar la nota de ellos al mayordomo, que se encargará de abonárselos... Dará usted clase á Nora y Pepita, pues Irene es aún muy pequeña; pero deseo que hable usted en francés con las tres. Mis hijos están muy atrasados, porque ya es sabido que cuando la madre no se puede ocupar en su educación, siempre resulta ésta defectuosa. Tómese usted todo el trabajo que exija el atraso en que se hallan, que yo no regatearé la recompensa; pero no canse usted demasiado á los niños. ¡Nora! ¡Pepita! ¡Irene! Venid á saludar á «mademoiselle.»

Los niños se acercaron tímidamente, con los ojos clavados en Rita, la cual les preguntó besándolos afectuosamente:

—¿Me querréis un poquitín?

La dama añadió en tono frío y duro:

—Le confío la educación de mis hijos, y espero que corresponda usted bien á esta confianza. Trace usted el *plan de estudios, y cuando lo haya terminado* démelo para que yo lo examine y apruebe. A las nueve tomará usted el desayuno con los niños; luego dará usted clase hasta las doce: á esa hora almorzamos. De dos á cuatro saldrán ustedes á paseo, y, después de merendar, estudiarán hasta las siete. Luego comeremos, se acostarán los niños y es usted dueña de su persona.

Al acabar tan elocuente discurso, la dama dejóse caer lánguidamente entre los cojines, como agotada por el esfuerzo; pero aún dijo, con voz apagada:

—Enseñadle á «mademoiselle» el cuarto de estudio.

Y con una ligera inclinación de cabeza dió por terminada la entrevista.

Rita iba á retirarse con las tres niñas mayores, cuando vió que la menor se le agarraba á la falda. La madre se enderezó un poco.

—Pilar, llévele usted la niña al ama.

—No quiero, no quiero, gritó la pequeña pataleando.

Rita se volvió entonces á cogerla, pero Pilar la disuadió.

—No lo haga usted si no quiere tenerla encima todo el día; para eso ya están el ama y la niñera, que no tienen que hacer otra cosa.

El cuarto de estudio era una habitación hermosa y bien ventilada, provista de bancos, pupitres, mapas y todos los útiles de enseñanza. Rita preguntó á las niñas:

—¿Sois más hermanos?

—Sí, tenemos un hermano mayor, que va al colegio y que se llama Luis; pero nosotros no le queremos nada, porque todos le dan la razón aunque sea malo, y se cree que como es mayor puede mandar en todas nosotras.

—Pues tenéis que ser muy buenas y complacientes para no darle motivo de queja ni os haga rabiar; y así todos os darán la razón á vosotras, aunque no os lo digan.

Las niñas movieron la cabeza con incredulidad.

—Bueno, ahora enseñadme el cuarto de distracción, donde tendréis vuestros juguetes... Siempre que seáis aplicadas en clase pasaremos juntos al cuarto de los juguetes y nos divertiremos mucho.

Rita no supo el terreno que se había conquistado en un momento en el corazón de los niños con el inesperado «pasaremos juntos.» Aquella habitación de asueto, á pesar de estar cuajada de muñecas y otros juguetes preciosos, no era para los chiquillos sino una especie de cárcel, en que estaban condenados, todos los días, á pasarse solos unas cuantas horas; pues tanto las amas como las niñeras, después de encerrar allí á la gente menuda, huían á la cocina á disfrutar del holgorio que se armaba en cuanto desaparecían los señores.

—«Mademoiselle,» ¿de veras se estará usted aquí con nosotros?, preguntó Norita con incredulidad mirando fijamente á la institutriz.

—*Sí, estaré siempre que seáis aplicadas y obedientes;* pero si no lo sois os dejaré muy pronto.

—No, no; usted se quedará con nosotros; tiene usted una cara muy amable y cariñosa.. No se parece usted á las otras institutrices que llevan anteojos y están todo el día de mal humor.

Sentóse Rita en una silla baja, y á su lado se colocaron las niñas, que fueron diciéndole el nombre y contándole la historia de las diferentes muñecas; y cuando más entretenidas se hallaban, abrióse la puerta y entró en el cuarto un caballero alto, moreno, de gallarda presencia, el cual contempló sonriendo el hermoso grupo que formaban las niñas y Rita, que se pusieron en pie como movidas por un resorte.

El rostro del caballero, que, por la expresión *habitual*, era demasiado enérgico y sombrío para agradar, podía llamarse bello y agradable en aquel momento; su barba negra y espesa, sus cejas pobladas, su espaciosa frente surcada por una arruga profunda, descubrían el hombre de talento, que piensa y trabaja; su boca apretada y su nariz recta y grande denotaban al hombre de voluntad tenaz y de firmeza inquebrantable. Los ojos claros y penetrantes formaban con lo moreno de la tez y lo negro del cabello y de la barba un contraste singular y hacían su fisonomía sumamente interesante.

Las niñas permanecieron un instante silenciosas al lado de Rita, y luego se acercaron á besarle la mano al recién venido diciendo en francés:

—Buenos días, papá. ¿Qué tal has descansado?

Y Nora añadió tímidamente:

—Esta es nuestra nueva «mademoiselle...»

Rita bajó los ojos, creyendo haber leído en los del conde que la nueva institutriz estaría mejor jugando á las muñecas que no educando niñas, y hasta le pareció que la miraba con expresión burlona. Temió entonces por su cargo y sintió como plomo todo el *peso de la mirada severa del prócer. Temblando de* angustia alzó de nuevo la vista... El conde le alargaba la mano mirándola afectuosamente:

—Quiera Dios, «mademoiselle,» que no se haya usted impuesto una carga demasiado pesada; porque es usted aún muy joven.

—Sí, señor, contestó Rita llena de miedo; pero en cambio he estudiado mucho..

Estas palabras y el tono y la precipitación con que fueron dichas, hicieron sonreir al conde, el cual dijo:

—Eso no lo pongo en duda.

Su mirada penetrante observó un momento el rostro de la joven, fiel espejo de su honda emoción; luego inclinóse cortesmente y salió, cerrando la puerta detrás de sí. Rita se quedó pensando:

—¿Cómo es posible que se hayan unido estos dos seres tan opuestos? ¡Qué extraño! Si parecen el fuego y el agua, ó el día y la noche... ¡Pobre hombre! Es decir, acaso fuera mejor decir «¡pobre mujer!,» pues lo probable es que se haya casado con ella por su dinero...

La niñera vino á cortar el hilo de estas reflexiones.

—«Miss,» es *la hora de vestir á los niños* para la mesa.

—Nora, dijo Rita á la niña, harás el favor de acompañarme á mi cuarto, y vendrás luego á buscarme para ir al comedor.

Las tres quisieron acompañar á la institutriz, rodeándola como tres falderillos; pero Rita decidió inmediatamente la cuestión:

—Me basta Nora, y vosotras cumpliréis lo prometido yendo á vestiros como niñas buenas y obedientes.

Las pequeñuelas miraron con envidia á su hermana mayor, que, orgullosa de la distinción, había rodeado con su brazo la cintura de Rita. A ésta la colocaron á la mesa entre sus discípulas, pues para el almuerzo rara vez había convidados. El criado al servir miró interrogativamente á su ama, no sabiendo si debía presentar la fuente al señor antes que á la institutriz; pero la dama se empeñó intencionadamente en no advertir la vacilación del criado, á quien el conde sacó del aprieto diciendo:

—A «mademoiselle.»

La ilustre condesa puso cara de vinagre; pero la orden debía ya ser regla para lo sucesivo.

—¿Y Luis?, preguntó el conde á su esposa.

En aquel momento se abrió la puerta y entró en el comedor, como un torbellino, un muchacho, verdadera imagen de la salud y de la belleza, y Rita al verlo se explicó la marcada preferencia de los progenitores. El muchacho era el vivo retrato de su padre; pero lo que en éste había de severo, y aun de sombrío, estaba animado en el primogénito por la luz primaveral y la alegría de sus quince abriles. La madre, en vez de amonestarle por su tardanza, sólo supo decirle:

—¿Cómo vienes tan tarde? ¿A que Paco se ha retrasado en ir á buscarte?

—*Nada de eso, mamá, la culpa es mía. Me quedé* á ayudar á Pepín contra unos cuantos chicos: es que cuando le pregunta el director alguna cosa, no sabe mentir y lo cuenta todo como sucede; por eso se había unido toda la clase para darle una zurra de primera; y yo que lo supe, viéndole solo contra todos, le ayudé á repartir, y créeme que la han llevado buena...

El conde, acariciando á Luisito y cayéndosele la baba, dijo:

—Vaya, no seas fanfarrón, que también á ti te habrá tocado algo.

—¡Claro que sí! Pero he devuelto ciento por uno. Lo malo es que nos iban á encerrar á todos por orden del director; pero hemos escapado, y cuando él sepa que soy de la pandilla, no se atreverá; no temo el castigo.

Diciendo esto miró á la nueva institutriz con arrogancia, en actitud de desafío; y añadió, después de contemplarla unos segundos:

—Tampoco á usted le tengo miedo, «mademoiselle.»

—¡Ah! Pero tú á mí no me asustas, contestó Rita sonriendo bondadosamente; aunque seas muy joven, supongo que serás caballero, y como tal no podrás ofender voluntariamente á una señora, sea ésta quien quiera...

La condesa, llena de asombro, levantó la vista: no podía concebir que una persona extraña, pagada por ella, se atreviese á dar opinión sin estar expresamente autorizada. Quedóse un momento pensando cómo apagarle los humos á la atrevida joven, cuando se le adelantó el conde para decir:

—Ya ves, Luisito, lo que se espera de ti á pesar de tus pocos años; es preciso que «mademoiselle» no se equivoque.

Luego, volviéndose á su esposa, preguntó:

—*¿Qué has dispuesto para esta tarde?*

—¡Ay! Estoy deshecha. Preferiría quedarme en casa, pero tengo forzosamente que visitar los almacenes; mañana vendrá «madame» de la Côte con los últimos figurines y conviene que me halle enterada de los precios corrientes; pues suele encarecer las cosas de un modo horrible.

—Y ¿por qué no te viste otra?, dijo el conde en tono burlón. ¿O es que no hay más modista que «madame» de la Côte?

—¿Cómo me ha de vestir otra? Lo que hace «madame» es siempre «la última» y..., vamos, lo que no sale de sus manos es horriblemente cursi.

—Entonces está muy bien que os haga pagar cara vuestra tontería.

—¡Claro! Si para vestir tuviéramos la misma facilidad que vosotros, que con el frac ó el uniforme estáis despachados... En nuestra indumentaria hay que mirar mucho el corte, el color, los adornos..., y, además no podemos llevar muchas veces el mismo vestido.

—Lo gracioso del caso es que ni siquiera hacéis *tantos sacrificios en honra nuestra, pues los hombres* consentiríamos gustosos en que os vistierais con más sencillez y mayor comodidad...

—Vaya, vaya, ¡como si nunca te hubieran seducido á ti las perlas y los brillantes!, dijo la dama con displicencia. Y luego, volviéndose alternativamente á sus hijos y á Rita: Luis, ya es hora de volver al colegio; y usted «mademoiselle,» prepárese para salir de paseo con las niñas. ¿Tiene usted reloj?.. ¿No? Pues llévate el tuyo, Nora... Le advierto á usted que exijo de mis subordinados la mayor puntualidad.

El rostro pálido de nuestra linda «mademoiselle» se cubrió de carmín al oir el tono autoritario y duro con que la condesa hacía sus advertencias y daba sus órdenes. Después exclamó ésta, cuando se quedó á solas con su marido:

—¡Qué molesto es tener personas extrañas á la mesa!

—Pues ya debes haberte acostumbrado á ello, contestó el conde con indiferencia. ¿No dices que te aburres cuando no hay convidados ó no tienes gente á tu alrededor?

—Mis invitados son personas de mi amistad ó de nuestras relaciones, que no irás á colocar á la altura de una persona pagada.

© Biblioteca Nacional de España

—Entonces ¿es que te has propuesto considerar á esa señorita como una criada más, aunque sea la primera de ellas?

—Naturalmente, contestó la dama disimulando un bostezo.

El conde quiso replicar con viveza, pero, dominándose, continuó en tono aparentemente sosegado:

—Aunque no sea más que por nuestro propio interés, debemos considerar y respetar á la persona á quien confiamos la educación de los niños, y asegurarle así su autoridad ante ellos; cosa que, como comprenderás, es imposible si la excluimos de la mesa. Y creo, y ya te lo he dicho varias veces, que la institutriz debe ser, más que nada, la amiga y confidente de la madre de sus educandos.

—De la madre..., ó del padre, replicó amoscada la condesa. Sería lo mismo, añadió al notar el entrecejo fruncido de su esposo.

—Sí, tienes razón, debiera ser una misma cosa; es decir, si entre el padre y la madre reinara una perfecta armonía, un verdadero lazo que los uniera interiormente.

La condesa no pudo pensar que las palabras de su marido encerraran un reproche: ella creía cumplir debidamente sus obligaciones mientras no faltara á los «deberes» de su posición social; y se suponía buena ama de casa revisando la lista de la comida que el cocinero le presentaba todas las mañanas, y en la cual siempre tenía algo que censurar ó corregir.

Por otra parte, había dado pruebas de ser una excelente madre de familia proporcionando á sus hijos las mejores nodrizas gallegas y asturianas, cuyas insolencias había soportado con una paciencia verdaderamente angelical; viviendo en paz y concordia con su marido, á quien había aportado un fortunón incalculable; repartiendo limosnas como se reparte el pan bendito; perteneciendo á gran número de asociaciones benéficas; yendo todos los domingos á misa de de doce á las Calatravas, y asistiendo puntualmente á todas las novenas y fiestas religiosas organizadas por las damas de la aristocracia.

Si de vez en cuando había aceptado un perfumado *billet doux* ó un tentador ramo de orquídeas, no había sido más que por «distraer» un poco su espíritu cansado, por «variar» algo en la eterna lectura de novelas transpirenaicas, como variaba en sus diversiones, asistiendo un día al teatro, y otro á los salones de la nobleza.

De la misma libertad de que disfrutaba su ilustre esposa, gozaba también el conde; el cual, indiferente á los halagos de la danza y á los atractivos de las reuniones, vivía engolfado por completo en sus negocios y empresas financieras. Cada cónyuge seguía su vocación y andaba por su camino, pero ante «la sociedad» se mostraban con toda la corrección de un matrimonio á la moderna. Ambos se habían adaptado á este género de vida, sin tomarse el trabajo de considerar las consecuencias que pudiera tener para los hijos.

Pero al conde se le habían abierto repentinamente los ojos al sorprender el grupo encantador de las niñas y la institutriz en el cuarto de los juguetes: aquella placidez, aquella confianza con que las pequeñas rodeaban á Rita, le hicieron comprender lo mucho de que carecían sus hijos. ¿Lograría la joven montañesa llenar tan inmensa laguna? El creía que sí; pues había reconocido en ella, en lo poco que pudo observarla sin ser impertinente, una muchacha candorosa y buena que unía á sus pocos años mucha seriedad, delicadeza en el trato y carácter noble, que quizas había pasado ya por el crisol del infortunio.

—¡Dios quiera que dure!, dijo el conde para sí, mientras tomaba, de manos de su esposa, la taza de café que ésta le ofrecía.

***

Rita disfrutó lo indecible con las niñas en el Retiro. El hermoso parque madrileño bullía de gente; y la joven, huyendo de las miradas donjuanescas y de los chicoleos de los moscones, buscó un lugar apartado en la espesura. Allí, solas las cuatro, jugaron al escondite y á las cuatro esquinas, y tanto se divirtieron que, sin sentirlo, llegó la hora de regresar á casa, adonde llegaron todas con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

Pero aunque se creyeron solas, no faltaron cuatro ojos que, perdidos entre los troncos de los árboles, estuvieron observando desde lejos las expansiones infantiles de Rita y sus discípulas.

A las cuatro en punto hallábanse todas nuevamente reunidas en el cuarto de estudio. La institutriz se dispuso á medir la extensión de los conocimientos de la gente menuda, y pronto respiró con satisfacción: no sabían nada, absolutamente nada; así es que la ciencia de Rita llegaba y aun sobraba para muchos años.

Mientras escribían las niñas púsose á trazar el plan de estudios que le había pedido la condesa; y cuando ésta, á las seis y media, volvió á casa, Nora entró á presentárselo á su mamá. Por una casualidad extraña, hallábase también el conde en el gabinete; la niña balbuceó una excusa y alargó la mano con el papel; mas la condesa le rechazó diciendo, con voz desabrida:

—Ya podíais saber, lo mismo tú que «mademoiselle,» que vuelvo cansada de la calle y no estoy para atenderos. Aún tengo que mudarme para ir á la mesa... Deja ese papelucho sobre el velador, y otro día sé más considerada.

—Dámelo á mí, Nora, que yo también quiero saber lo que estudiáis, dijo el conde pasando la mano por la rizada cabecita de la niña y mirándola cariñosamente.

Esta inusitada caricia de su padre dejó á Nora muy perpleja; pues había creído hasta entonces que «papá» solo quería á Luis, para quien eran todos sus mimos y alabanzas. Pero, no obstante, se escabulló en cuanto pudo salir de aquella atmósfera opresora.

—El plan está muy bien pensado, dijo el conde, y creo que, aun sin mirarle, puedes dar tu «visto bueno.»

—¡Ah, no, eso de ningún modo! Varío siempre algo por sistema, para que no se envanezca la autora suponiendo que todo lo hace á la perfección: las institutrices son naturalmente presuntuosas y quiero que sepa que aquí tiene que amoldarse por completo á cuanto á mí se me antoje.

El conde, sin decir una palabra, se levantó y salió del gabinete, y fué á su despacho á fumarse un buen veguero, cosa prohibida en las habitaciones de la condesa.

Rita había sabido ganarse el afecto de todos los de la casa, á excepción del de la señora. El conde parecía ignorar la existencia de la institutriz en la familia, y su saludo, aunque siempre cortés, era el más grave y reservado de todos. Más de una vez se le oía alabar los progresos de los niños, y era con ellos más afectuoso, por lo cual fué ganando poco á poco el cariño y la confianza de ellos, que antes le faltaba; pero nunca tuvo para Rita una sola palabra de aprobación; la joven hasta creyó haber observado que bastaba su presencia para que el rostro del conde tomara una expresión más dura, y su actitud fuera más fría que de costumbre y en todo opuesta á lo que era en la intimidad de la familia.

En cuanto á la noble señora, no resultó engañada la joven, que recordaba continuamente las humillantes palabras que le había dirigido uno de los primeros días de estar en la casa:

—No olvide usted un momento que es usted una persona pagada.

El orgullo de Rita estuvo entonces á punto de salir de sus quicios; pero acalló valientemente sus gallardías, y el soberbio aviso contribuyó á dar á la joven una modesta independencia que la sostenía en los momentos difíciles; pues no traspasando los límites de la corrección más exquisita, por grande que fuera el deseo de la condesa de zaherirla ó molestarla, nunca se le llegó á las manos la ocasión sin el riesgo de ponerse ella misma en ridículo.

De todas las pesadumbres y sonrojos que pudieran acarrearle estas insignes miserias de la aristócrata, resarcía á Rita la confianza y apego de los niños; pues también Luis había cedido al influjo bienhechor de la joven, convirtiéndose en un resuelto protector de ella. La servidumbre se le mostraba asimismo atenta y cariñosa, sobre todo Pilar, que la consideraba en parte como protegida suya y que había sabido limar la punta á muchas flechas que su ama había lanzado contra la institutriz, sin que ésta se hubiera enterado siquiera.

***

Pero el mayor consuelo de Rita eran las cartas de Alameda, que contestaba á vuelta de correo. Todos los meses, en cuanto recibía el sueldo, se lo enviaba á su madre por conducto de Carlos, y la pobre doña Rosita daba diariamente gracias al Señor por haberle concedido aquella bendición de hija.

Cayetano solía duplicar la cantidad sin que Rita ni sus padres lo supiesen: después de muchas súplicas, ruegos y discusiones, había convencido á Miranda de que debía proporcionarle este gusto, y el buen ingeniero prometió hacerlo así y guardar el secreto.

—Al fin y al cabo debía ser su yerno, decía Cayetano, y como tal hubiera tenido el deber de cuidar de ellos si no se interpone esa maldita herencia que nos ha separado; y, por otra parte, yo no perjudico á nadie: rodeo á mi mujer de todos los cuidados y goces que puedo procurarle, satisfago sus menores deseos, y ella lo acepta todo con gratitud conmovedora. Silvia nunca pide ni exige nada; para la gente somos el matrimonio más feliz de la tierra, y estoy seguro de que mi madre se macera las rodillas dando gracias á Dios por nuestra ventura conyugal. ¿Cómo se va á comparar, un paisaje iluminado por la luz suave y pálida de la luna, con la comarca bañada por los rayos ardientes del sol? En ésta todo respira vida y fuego, mientras que en el primero, envuelto en su ambiente incoloro, reinan la tranquilidad y el silencio...

—Le sobra razón por encima de la cabeza, susurraba Alfonso al oido de Carlos, pero no debemos dársela de ninguna manera.

Un día Alfonso, agarrando á Cayetano por los hombros y sacudiéndole vigorosamente, le decía:

—Todo eso es sentimentalismo morboso, amigo... Si tuvieras que trabajar como un negro para aplacar el hambre de media docena de tragones que se te subieran por las rodillas pidiendo pan, ya se te irían de la cabeza esas tonterías... Es verdaderamente extraordinario, pero en eso está la maldición del dinero, que le da al hombre tiempo sobrado para anhelar lo que se halla fuera del alcance de su mano: tienes una mujer buena, cariñosa... ¡Si tuvieras la mía ya te lo dirían de misas! Te aseguro que ya te habría sacado del cuerpo todas esas majaderías.

Emilia se echó á reir y dijo:

—¡Como si eso fuera tan fácil! ¿No ves que cuando arranco la mala hierba por un lado, crece y se multiplica por otro? La verdad es, Alfonso, que no llego á comprender en qué punto nos habremos ennoblecido y mejorado mutuamente, como dicen que suele ocurrir entre matrimonios cristianos...

—En qué punto lo ignoro; pero, por mi parte, afirmo haberlo logrado, y si me atreviera á contradecirte alguna vez...

—¡Carta de Rita!, gritó Elsa entrando apresuradamente en la habitación; pero al ver á Cayetano añadió con cierta reserva:

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?.. Escribe muy contenta...

—¿Me permiten ustedes que oiga lo que dice, si no es indiscreción?, preguntó Cayetano.

—Se lo permitimos, pero sólo la última hoja...

Elsa leyó en alta voz:

«Vivo como un cronómetro, sometida á un rígido programa, y la condesa cuida, con la mayor solicitud, de que no me salga de él ni traspase los límites que me impone su voluntad. Sólo cuando se cree obligada á hacer alguna observación para cumplir con sus deberes maternales, se apresura á advertirme la fortuna que tengo con estar en su casa; pues á las personas «pagadas» suele tratárselas de modo muy distinto. Lo que no he podido averiguar aún es por qué escoge este agradable tema de conversación en el momento crítico de sentarnos á la mesa: probablemente por quitarme las ganas de comer; quizás porque me crea el objeto más digno de desahogar su mal humor después de alguna escaramuza con su marido, que calla prudentemente. Hoy se metió Luis á redentor mío al oir la acostumbrada observación de su madre:

»—Mamá, no hay razón ninguna para que digas que «mademoiselle» está tan bien con nosotros. ¿Qué alegrías ni diversiones le proporcionamos en casa? Las demás institutrices acompañan á los niños al teatro y suelen asistir á las reuniones... Si yo tuviera unas cuantas pesetas que me faltan... Pero para el domingo espero reunirlas, y entonces la convidaré al Real. Papá, ya podías ser generoso y adelantármelas hasta fin de mes, que las habré ganado con las notas del colegio. Te advierto que desde que repaso con «mademoiselle» las asignaturas, soy el número uno en la clase y de eso ni siquiera os habéis enterado...

»El conde había sacado ya el portamonedas y lo puso delante de su hijo diciendo:

»—Toma, saca lo que necesites.

»Y por segunda vez volví á verle con aquella sonrisa amable y expresiva, que parece transfigurarle.

»De modo que hoy voy con Luis y Norita á la ópera, y esto me causa un placer muy grande. Lo único que temo es que si mi caballerito se empeña en defenderme en lo sucesivo, la señora mamá, en lugar de mandarme al teatro, me pondrá de patitas en la calle. Ya me dió á entender el otro día que es extraño que los niños se vuelvan cada vez más indiferentes para con ella, y advirtió que en todas mis acciones y omisiones debo contar antes con su consentimiento y beneplácito. En lo primero no puedo menos de darle la razón; pues ¿qué va á esperar una madre que sólo vive para el mundo y sus preocupaciones? Yo no sé cómo resiste la vida agitada que lleva, haciendo del día noche y de la noche día.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

»A veces tiene una cara que mete miedo, á pesar de todos los afeites y artimañas de que se vale para ocultar el cansancio y la laxitud que la matan. En cambio los demás estamos sanos y redondos como unas manzanitas. Bueno, y basta ya: recordad siempre con cariño á vuestra

»RITA.»

«*Postdata.* La carta ha resultado tan larga que sólo puede permitirse una añadidura á una española tan «latosa» como yo; y eso que la postdata, según dicen, suele ser más importante que la carta. En ella mando una atrocidad de besos á mi precioso Carlitos, y te ruego, Elsa, que me refieras detalladamente hasta la menor de sus monerías. ¿Dice ya *papá* y *mamá*? Al Sr. Boulanger le veo algunas veces á distancia, señal que ha regresado de su amado París. ¡Ojalá desapareciera cuanto antes sin dejar rastro de su persona!»

VIII

Era la primera vez que Rita asistía á la ópera, que le produjo una impresión hondísima. El teatro deslumbraba; dábase la función en honor de un príncipe extranjero, y asistía á ella la familia real y lo más linajudo de la aristocracia, con su proverbial derroche de lujo y de riqueza. Extasiada contemplaba la joven cómo se quebraba la luz en la pedrería de las damas y en las condecoraciones de los brillantes uniformes palatinos. ¡Qué hermosas estaban las señoras, y qué espléndido y magnífico el escenario!

Representaban *La Africana*, y Rita oía maravillada las voces divinas de los cantantes y aquella música embriagadora. El coro imponente de los obispos y caballeros, acompañado por raudales de melodías vibrantes y arrobadoras, y las conmovedoras lamentaciones del héroe, tenían suspensa el alma de la joven.

Una mirada fija y amenazadora del marido hizo enmudecer á la dama

—Suena tan sencillo y natural como el amor mismo, se decía Rita, y toda su pasión musical despertó como por encanto; quizás vió en el artista la imagen de su amado... Ella misma no se daba cuenta de que la emoción le hacía correr las lágrimas silenciosamente, como un hilo de perlas, por sus mejillas; si no, hubiera tratado de dominarse, tanto más cuanto desde muchos palcos y butacas le asestaban buen número de gemelos cuyos dueños, admirados y sonrientes, hallaban más interés en estudiar aquel rostro delicioso, que tan fielmente reflejaba los sentimientos íntimos, que no la ópera, tantas veces repetida.

—«Mademoiselle,» dijo Luis á Rita en el entreacto, alargándole una preciosa bolsita llena de bombones, no llore usted más, que todo eso que representan no ha ocurrido nunca.

—Luis, contestó la joven cogiéndole una mano y metiendo con la otra un bombón en la boca de Nora, no puedes figurarte el placer que me has proporcionado con esta invitación.

—Ya me lo supongo, dijo el muchacho con su poquito de picardía, basta verle á usted la cara para comprenderlo... Y estoy notando que le gustan á usted los dulces tanto como á Nora y á mí. La verdad es que fué una amabilidad muy grande de papá venir en persona al carruaje á darnos el paquetito.

—Tienes razón, Luis, y harás el favor de darle las gracias en mi nombre.

—Lo mejor es que también se encargó de comprarnos los billetes para que nos tocara buen sitio, y sin emplear mis ahorros; de manera que tenemos otra fiesta por delante.

—En recompensa, ya que tanto te gusta, os repetiré mañana en casa esas hermosas canciones, cuando hayan salido tus papás.

Los tres, ocupados exclusivamente en sus golosinas y su conversación, no imaginaban que sus personas pudieran atraer la atención de nadie; pero desde uno de los palcos principales los observaba la aristocrática mamá, que, rodeada siempre de caballeros que entraban y salían á saludarla, mantenía animada conversación con Enrique Boulanger.

La condesa no había tenido «humor» para ir al teatro en compañía de la institutriz y de los niños; pero á última hora le entraron ganas de ver algún acto de la ópera. Detrás, é ignorándolo ella, salió el conde, que se refugió en el palco de su círculo, precisamente encima del ocupado por su esposa. Los ojos de ambos cónyuges se clavaban con insistencia, aunque con expresión muy distinta, en el grupo de sus hijos. Pensaba la dama que, por primera vez, se

© Biblioteca Nacional de España

había resuelto algo sin consultar previamente con ella, sin pedir su permiso, que hubiera negado rotundamente. El conde, en cambio, gozaba con la satisfacción que veía en aquellas tres encantadoras personitas.

Cuando, al día siguiente, le dió Luis las gracias á su padre en nombre de Rita, el conde rechazó la atención con aspereza, no obstante lo cual estrechó á su hijo efusivamente contra su pecho.

La condesa dijo, en tono en que se notaba un aburrimiento infinito:

—¡Jesús, me valga, «mademoiselle,» y qué ridícula estuvo usted anoche! Parecía usted una lugareña recién llegada del pueblo; era difícil reconocer en usted la institutriz de mis hijos.

Rita levantó asustada la cabeza y preguntó, toda confusa:

—¿He cometido alguna falta, alguna indiscreción?..

Había gozado tanto, que aquella inesperada salida de la condesa le produjo el efecto de un tósigo: raro era el placer que no le envenenaba la señora.

—Efectivamente, observó el conde frunciendo el entrecejo, también á mí me gustaría saber eso.

—La cosa no tiene una explicación muy sencilla, que digamos, dijo la condesa sonriendo burlonamente. No digo yo que sean crímenes..., pero, vamos, son ridiculeces, faltas de mundo que suele censurar la sociedad severamente, y que condena sin apelación.

Luego, dirigiéndose á su marido, añadió muy picada:

—Si me hubieras acompañado como era tu deber, lo habrías visto como yo.

Rita hacía esfuerzos para contener el llanto que se agolpaba á sus ojos. Luis quiso intervenir, pero una mirada suplicante de la joven le selló los labios. El conde respondió con sarcasmo:

—Extraño mucho que tuvieras tiempo de fijar la atención en las butacas; pues por lo general estás solicitadísima y es casi imposible que te distraiga nada.

—¡Ah! Por lo visto no sabes que en las butacas estaban los niños...

—Sí, sí, perdona; no había pensado en ello, interrumpió el conde en el mismo tono.

Luego dirigiéndose á Rita añadió:

—«Mademoiselle,» lo de anoche no debe preocupar á usted lo más mínimo; las demás señoras no tenían allí hijos que vigilar; ó éstos se hallaban á su lado, ó estaban tan divertidas que no les ocurriría observar á una profesora acompañada de sus discípulos. Quizás haya mostrado usted con demasiada sinceridad las emociones que le producía el espectáculo, olvidando que el sentimiento y el corazón son considerados hoy como un lastre superfluo del que hay que deshacerse lo más pronto posible. Con frases hueras se adelanta mucho más en la vida; y el mundo se da por satisfecho cuando las escucha...

Luego, volviéndose á Luis, continuó:

—¿Qué dirías tú si volviéramos el sábado en compañía de mamá? Sé que entonces «mademoiselle» se portará de otro modo y la dejará contenta: arregladlo vosotros.

Dicho esto se levantó, lo cual era la señal para que se retiraran Rita y los niños, que se apresuraron á obedecerla con alegría.

Poco después el criado anunciaba la llegada de la modista, y con esto quedó todo relegado á último término. «Madame» traía el vestido de baile para la fiesta de la duquesa de Montespinzo, una de las damas favoritas de la corte, famosa por su ingenio y su elegancia, en cuyo obsequio había que hacer algo extraordinario en punto á tocado. «Madame» no acababa de elogiar aquella exquisita obra de sus primorosas manos, sin olvidar lo que el mundo exige de la hipocresía y de la adulación.

—La señora condesa está hermosísima: estoy convencida de que será la más elegante y festejada. ¡Cuánto no daría yo por ver cómo la admirarán y envidiarán las demás señoras!

—Eso era antes, «madame,» hoy tiene el arte que ayudar mucho...

—La perfección, señora condesa, está precisamente en donde con tanto primor se unen la naturaleza y el arte. La señora se hará peinar por el peluquero de París, que han mandado venir algunas de las invitadas, ¿verdad? París es el todo; creo firmemente que sólo cuando el Señor vió, después de la creación, á la actual capital de Francia, pudo decir «que todo era bueno.»

—En eso me perdonará «madame» que no sea de su parecer, dijo la condesa; pues la moda vino después del primer pecado, y París sólo contribuye á adornar el vicio. La idea de hacer venir el peluquero de París es perfectamente ridícula y estoy deseando ver las maravillas que hace y lo mucho que costará ese nuevo capricho...

Diciendo esto entregó unos cuantos billetes de banco á la francesa y dió por terminada la visita.

Tres horas y pico estuvo Pilar ocupada en vestir á su señora, que, durante todo este tiempo, hizo gala de una paciencia angelical. La sagaz doncella aprovechaba estas solemnes ocasiones para hacer sus confidencias y arrimar el ascua á su sardina; la señora tenía que escucharla de buena ó mala gana, y era más atenta y generosa que de costumbre. Esta vez Pilar, deseosa de favorecer á Rita, hizo de ésta el tema de su conversación; pues ya el criado le había enterado de los postres de aquel día, y temió la doncella que aquel fuera el golpe de gracia para la institutriz. Comenzó, pues, diciendo que todo Madrid se hacía lenguas de lo bien educados que eran los hijos de los condes de Campollano, y que las señoras de la aristocracia envidiaban á la condesa tan excelente institutriz.

—Mientras «mademoiselle» esté en la casa ya puede la señora vivir tranquila; pues ha tenido el acierto de elegir una persona digna para el cuidado de sus hijos, mérito muy grande para una madre, á quien no se la puede exigir más en este punto. Si la señora supiera lo que ocurre en otras casas ..

Y sin esperar á más relató á la paciente dama una serie de historias tan estupendas, que la señora, muy impresionada, entró antes de ir al baile á despedirse de Rita y de los niños. Un grito de admiración infantil acogió la esplendorosa aparición, y el conde agradeció á su esposa, con una mirada de afecto, la ligera molestia que se había tomado. La condesa prometió entonces, sin que nadie se lo pidiera, que iría el sábado siguiente con todos á la ópera.

Rita se quedó sola con los niños y se dispuso á cumplir la promesa que había hecho á Luis de repetir algunos hermosos trozos de *La Africana*. Por primera vez se atrevía la joven á cantar después de su salida de Alameda. Luis dijo, palmoteando:

—Para eso tenemos que ir al salón, donde está el piano de cola: allí sonará mejor y estaremos á gusto; hoy nadie vendrá á molestarnos, habiendo baile en casa de la duquesa, y si alguien viniera le despachamos con viento fresco.

—¿Y si vinieran á verme á mí?, dijo Rita bromeando. Pero no hay cuidado: mis amigos están muy lejos y no vendrán á sorprendernos.

Rita sacó del fondo de su baúl los cuadernos de música y volvió al salón. Comenzó cantando en voz baja, con temor; pero poco á poco fué siendo su voz más firme y clara, hasta que, dueña por completo de sí, dejó escapar en las notas todo el fuego de su alma. Quedamente fueron acercándose los criados á la puerta, uno tras otro, atraídos por la sirena; porque «mademoiselle» cantaba como una sirena. ¿Quién lo hubiera dicho?

El portero fué el único que advirtió la vuelta imprevista del conde á casa, probablemente á buscar algo que se le habría olvidado. Con el mayor sigilo entró hasta su despacho cuyo balcón comunicaba con el del salón, y desde allí estuvo escuchando también conteniendo la respiración.

—Ahora el nocturno, «mademoiselle,» dijo Luis con voz suplicante. Usted canta mucho mejor que todas las artistas de la ópera. ¿Verdad que nos dará usted un concierto siempre que salgan los papás?

—Si sois buenos y os agrada oirme, lo haré con mucho gusto, pero por hoy basta.

Y se dispuso á cerrar el piano.

—Sólo uno más, «mademoiselle,» gritaron todos á coro: sólo una canción alemana, y entonces nos iremos á acostarnos.

Rita entonó por complacerlos la hermosa despedida del «Trompetero de Säkingen.»

«Que Dios te guarde... ¡Hubiera sido tan bella la vida! Que Dios te guarde... No había de ser.»

El conde, medio enterrado en los blandos cojines de su butaca murmuró al escucharla:

—¡Pobre niña! ¿En quién pensarás al lanzar esa amarga queja?

Campollano había vuelto á su casa con un pretexto cualquiera, y había olvidado que le esperaban en casa de la de Montespinzo. Bien estaba que terminara el concierto antes de que en el baile echaran de menos al abstraído soñador. Alzóse rápidamente y salió con el mismo sigilo con que había entrado.

IX

El baile estaba en su apogeo, y la condesa de Campollano saboreaba, como de costumbre, su triunfo entre un cortejo de aduladores de su hermosura. Su más rendido admirador era nuestro antiguo conocido Enrique Boulanger, que giraba como una mariposa alrededor de la condesa, lo que no dejaba de valerle, por parte de sus amigos, tan calaveras como él, alguna que otra observación picante.

En la juventud dorada de Madrid sobresalía el opulento parisiense en toda clase de aventuras galantes; pues era sabido que cambiaba de amoríos como de camisa y sólo era constante en prodigar su repleta bolsa á moros y cristianos, de lo cual abusaban no poco sus amigos.

—¿Te has cansado ya de la encantadora modistilla de marras? ¿Has abandonado á la bailarina? ¿Vuelves á sentir la nostalgia de nuestros salones? Porque hace algún tiempo que te vemos mariposeando por Madrid... ¿En dónde has estado metido?

—No exigiréis de mí que cometa una indiscreción, contestaba Boulanger á aquel alud de curiosos. Aunque hubiera estado preso en alguna red amorosa, no os descubriría mi retiro. Además, añadió maliciosamente mirando á la condesa, me parece que vale la pena mostrarse galante allí donde se ha derrochado tanto gusto y tanto arte para refrescar los encantos de una flor algo ajada .. Os confesaré, sin embargo, que he sido formal. Mi padre me ha concedido dos años de libertad absoluta para que haga lo que me plazca: consiente que me enamore de todas, con tal que no me case; pues la elección de la que ha de ser mi costilla, es cosa suya. La futura madame Boulanger se está educando ahora en no sé qué convento...

Dicho lo cual aprovechó la coyuntura para acercarse á la de Campollano, que le había prometido el rigodón.

—Por lo visto, condesa, consuela usted de su ausencia organizando en su casa deliciosos conciertos. Le aseguro á usted que aquella voz encantadora me obligó á pasear la calle hasta que dejó de cantar.

—¿Conciertos en mi casa?, exclamó sorprendida la de Campollano. Debe usted de estar confundido ..

—Sería difícil, condesa, confundir un lugar en que se han pasado horas inolvidables... Y ¿cómo es que no le acompaña á usted el conde, ese filósofo moralista?

—Si está aquí, contestó riendo la condesa, hemos venido juntos.

—Entonces debo de haberme equivocado; pero juraría que me había cruzado con él en la calle, hace poco...

Enrique estaba satisfecho: había arrojado la simiente de los celos, y comprendió, por el repentino mutismo de su pareja, que el terreno se hallaba bien labrado y abonado. A pesar de las historietas picantes con que quiso distraer á la de Campollano, ésta siguió pensativa y su rostro sólo se iluminó cuando descubrió al conde apoyado en una de las columnas del salón.

—Mírele usted, allí, al lado del general.

É hizo seña á su esposo para que se acercara.

—¿Has vuelto á casa?

—¿Quién te lo ha dicho?.. Sí, efectivamente; volví á recoger mi cartera, que dejé olvidada en el despacho.

—Entonces podrás decirme si en el salón se hacía música y se cantaba, como asegura el Sr. Boulanger.

El conde clavó sus ojos de un modo extraño é inquisitorial en los de Enrique, y luego dijo con la mayor indiferencia:

—Tiene razón este caballero; pues oí que Nora, Luis y «mademoiselle» ensayaban algunas melodías que oyeron en el teatro. No quise interrumpirlos, y así nadie se enteró de mi presencia en casa.

—Vamos, conde, sea usted franco, observó Boulanger sonriendo; pues si no, me dará á entender una cosa que es en usted imposible: que carece de sentimiento musical y artístico. Yo declaro con toda sinceridad que aquella voz encantadora me ha hecho perder unos cuantos valses...

—Las comparaciones son rara vez agradables, señor Boulanger, respondió el conde con fría gravedad, y yo le ruego que no establezca usted ninguna entre nosotros: todo Madrid conoce su afición á las cantantes y artistas, y usted, siendo soltero, tiene cierta disculpa; pero no olvide usted que yo soy padre de familia.

Á estas palabras siguió una pausa molesta que el conde no quiso interrumpir: su gesto duro y desdeñoso, hacía su rostro más impenetrable y altanero que de costumbre.

Enrique reanudó la conversación diciendo:

—Yo insisto, á pesar de la censura que para mí encierran las palabras del conde, en que usted tiene en su casa un ruiseñor escondido; y le ruego, condesa, que me proporcione el placer de oir tan privilegiada garganta.

—Si así lo desea acompáñenos mañana á almorzar, respondió la de Campollano gozosa de que se hubiera roto aquel silencio opresor; pues por la noche la institutriz no sale de su cuarto. Claro está que el almuerzo lo hacemos en familia ..

El conde callaba; la invitación le parecía inoportuna y le desagradaba soberanamente. Boulanger le era

© Biblioteca Nacional de España

antipático, y además le gustaba estar á solas con sus hijos que le buscaban ahora con el mismo afán con que le evitaban antes.

Eran las tres de la madrugada cuando se retiraron los invitados.

Al día siguiente no pudo descansar la condesa todo lo que hubiera deseado, precisamente por aquella pícara invitación, que ya le pesaba cordialmente. Al ver su rostro ajado y descompuesto, se puso de un humor insoportable, y con ánimos de desahogar en alguien su disgusto, hizo llamar á Rita, mientras la doncella se ocupaba en su tocado. Sin hacer caso del cortés saludo de la joven, le dijo con rabia:

—Sé que ayer ha estado usted cantando en el salón. ¿Quién le ha dado autorización para ello? El lugar de usted es el cuarto de estudio, ó el de juego, ó su propia habitación; pero en modo alguno los salones de la casa. Ha llamado usted la atención de los transeuntes, que me han referido el caso en el baile. ¿Es que intenta usted tender algún lazo? Confío en que no será alguna señal convenida...

El conde había estado escuchando junto á la puerta del tocador las recriminaciones de su esposa, á las que puso término entrando en la habitación. La dama continuó en tono más comedido:

—Un caballero me puso en el compromiso de invitarle á que viniera á oirla; pero usted se negará á cantar, ¿me entiende? Se negará con cualquier excusa, aunque yo misma le ordene hacerlo.

Rita se inclinó maquinalmente; sus labios trémulos no acertaron á pronunciar una sola palabra de disculpa, y sus manos temblaban de tal manera que no acertaba á abrir la puerta cuando la condesa dió por concluído su desahogo. El conde se apresuró á ayudarla y dijo á la doncella:

—Acompañe usted á la señorita y hágale usted que se acueste; tiene una cara de muerta...

—Gracias, señor conde; ya me ha pasado... Sólo desearía que me dispensaran de asistir á la mesa.

—Eso no puede ser hoy en modo alguno, respondió la condesa; á los nervios se los domina cuando se quiere... Pilar no puede salir ahora: la necesito. La debilidad de «mademoiselle» no será tan grande que no le permita llegar sin ayuda hasta su cuarto.

Pilar vaciló un momento; en tan crítica situación no sabía si obedecer al señor ó á la señora; pero venció el afecto que sentía por Rita y dejó al matrimonio solo.

El de Campollano, sin poder contenerse, dió suelta á su indignación:

—No hay ser más noble y abnegado que la mujer; pero tampoco lo hay más cruel é injusto...

—Con la primera calificación te referirás á la institutriz, interrumpió vivamente la condesa, y con la segunda á tu esposa. Ya veo el asunto tal cual es, y ahora comprendo á quién dirigía la sirena sus cantos...

Una mirada fija y amenazadora del marido hizo enmudecer á la dama.

—No me exasperes... Piensa bien lo que dices, aunque solo sea por los niños... Guárdate bien de injuriar á una muchacha inocente, que con tanta solicitud y cariño está haciendo de tus hijos criaturas buenas, y que los educa con la palabra y con el ejemplo.

—¡Para eso le pago!

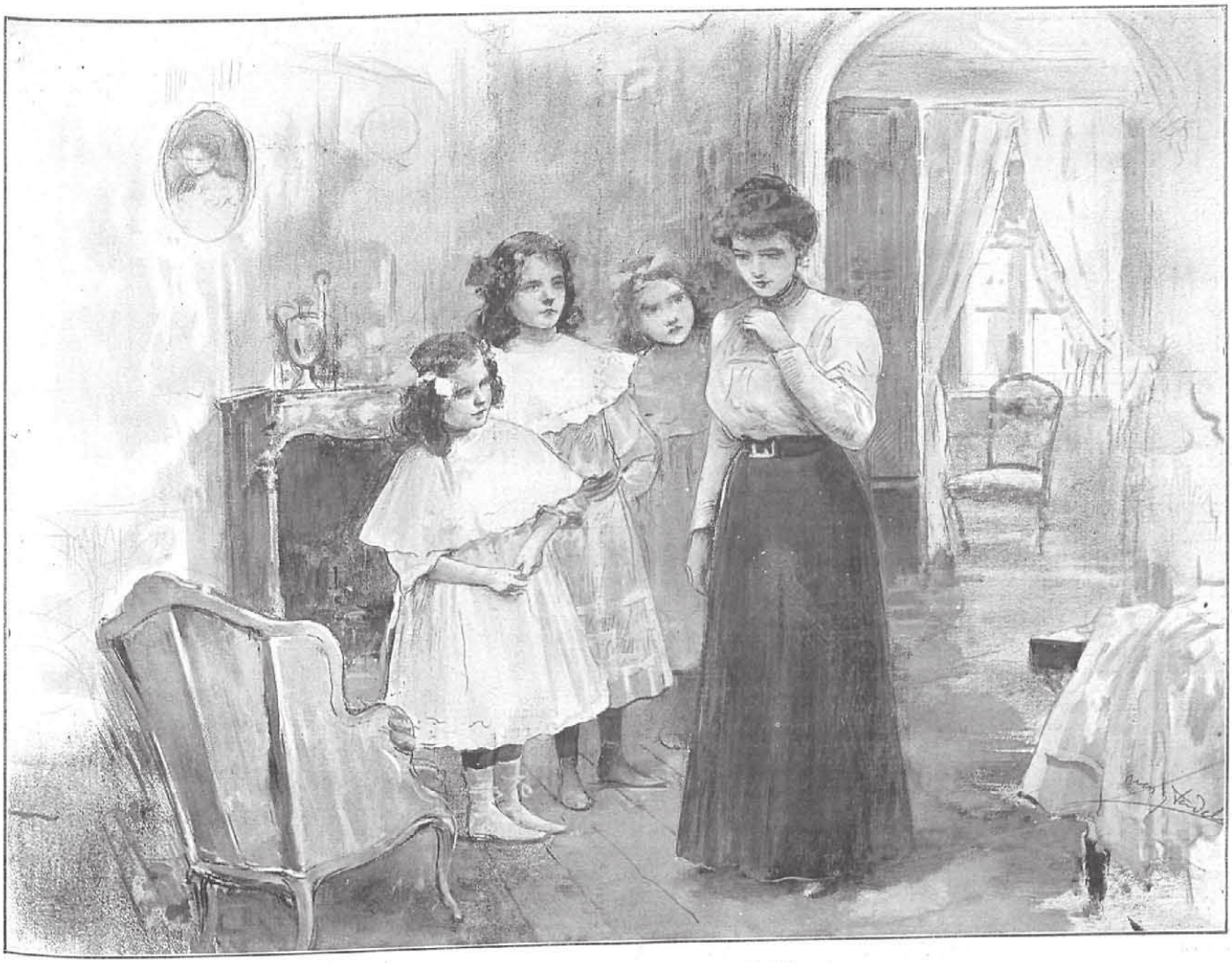
—Ciertamente, le pagas con un puñado de pesetas y un sinnúmero de injurias y humillaciones.

La entrada de Pilar cortó de raíz la disputa; la doncella continuó silenciosamente el tocado de su señora, mientras ésta escuchaba anhelante si los pasos de su marido se dirigían al cuarto de estudio; pero sólo oyó al conde pasear por el despacho.

Durante la clase, los niños miraban encogidos el rostro apenado de la profesora, é hicieron propósito de contentarla y hacerla sonreir á fuerza de esmero en sus trabajos. Rita hacía grandes esfuerzos por dominar su emoción y reprimir las lágrimas, pero éstas asomaban una tras otra de sus ojos y parecía que no se acababan nunca... ¡Pobrecita «mademoiselle!» Las pequeñas no sabían qué hacerse y pensaban que si estuviera allí Luisito, éste sería capaz de ponerla otra vez alegre... Porque es de advertir que, bajo la influencia de Rita, las niñas habían tomado cariño al hermano que tanto envidiaban, y hasta odiaban antes; y en cuanto llegó del colegio le contaron lo poco que habían llegado á traslucir del disgusto de «mademoiselle.» Luis les contestó indignado.

—En cuanto yo sea mayor me caso con ella, y entonces desgraciado del que la haga rabiar, porque le mato.

Toda la gente menuda asintió llena de júbilo ante aquella perspectiva consoladora, que debía alegrar también el corazón de «mademoiselle.»



Durante la clase, los niños miraban encogidos el rostro apenado de la profesora

Poco antes de la hora del almuerzo apareció Boulanger. Su llegada no dejó de agradar á la condesa, la cual tenía su poquito de remordimiento por haberse, quizás, dejado llevar demasiado de su indignación; y contaba con la presencia de un extraño para olvidar el asunto. De ahí que saludase á Enrique con un sincero: «¡Bien venido!,» aunque añadió que no debía agradecer sino en parte la visita. Boulanger se apresuró galantemente á rechazar semejante suposición, diciendo que sólo había deseado reanudar antiguas y agradables relaciones con los condes de Campollano.

—¿De modo que todo esto ha sido una estratagema para lograr su objeto?, preguntó la dama.

—Ni más, ni menos, afirmó el joven con aparente franqueza, y ruego á usted que me perdone...

La de Campollano tuvo la debilidad de atribuirse el mérito de ser causa de la supuesta estratagema, mientras el francés, sin quitar ojo de la puerta, no pensaba sino en la llegada de la institutriz, cuya conquista era para él empeño de honor.

La joven no tardó en entrar en el comedor, y pasó, saludando ligeramente, á ocupar su sitio á la mesa. Boulanger no se sorprendía tan fácilmente; pero ante aquella arrogantísima aparición se quedó con la boca abierta.

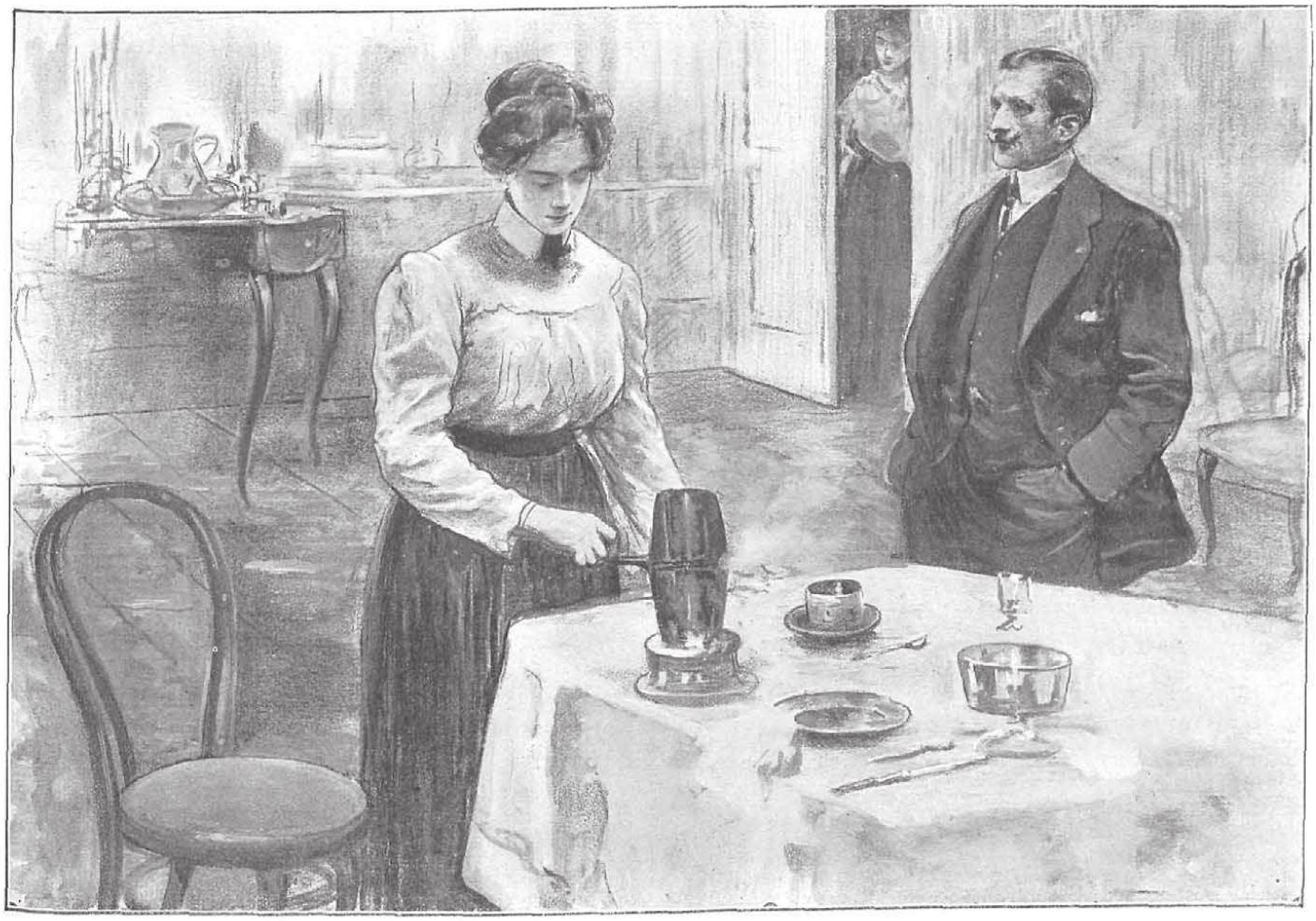
—Perdone usted, condesa, pero ahí veo á una antigua conocida... Permítame usted que la salude...

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



Señorita, ¿tendrá usted inconveniente en servirme una taza de café? (Véase página 152)

Diciendo esto se acercó á Rita:

—Señorita, supongo que no habrá olvidado usted á un antiguo conocido de la tierruca...¿Qué noticias tiene usted de Alameda? ¿Qué hacen por allá Elsa, Carlos y los demás amigos?

Si Enrique se hubiera acercado á la joven en otra ocasión, acaso se habría mostrado fría y reservada; pero entonces, cuando acababa de sufrir tan amarga humillación; *cuando la habían hecho sentir*, de un modo tan poco digno, su dependencia, olvidó la escasa confianza que le inspiraba Boulanger y que todo en él era puro fingimiento, puesto que estaba muy bien enterado de su estancia en aquella casa. Rita sólo oyó las frases afectuosas de Enrique, que le parecieron un saludo de sus queridas montañas; y como el *francés le había hablado sin parar mientes en la* línea imperceptible que la separaba de las demás señoras, el rostro de la joven, antes frío y blanco como el mármol, iluminóse con una sonrisa que le dió nueva vida.

—Gracias... Están bien; ayer mismo tuve carta.

—Y ¿qué tal va la música? ¿Sigue usted cantando *como en Alameda*?

Estas palabras destruyeron el encanto de Rita. Recordó dónde se hallaba, retiró apresuradamente la mano que conservaba Boulanger entre las suyas, y respondió:

—Cuando es necesario atender al sustento, pronto se olvida uno de cantar, á no ser que se haga de ello una *profesión*, y eso no lo haré yo nunca.

Todos habían asistido á este corto diálogo. El conde se mordía furiosamente los labios al pensar que los cantos dulcísimos de Rita pudieran haberse referido á aquel calavera impenitente. ¿Sería posible que tal hombre hubiera logrado interesar un corazón como el de «mademoiselle?» La condesa se rompía la cabeza pensando si habría sido juguete del astuto francés, el cual creyó que con su presencia había dado un alegrón á la institutriz, mientras Nora decía al oído de su hermano:

—Luis, ya no podrás casarte con «mademoiselle,» pues ese señor se casará con ella.

El criado se dirigía á servir á la joven cuando la condesa le detuvo diciendo:

—Al Sr. Boulanger.

Éste había vuelto á su sitio, y con las ocurrencias de su ingenio tuvo á todos pendientes de sus labios. Supo referir con muchísima gracia la vida en los montes de Liébana, las expresiones cómicas de la simpática *alemana*; y, *sobre todo, hizo desternillarse de risa* á sus oyentes con el relato de las extravagancias y aventuras de míster James.

Terminada la comida, Rita se levantó para retirarse.

—No, señorita; eso sí que no lo consiento, dijo Boulanger contrariado. No debe usted retirarse sin *habernos dejado oir su voz... Condesa, le ruego* que haga valer su autoridad.

—No hay quien pueda impedir que cumpla con las obligaciones de mi cargo, Sr. Boulanger, contestó la joven con firmeza. Además, le he dicho á usted que ya no canto...

—Permítame, usted, señorita, que le diga que anoche...

—Fué una excepción que hice en obsequio de mi amiguito Luis.

—Ea, Luis; te ruego que interpongas tu influencia.

—No, señor; yo no pido á una señora dos veces una cosa, cuando comprendo que no le agrada con cedérmela.

—Muy bien, hijo mío, aplaudió el conde.

—Sí, sí... Muy bien, respondió Enrique riendo. ¡Vaya una lección que me da el caballero D. Luis! «Mademoiselle» *Rita, así sólo puede hablar un discípulo* de usted.

—Sí, contestó la joven con orgullo. En Luis tengo puestas todas mis ilusiones: es y será siempre mi caballero y protector...

—Convendría que supiera conjugar bien los verbos antes de inculcarle esas ideas quijotescas, observó la de Campollano con acritud.

—Nada de eso, mamá, replicó Luis saliendo en defensa de su dama. Por cierto que se me había olvidado entregaros las notas de fin de mes: aquí las tienes, papá... Recordarás que antes de que tuviéramos á «mademoiselle» era uno de los últimos en la clase, y hoy soy el primero en casi todas las asignaturas. Eso no puedes negarlo, mamá... Y para que veas... Hoy no voy al colegio y acompaño á «mademoiselle» y á las niñas al Retiro. Vámonos «mademoiselle...»

Y rodeando con un brazo el talle de Rita se la llevó consigo, casi arrastrándola.

Enrique se los quedó mirando lleno de despecho: el chasco había sido de primera; y el conde dejó ver en su rostro una alegría como si le hubiera caído el premio gordo. Boulanger, sin embargo, puso á tan mal tiempo la mejor cara que pudo, y se deshizo en alabanzas del chiquillo, á quien de buena gana hubiera dado unos cuantos azotes. Propúsose esperar que volvieran de paseo; pero viendo que pasaban las horas y no los veía llegar, pues ya se hallaban *en cla-*

© Biblioteca Nacional de España

se hacía tiempo, se levantó, para retirarse, en el momento en que entraba Luis:

—¡Hola, hola! Parece que has estado esperando á que yo me marchara...

—Pero ¿me ha estado usted esperando? ¡Cuánto lo siento! Porque hace más de una hora que estoy en casa.

—Entonces no has acompañado á tu dama, sino que te has ido á echar un partido de pelota con los amigos..

—Se equivoca usted; «mademoiselle» y yo hemos salido y vuelto juntos.

—¿Quieres saludarla de mi parte?

—Con mucho gusto, y también le diré que nos ha estado usted esperando tanto tiempo, contestó el chiquillo con malicia.

Boulanger volvió á ser uno de los asiduos visitantes de la casa, bien recibido de la de Campollano y tolerado por el conde; pero con Rita no adelantaba un paso: ésta le mostraba algún interés cuando se hablaba de la tierruca, y Enrique hizo algunos viajes á Alameda sólo para poder contarle algo nuevo de los amigos.

Ya hemos dicho que el fin de Boulanger no era otro que conquistar el corazón de Rita. El triunfo que él había soñado se alejaba cada vez más; pero cuanto más difícil le parecía conseguirlo, con más violenta pasión lo deseaba. Ni siquiera había logrado que cantara una sola vez en su obsequio; sus mejores planes y combinaciones se derrumbaban siempre como castillos de naipes, y llegó á pensar seriamente en la necesidad de que Rita saltara de aquella casa. Intentó sobornar á la servidumbre, pero los regalos, las propinas no servían para maldita de Dios la cosa; pues todos sentían cariño por «mademoiselle.»

—Bueno, se dijo maquiavélicamente el francés, ya que no me queda otro recurso, explotaré los celos de la condesa.

Y con ellos especuló acertadamente. Enrique fué quien puso en evidencia la excepcional hermosura de la institutriz de los de Campollano, y sembró entre sus contertulios y adláteres una pizca de murmuración, la cual, creciendo y desarrollándose como toda mala hierba, llegó á ser tema de comentarios sabrosos y objeto de picantes insinuaciones por los salones de Madrid.

X

El día del santo de Nora no faltaba á la fiesta de la niña ninguna de sus amiguitas. La condesa ordenó á Rita que llevara al salón á la sociedad menuda y cuidase de distraerla. Y luego, besando á las niñas una por una, les dijo, ardiendo en deseos de quitarse de encima aquel alud que le atacaba los nervios:

—Ea, que os divirtáis mucho... Yo siento no poder haceros compañía.

Pero á las chiquillas les hizo un grandísimo favor; pues en cuanto volvió la espalda organizó Rita los acostumbrados juegos de prendas. Las niñas se disponían alborozadamente á pintar á Rita un lindo bigote, en castigo de una prenda, cuando se presentó en la casa Enrique Boulanger. El criado le advirtió que habían salido los señores; pero el francés ya estaba al cabo de la calle: su buen rato de espionaje le había costado saberlo.

—Pero la señorita Nora estará en casa, seguramente...

Y diciendo esto, tomó de manos del lacayo que le acompañaba un gran paquete y se coló bonitamente hasta el salón.

—Te felicito cordialmente, Nora, y te ruego que me permitas hacerte este regalo y jugar con vosotras un ratito.

Las niñas rodearon á Nora y contemplaron entusiasmadas la magnífica muñeca, más hermosa y más grande que todas las que habían visto hasta entonces. Este momento lo aprovechó Boulanger para acercarse á Rita.

—Por fin, le dijo, mirándola apasionadamente, después de esperar muchos meses logro hablar con usted á solas unas cuantas palabras. Hoy no se me escapa usted Rita, sin que le diga que la amo como un loco...

La cara animada y risueña de la joven tornóse sombría.

—¡Ojalá hubiera usted callado! Pues con esa confesión me priva de la única alegría que tengo en esta casa: la de poder hablar con usted de mi querida Liébana.

—Pero ¿qué necesidad tiene usted de sufrir esta esclavitud bochornosa? Si usted me quiere, yo la sacaré de aquí; yo la llevaré á una de las más hermosas ciudades de Francia ó Italia... Yo la haré á usted feliz, Rita; concédame su cariño y no me obligue á hacer un disparate, porque no he de renunciar á usted cueste lo que cueste...

La joven se quedó aterrada. Aquel tono de Boulanger, entre suplicante y amenazador, le trajo inmediatamente á la memoria las palabras proféticas de Cayetano: «Ese hombre te hará desgraciada...» Cayetano ya no se acordaría de ella, la tendría olvidada; pero Rita no olvidaría nunca el amor de su juventud; la ilusión única de su alma ..

Las niñas acudieron á la institutriz como bandada de palomas, á enseñarle la muñeca, librándola de aquella situación angustiosa:

—«¡Mademoiselle,» mire usted qué muñeca tan preciosa!

—Es lindísima... Pero sigamos con nuestro juego.

Rita se vió saqueada de prendas, y sus respuestas distraídas ó equivocadas eran recibidas por el infantil concurso con grandes carcajadas. Las prendas que había pagado formaban todo un montón, y se procedió á imponer las penas.

Al sacar el anillo de Rita gritaron todos:

—¡Que cante, que cante!, mientras que Boulanger, como distraído, se apropiaba la alhaja.

—Estoy dispuesta á besar el suelo, á decir á todos un favor ó un disfavor.. Todo lo que queráis, menos cantar.

—Entonces, embargo la prenda, exclamó Enrique mirándola significativamente.

—¡Oh, no! Devuélvame usted lo que es mío, dijo la joven contrariada.

—¡No, no!.., contestó el francés sonriendo y dirigiéndose á las niñas, que, naturalmente, se pusieron todas de su parte. Y, con la mayor tranquilidad metióse la sortija en un dedo, diciendo á Rita con la mirada:

—Por de pronto, esto ya es mío.

—Bueno, cantaré... Se sentó al piano y cantó unas seguidillas, después de lo cual se adelantó á ella Boulanger y le puso lentamente la sortija, diciendo:

—Todas sois testigos de que he devuelto la prenda.

Rita se hallaba tan excitada que ni siquiera paró atención en lo que hacía Enrique con su mano.

El juego continuó, amenizado por las trampas del francés, que supo arreglárselas de modo que Rita se vió obligada á escuchar sus declaraciones amorosas, sus reproches y sus proyectos. La joven hubo de resignarse y trató de no hacer caso alguno de lo que oía.

Cuando apareció el criado á avisar que estaba servida la merienda, Rita, como libertada de un peso enorme, cogió á las dos más pequeñitas de la mano y se encaminó, seguida de las demás, al comedor; pero aún no había llegado á la puerta del salón cuando las niñas, recordando que faltaban prendas, corrieron á cerrarle el paso, y la condujeron á la fuerza junto al piano.

—Antes hay que pagar dos prendas que faltan: una de «mademoiselle» y otra del Sr. Boulanger. Los condenamos por unanimidad á cantar un dúo.

Rita hizo un signo negativo, pero Luis le dijo en tono de súplica:

—Hágalo usted por mí. ¡Me gusta tanto oirla!

—Nora, ve á buscar los cuadernos, dijo Rita á la niña.

Y luego volviéndose á Luis le acarició tiernamente y añadió:

—Sólo por darte gusto.

—Luis, dijo Enrique mordiéndose los labios, da gracias á tus pocos años, que si no tendríamos que vernos las caras...

—Nada de eso, replicó el muchacho como si se tratara de la cosa más natural del mundo, porque «mademoiselle» elegiría entre los dos.

—Soy del mismo parecer, observó el conde, que entraba en compañía de Nora, cargada de cuadernos de música.

—Papá, ayúdanos á pedir á «mademoiselle» que cante un dúo con el Sr. Boulanger para pagar sus prendas.

—El condenado tiene que sufrir la pena; de modo que sométase usted á la sentencia. Yo, mientras tanto, me retiraré á último término.

Rita cantó con Boulanger, y ambos parecía que se habían pasado la vida ensayando juntos.

—¡Otro, otro!, gritaron los niños. Y los cantantes obedecieron.

El conde simulaba contemplar la nueva muñeca de Nora; pero todos sus sentidos, toda su alma estaban puestos en aquel canto seductor; y cuando éste hubo concluído, el de Campollano quiso averiguar si la tierna despedida de la primera noche se refería al francés, para lo cual necesitaba oir cómo la cantaba estando á su lado. Y así acercándose á la institutriz, le dijo:

—«Mademoiselle,» quisiera oir otra vez aquel *Adiós* alemán que cantó usted la otra noche.

Y, apoyándose contra el piano, clavó con insistencia los ojos, alternativamente, en la joven y en Boulanger. Rita, que era artista por naturaleza, olvidó el lugar, la posición y las circunstancias en que se hallaba; la dulce melodía la transportó á sus montañas, y revivió en ella el tristísimo domingo de Pascua... Cantó, pues, llena de emoción y con exquisito sentimiento las palabras:

«Que Dios te guarde... ¡Hubiera sido tan bella la vida! Que Dios te guarde... No había de ser.»

—Cuando se organicen otras fiestas musicales en mi casa, deseo que no se me excluya de ellas, dijo de pronto una voz áspera desde la puerta, interrumpiendo el religioso silencio de los oyentes.

Cesó el canto y todos miraron desagradablemente la importuna aparición.

—Pero ¡Dios mío! ¿Soy algún coco que asusta á los niños, ó no tenéis la conciencia tranquila?.. ¿Por qué me miráis tan asustados?

Estas palabras las dirigió principalmente la de Campollano á su marido.

—Ya sabes que no me gustan las discusiones en público, dijo el conde en voz baja. Si tienes algo que decirme, ven á mi despacho y hablaremos.

Y ofreciendo á la condesa el brazo, con la mayor finura, la condujo á la habitación contigua.

—Supongo que no querrás ponerte en evidencia delante del francés y de las niñas, dijo fríamente el conde. Ya me tienes aquí á tu disposición.

—¡Esa mujer sale de mi casa hoy mismo, ahora mismo!.., estalló la de Campollano temblando de cólera, exaltada aún más por la actitud desdeñosa de su esposo.

—¿Quién es «esa mujer?» Si no la nombras, no puedo saber á quién te refieres... Pero dispénsame unos segundos: voy á hacer que pasen los niños al comedor para que merienden.

En el salón ya no había nadie y Enrique ayudaba á Rita á organizar la polonesa. Sólo á Boulanger tenía que agradecerle la joven el no verse convertida en tema obligado de todos los salones de Madrid; pues aquél se dió tal maña para distraer á la chiquillería, que todos olvidaron pronto lo ocurrido, tanto más cuanto que no podían comprender la gravedad de la cosa. El francés, conocía de sobra el corazón de la mujer para no saber que si dejaba pasar la ocasión de adelantar en su intriga, en cambio ganaba la gratitud y el aprecio de Rita. Atrajo, pues, la atención de los niños hacia su propia persona, desviando aquélla de la institutriz, que hacía vanos esfuerzos por fingir una serenidad que no tenía. De vez en cuando miraba á Rita con tierna compasión, para ver si se enteraba de todo lo que hacía en su obsequio.

Vuelto el conde al lado de su esposa, sentóse en el sillón, delante de su mesa escritorio, á esperar la explicación de aquella actitud descompuesta de la dama. Ésta se arrojó sollozando sobre el sofá, pero el de Campollano no hizo el menor ademán para apaciguarla ó acariciarla, como otras veces. Llena de despecho, comprendió que habían fallado sus cálculos y que sólo tenía ante sí al hombre profundamente herido, á quien había amado todo lo que permitía su naturaleza helada y egoísta. Hasta entonces, este amor no le había costado sacrificio alguno, pues todo y todos se hallaban sometidos á su voluntad caprichosa.

Como víctima propiciatoria, se volvió hacia su esposo y le dijo:

—¿Me ves deshecha de dolor y no tienes una palabra de consuelo que decirme?

—Todo eso es pura comedia, repuso con voz bronca el de Campollano. ¿A qué vienen tales exageraciones? Di con claridad lo que tengas que decir.

Oir la condesa estas palabras y rasgar violentamente su capa de mansedumbre, fué la misma cosa. Como un torrente que se despeña, se desborda y arrasa cuanto halla en su camino, salieron de aquella boca los reproches, las maldiciones, las injurias. Las pérfidas insinuaciones que, veladas y punzantes, había tenido que oir en las visitas, las repitió dando como ciertos los hechos imaginarios que las causaban. Y habló con aquella verbosidad insultante de la mujer irritada y celosa; habló sin medida, sin orden, con el alma desnuda... Y la impasibilidad del conde era como un acicate de su odio, como un aguijón de su ira, que la hizo exprimir hasta la última gota de aquella rabia que la encendía; y luego, desfallecida, abrumada por el esfuerzo, enmudeció y cayó como exhausta entre los cojines. Un silencio opresor siguió á tan furiosa tormenta; el conde, con la cabeza inclinada, fijaba los ojos en el suelo, y la de Campollano esperó inútilmente una palabra de justificación. Esto, para ella, era demasiado; los nervios la sacudieron nuevamente y la pusieron en pie, con los ojos centelleantes y la cara horriblemente descompuesta. Con aquel aspecto de furia acercóse á su marido, le cogió

© Biblioteca Nacional de España

por los hombros y le sacudió con fuerza, diciéndole:

—¡Habla! ¡Defiéndete!..

—Sólo espero tu determinación final, pues no quiero suponer que pretendas seguir al lado de un hombre que obra tan indignamente en presencia de sus propios hijos.

—¡Claro, qué más quisieras tú! Pero eso no será, ni á mí me conviene que sea: lo que haré será alejar la tentación. Esa mujer saldrá de casa, y ya me cuidaré yo de ponerla fuera de tu alcance; en Madrid no volverá á hallar colocación, te lo aseguro; y si los hombres os empeñáis en protegerla, sólo conseguiréis perjudicarla y hacerle más difícil la vida, porque las mujeres ya la hemos condenado sin apelación. Mientras esa víbora no estuvo en casa, nunca se te ocurrió pensar en que tu mujer fuera ó no un ser perfecto, sobre todo en relación con los niños, olvidando, en tus comparaciones, los deberes que me impone mi posición social.

En lo de no haber pensado nunca en la perfección de la condesa, ésta no iba enteramente descaminada; el de Campollano lo comprendió así y un rubor apenas visible tiñó su rostro sombrío.

—Tú tomaste, dijo, una institutriz para que educara á los niños. ¿Ha cumplido como debía? Sí, porque nuestros hijos han sufrido una transformación muy favorable en todos conceptos. ¿Es posible que tu ceguera ó tu ruindad te hagan negar lo que es claro como la luz?

—No lo niego, pero también estoy convencida de que esa mujer puede ser sustituida, y esto basta.

XI

La ilustre condesa de Campollano, al despedir á Rita el día siguiente, no se mordió la lengua para decirle las graves razones que la obligaban á tomar semejante determinación.

La joven se retiró silenciosamente á su cuarto y comenzó á arreglar el equipaje, dándole mil vueltas y revueltas á la imaginación. ¿Qué hacer ahora? ¿Adónde ir?.. Al pueblo no debía volver de ninguna manera; era preciso seguir trabajando, pues su mayor alegría estaba en enviar á sus padres aquel puñado de duros todos los meses; y además, ¿qué iba á hacer en Alameda?.. Lo peor del caso era que se hallaban á principios de mes y sólo disponía de unas cuantas pesetas, quizás lo justo hasta encontrar otra colocación.

Abstraida y con las manos cruzadas hallábase Rita arrodillada ante el baúl abierto, en que Pilar, con ojos llorosos, había ido colocando la ropa.

—Señorita, no se apure usted... Ya sabía yo que había de ocurrir esto un día ú otro, y lo extraño es que haya usted resistido tanto tiempo. Hay casas mucho mejores que ésta, y yo la ayudaré á buscar una buena. Por de pronto la llevaré á una fonda decente y barata que conozco.

—¿Tiene usted tiempo para acompañarme?, preguntó Rita, respirando con satisfacción.

—Y si no lo tengo, me lo tomo: sé hacerme indispensable y no me aguanto nada, y cada malhumor de la señora se lo hago pagar caro...

—Quisiera despedirme de los niños; llámelos usted.

Pilar salió, moviendo la cabeza como en señal de duda, y no tardó en volver diciendo:

—La señora no quiere que le vean á usted; dice que desea evitarles lágrimas inútiles.

—Entonces, despídame usted de ellos; sobre todo de Luis...

A Rita le dolió muchísimo salir de semejante modo; la suprimían como un trasto inservible, á pesar de querer tanto á los niños y no tener que reprocharse falta alguna. Antes de marchar fué á despedirse de los criados, que le estrecharon la mano con afecto y ocultaron bajo un chiste grosero la compasión que les inspiraba; luego volvió á su cuarto á ponerse el sombrero para salir, y en aquel momento entró el conde, alargándole la mano y diciéndole:

—Señorita, en nombre de mis hijos y en el mío propio doy á usted las gracias. Usted se va por su propio interés y no puedo ni quiero retenerla; pero yo mismo, á medida de mis fuerzas, continuaré la obra empezada, sobre todo en lo que toca á Luis; cuidaré y protegeré la buena semilla que usted ha sembrado. Si en alguna ocasión necesita usted ayuda, diríjase á mí y considéreme siempre como un amigo leal.

Rita comprendió que el de Campollano deseaba ofrecerle dinero y no se atrevía; pero, por fortuna, la joven estaba decidida á no aceptar socorro alguno. Aquellas palabras de gratitud la consolaron mucho, y conmovida respondió:

—Le agradezco á usted, señor conde, lo que acaba de decirme y le ruego salude en mi nombre á los niños, de quienes no puedo despedirme.

Cuando Pilar dió á Luis los saludos de Rita éste se puso fuera de sí:

—¿Por qué no ha esperado á que yo volviera?

—¡No faltaba más, señorito! Cuando la echan á una y la ofenden con tal ingratitud, es preferible estar en medio de la calle á seguir un minuto en semejante casa.

—¡Si yo fuera mayor, «mademoiselle» no saldría de aquí!, exclamó el muchacho lleno de indignación. Me dirás dónde vive, ¿verdad?.. Voy á encargarte que le compres un recuerdo en nombre mío, porque si lo escojo yo resultará un mamarracho.

Pilar murmuró al oído de Luis las señas de Rita y le empujó suavemente dentro del comedor.

Luis no preguntó por la institutriz y estuvo mudo y pensativo en todo el almuerzo, que le pareció durar una eternidad. Con el bocado en la boca levantóse de la mesa y desapareció. Nadie lo retuvo ni le preguntó adónde iba; los condes estaban deseosos de alejarse cuanto antes, y sólo los pequeños llevaron la voz cantante aquel día.

Rita empleó toda la tarde en visitar varias familias que buscaban institutriz, pero fué en vano. Cansada y triste se había refugiado en su modesto cuartito, tan frío é incómodo comparado con el anterior. Desanimada, dejaba vagar su imaginación por las negruras de lo porvenir. Ya empezaba á oscurecer cuando, de pronto, se estremeció la joven al oir que la llamaban.

—«Mademoiselle ..»

Luis entró como una centella, se acercó á Rita y la estrechó entre sus brazos con violencia:

—¡Luisito! ¿Eres tú, hijo mío; vienes á verme?

—Sí, «mademoiselle,» y ya que todos son tan injustos con usted, yo estaré siempre de su parte y vendré á verla todos los días mientras siga usted en Madrid.

—¿Vienes solo?

—Pues ¡claro! Vengo derechito del colegio. Pilar ya se lo figurará y mandará aquí á Pedro.

—¡Dios quiera que halle pronto donde colocarme!

—Eso sí que no lo creo, contestó el niño ingenuamente; porque yo mismo he oído cómo le decía Manuel á Pedro que es usted demasiado guapa, más guapa que todas las señoras de Madrid, y que no encontraría usted casa..., porque todos los caballeros se enamoran de usted

—¡Por Dios, Luisito; no repitas eso!, exclamó la joven mirándole llena de sobresalto.

—¿Por qué no? Si yo fuera grande me casaba con usted. El Sr. Boulanger la quiere, y mi papá también, aunque no lo demuestre, sólo que usted no lo ve.

Y añadió, sin sospechar lo que su charla inocente hacía sufrir á la joven:

—Yo sí que lo he notado, y me divertía mucho...

Ya era obscuro; y Rita acababa de encender luz cuando en el recibimiento oyó preguntar con zozobra por el señorito Luis.

—¡Aquí estoy, Pedro!, gritó el niño abriendo la puerta. Adiós, «mademoiselle,» hasta mañana.

Y abrazó y besó á Rita, la cual le dijo:

—Cuando llegues á casa no te olvides de dar un beso á tus hermanitas de mi parte.

—¡Ya lo creo que sí! Yo no pienso negar que he estado aquí, ni dejar que me prohiban verla.

La de Campollano quiso reprender á Luis, pero el conde, en cambio, aprobó la visita, diciendo:

—Has hecho muy bien: un joven como tú debe saber mantener sus opiniones.

Rita no paraba de hacer cálculos ni de echar cuentas, pero el poco dinerillo que tenía mermaba de una manera que daba miedo y así llegó un momento en que la descorazonada institutriz hubo de pensar en la precisión de volver á Alameda si no hallaba colocación hasta el día siguiente; pues sólo le quedaba el dinero justo para el viaje.

Aún no había dicho á Elsa una palabra de su desgracia: confesar que los celos de la señora habían sido la causa de su salida, la ponía roja de vergüenza; también allí podrían creer que era una coqueta. Acababa de recibir una carta de su amiga en que ésta le refería todas las ocurrencias del pueblo y contenía una larga lamentación sobre los horrores de la servidumbre, que iba de mal en peor desde que había llegado á Alameda un regimiento de infantería.

«¡Figúrate!, decía, en cuanto Carlos sale de casa las ratas se meriendan mis mejores pollos y los más tiernos pichones; y, como comprenderás, no voy yo á guardar en mi regazo, durante su ausencia, á los dichosos animalitos. Carlos está que trina, y Alfonso le consuela diciéndole que las aves están precisamente lo bastante tiernas y sabrosas para el paladar de los defensores de la patria. Recordarás que Emilia creía tener en su muchacha el ave fénix, el prototipo de la lealtad y de la honradez... Pues ahora se ha enterado de que un sargento, á fuerza de brindar á la salud de los señores, ha acabado con el exquisito tostadillo que quedaba para las ocasiones solemnes. Te digo que Nuestra Madre la Santa Iglesia debiera incluir en las oraciones de ritual la mejora de la servidumbre... Yo disfruto ahora de los servicios de Flora, una solterona horrorosa, por lo cual la creí asegurada contra las asechanzas del sexo fuerte; pero ¡figúrate!, hoy he sabido que ya ha tenido seis hijos... ¡Casi me caigo del susto! La muy feona vino á disculparse conmigo diciéndome que á todos piensa dedicarlos al servicio del Señor, haciéndolos frailes y monjas... ¿Qué te parece? Pero por lo pronto andan mendigando por esos pueblos...

»Silvia ha tenido una nenita preciosa que se llama Rita por voluntad expresa de la madre. Ésta es tan buena y sumisa que hay que quererla por fuerza; pero no acaba de reponerse, y esto me disgusta: temo que acabe en tísica como su padre. Los cuidados de que la rodea Cayetano son verdaderamente conmovedores. Dicen que la llevará al Cairo, á ver si se cura.

»Aún deseo referirte una de las hazañas de míster James. Imagínate que vino contando, lleno de orgullo que se le había ocurrido un gran invento, el cual calificó Carlos de ridículo, y Alfonso, con su genio burlón, de sumamente práctico y filantrópico. Se trata de una gran capa azul celeste que por delante se cruza por el pecho, dejando las manos libres, y por los lados es bastante larga para cubrir al jinete y á su cabalgadura. El sastre Julián, tan loco como el inventor, ha ejecutado esta obra maestra después de interminables conferencias y medidas durante las cuales míster James estaba montado á caballo. Hoy ha pasado con su invento por nuestra calle, más tieso que un huso y me ha saludado con el nuevo y elegante látigo, para demostrarme prácticamente que la capa no le impide maniobrar á caballo. Tiene muchísima razón: el animalito no necesita ya de manta, y va bien resguardado, pero no quiero decirte lo mamarracho que resultaba el jinete. Toda la chiquillería del pueblo le seguía con vivas, carcajadas y aplausos en su paseo triunfal. Sin embargo, volvió á su casa muy contrariado, pues á consecuencia de lo largo de la capa y de su color delicado, resultó bastante deteriorada, además de convencerse el inventor de que necesita ayuda para apearse. Está en que toda primera prueba es defectuosa; y así se consuela.

»Nuestro Carlitos es, como ya supondrás, mucho más hermoso y más listo que todas las criaturas habidas y por haber, y está deseando echar á correr al encuentro de su tita Rita, en cuanto ésta vuelva. Aún tendría mucho que contarte pero me anuncian una visita. Contesta pronto á tu *Elsa* »

Rita releía la carta entre lágrimas y risas, pensando en que si Cayetano salía de Alameda regresaría ella, pero antes no; y en estas reflexiones se hallaba cuando entró Pilar, acompañada de Luis.

—Señorita, dijo gozosamente la doncella, le traigo á usted una colocación para fuera de España. Creo que debe usted aceptarla; porque, hoy por hoy, no hay que contar con que se coloque usted aquí: ¡se ha murmurado tanto de su salida de casa de Campollano!... Ahora ya puedo decírselo.

—¿Y cómo se ha enterado usted de esa nueva colocación? ¿Conoce usted la casa?

Pilar le alargó un papel en que Rita leyó lo siguiente:

«Se desea una señorita que sepa algo de música y hable el francés y el alemán, para viajar con los señores por Francia é Italia. Es urgente. Las solicitantes deben presentarse en el Hotel de Francia, de 10 á 12 y de 3 á 4. Sueldo, 200 francos mensuales.»

—Yo no conozco á esa familia, añadió Pilar, pero sí á ciertas personas que la quieren á usted bien. Ya ve usted que el anuncio está recortado de un periódico. Había encargado á todos mis conocidos que me enterasen en cuanto supieran de algo, y sólo desearía que tuviera usted buena suerte y le fuera muy bien.

—De eso ya me ha dado usted suficientes pruebas, Pilar y le estoy muy agradecida.

Rita, sin meterse en más averiguaciones, determinó presentarse cuanto antes y dijo:

—¡Con tal que me acepten! Si viera usted lo desanimada que estoy después de tantos desengaños como me he llevado estos días...

—Seguramente se quedará usted en esa casa, insistió Pilar, estoy casi convencida de ello.

La doncella tuvo muy presente la recomendación que le había hecho el Sr. Boulanger:

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

Una vez sola se arrojó de rodillas junto á la cama y oró fervorosamente

—Ante todo que no sepa esa señorita que soy yo el que le ha proporcionado la colocación; pues debe estar tan recelosa después de las ofensas é injusticias que ha sufrido, que debe desconfiar hasta de sus amigos, y sería capaz de rechazarla. Por eso no voy en persona á ofrecérsela como hubiera sido mi gusto: mi presencia en su casa sólo daría lugar á nuevos chismes é injuriosas suposiciones.

—¡Qué delicado y bondadoso es este caballero!, pensó Pilar. ¡Ojalá se casara con ella!

Luis, mientras tanto, había sacado del bolsillo dos estuches de piel; y abriendo el más grande rodeó la muñeca de Rita con una magnífica pulsera.

—Pero, chiquillo, ¿qué haces?

—Sujetar mi recuerdo; ha de llevarlo usted siempre para que no me olvide; pues todas mis buenas notas de curso para el próximo año están metidas en ese aro. Papá me las ha pagado por adelantado.

—Cuídelo usted bien, señorita, añadió Pilar, pues vale mucho.

—Será mi mayor tesoro, y mientras este brillante conserve sus luces querré á mi buen Luisito.

—Y ahora, este reloj es un regalo de papá, dijo el muchacho pasando una larga cadena por el cuello de la joven.

—¡Jesús, Dios mío!.. ¿Y cómo voy á obsequiarte yo, si no tengo para comprarte nada que valga la pena?.. Mira, escoge entre mis libros y mi música lo que más te guste.

El niño, tímido y ruboroso, contestó:

—¿Me dejaría usted ese anillo que lleva en el dedo?

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto...

Y se quitó el aro; pero al ir á ponérselo á Luis, exclamó:

—A ver, á ver... ¡Pero si ésta no es mi sortija! ¿Cómo es eso?.. ¡Ah! El Sr. Boulanger debió de cambiarla el día que jugamos á prendas... ¡Qué cosa más desagradable! Y ¡yo que no me he fijado hasta ahora! Porque se parece mucho á la mía... No sabes lo que me disgusta .. Mira, cámbiasela tú, si puedes, y si no quédate con ésta.

—Yo ya noté en seguida el cambio, observó Luis, pero no sabía si era con su consentimiento de usted; por eso callé.

Después de darle las gracias efusivamente dijo Pilar:

—Ya es hora de regresar á casa.

—Escríbame usted, «mademoiselle,» que yo le contestaré puntualmente; y quisiera...

El niño titubeó. Rita comprendió que tenía otra petición que hacerle y preguntó sonriendo:

—¿Qué deseas? Di.

—¿Me permite usted que la llame Rita, á secas, y la trate de tú?

—Sí, hijo mío; como quieras... ¿Es eso todo? Si me va bien te escribiré á menudo.

—Yo creía que, aunque te fuera mal, desearías saber de mí, y yo no puedo escribirte sin saber tus señas. Tienes razón... Aquí los dos nos prometemos amistad para siempre.

Conmovidos se abrazaron ambos amigos, y Rita, llorando, murmuró al oído del muchacho:

—Que seas un hombre bueno y honrado, para que al menos puedan decir que hice algún bien en tu casa.

XII

A las once en punto presentóse Rita en el Hotel de Francia. El portero debía de tener orden de recibirla; pues inmediatamente la introdujo en el salón de los señores. Unos ojos femeninos, picarescos y sonrientes, se clavaron, llenos de curiosidad, en la recién llegada. La señora y Rita pronto estuvieron acordes en todo: la primera dijo á ésta, riendo siempre y examinándola con la mayor franqueza:

—Ya me habían dicho que era usted muy guapa; pero no creí que lo fuera usted hasta el punto de hacerme sombra.

Rita se había imaginado toda clase de recibimientos, pero el que se le hacía estaba fuera de todo cálculo y previsión. Entre sorprendida y disgustada examinó á su vez á la elegante señorita, lo que pareció aumentar la jovialidad y la diversión de ésta. Confusa, murmuró la joven:

—Señora, ¿tendría usted la amabilidad de hacer venir á los niños?

—¿Qué niños?, preguntó la señora con un mohín

© Biblioteca Nacional de España

graciosísimo. Yo no puedo presentarle chicos, porque no los tengo, y he de rogarle que se conforme con la niña que tiene delante. Desde que me casé soy más chiquilla y más traviesa que todo un regimiento de muchachos. Yo lo que necesito es una dama de compañía; pues mi marido está con frecuencia ocupado y de mal humor, y no le divierten los bailes ni los teatros. Yo, en cambio, soy joven y alegre, y quiero disfrutar un poco de la vida; pero no puedo hacerlo sola. Siendo dos, se puede ir muy bien á todas partes, sin que el mundo murmure. He de advertirle á usted que mi esposo está conforme con este propósito mío; pues no quiere que me encierre entre cuatro paredes como una monja. De manera, señorita, que si se decide usted á acompañarme ha de ser en seguida. Le doy á usted media hora para pensarlo, y una vez decidida le entregaré su primera mensualidad y estamos al cabo de la calle. Esta noche nos encontraríamos en la estación.

Rita indecisa, se dijo:

—Parece bondadosa, pero horriblemente ligera y caprichosa.

Esto la hizo vacilar antes de responder de un modo definitivo.

La señora cogió un libro, que comenzó á hojear; después se puso al piano y tocó unas cuantas escalas; y, por último, se volvió á Rita diciendo:

—Un mes pasa corriendo; haga usted la prueba á ver si me soporta ese poco tiempo... Siempre le queda á usted el recurso de volverse, pues le quedará la puerta abierta.

—Tiene usted razón, contestó Rita, probaremos.

Aún no se hallaba la joven en la calle cuando entró Enrique en el salón diciendo:

—¡Bravo, Elena! Has hecho admirablemente tu papel; si sigues así hasta el final, es asunto ganado, y ya sabes que yo no regateo.

—No me gusta esta intriga, por mucho dinero que me valga, y si no fuera por sacar á mi pobre marido de las garras de sus acreedores, no me prestaría á ella. Ojalá que esa infeliz hubiera desconfiado de mí; pero desconoce el mundo: esos ojos graves y esa frente pura no pueden sospechar...

—¡Diablo!, exclamó Boulanger en tono zumbón. ¿Desde cuándo tienes esos escrúpulos de monja?

—Desde que la he visto. Yo creí que se trataba de arrancar una mujer de los brazos de otro amante, pero no de engañar á una muchacha inocente.

—Está bien... Si no quieres auxiliarme, déjalo; no faltará quien me ayude. Pero guárdate para mejor ocasión esos sermones, que te cuadran muy mal. Tu verás de dónde vas á sacar el dinero que necesitas, pues yo no estoy dispuesto á seguir siendo el banquero de tu marido, á quien parece que quieres; aunque no haya sido el único objeto de tus amores...

—Hubiera sido el único si hubiese tenido la suerte de conocerle antes y de haberme criado de otro modo. Pero yo, que casi nací en la calle; que me eduqué entre comediantes y sin familia, ¿qué iba á ser sino lo que fuí? Usted menos que nadie, puede reprochármelo. A pesar de todo mi pasado, Alvaro se casó conmigo y yo debo mostrarle mi gratitud á fuerza de cariño y de lealtad: me he propuesto hacerle feliz y devolverle la tranquilidad perdida, ya que por causa mía ha renegado de él y le ha desheredado su propia familia.

—Sí, ya estoy enterado de todo, dijo Enrique con señales de aburrimiento y conteniendo un bostezo. Bien sabes que siempre te he sacado de apuros; y si te empeñas en ser una mujer digna después de tu matrimonio, debes contribuir por completo á sacar a tu marido del aprieto en que se halla. Estoy en posesión de todos los pagarés de Alvaro, y aquí mismo te los entrego si sigues ayudándome. Hace años que pretendo á esa joven; no quiero emplear la violencia y nunca se me ha presentado la ocasión de acercarme á ella; por eso he tenido que emplear el único recurso que me quedaba...

—Está bien, contestó la joven; acepto con la condición de que ha de dejarle usted la vuelta libre si no consigue enamorarla, y ha de entregarme usted en el acto los pagarés de mi marido.

—Trato hecho, contestó Enrique, y arrojó con indiferencia sobre la mesa un rollo de papeles. Encárgate tú de ganar su afecto y su confianza; de mi cuenta corre el apoyarte en la empresa, tratando de merecerlos.

Elena miró sorprendida al calavera, extrañando oir de sus labios aquellas palabras singulares, y murmuró pensativa.

—Y ¿en qué parará todo ello?

—¿Te he hecho desgraciada á ti, por ventura? ¿Y no puedo transformarme yo merced á este cariño como te ha transformado á ti el amor de Alvaro?

Elena contestó negativamente á la primera pregunta.

—Pues entonces no te preocupes por el final.

—Esa muchacha no es como yo, insistió la joven.

—Bueno, escucha mis últimas palabras: el abogado tiene el deber de defender al criminal, aun contra su propia convicción, y ese papel es el que te he asignado á ti: ¿lo aceptas ó no? Exijo que la lleves de una distracción á otra, que frecuentéis teatros, conciertos, paseos. Dinero no ha de faltarte. Si necesitas vestidos á propósito, cómpratelos; y arrojó unos billetes de mil pesetas sobre la mesa. Sobre todo haced mucha música, pues deseo que siga desenvolviendo el talento excepcional que tiene para el arte... Y hasta la vista, en París.

***

Ya había sonado la campana por primera vez y aún no había aparecido Rita en la estación.

—¿Si habrá reflexionado y desistirá?, pensaba Elena llena de inquietud, mientras, en su elegante traje de viaje, paseaba por el andén, acompañada de un caballero joven y gallardo, que mantenía con ella una conversación tan animada que más parecía discusión.

De pronto apareció Rita, diciendo en voz baja y temblorosa:

—Aquí me tiene usted, señora.

Al oir estas palabras volvióse rápidamente el caballero y miró entre compasivo y curioso á la recién llegada. Quizás se hubiera deshecho entonces toda la trama si, en aquel momento, no hubiese dado el pito la señal de salida, lo cual obligó á las viajeras á subir apresuradamente al vagón. Rita se colocó en el sitio designado por Elena mientras ésta se volvía de nuevo hacia su acompañante, quien le decía en voz baja y en tono resuelto:

—Que no se te olvide el aviso: si cometes una indignidad no cuentes jamás con mi cariño; ese dinero estaría maldito, y no quiero la tranquilidad á tal precio.

Elena se inclinó hacia su marido para darle el último abrazo, y saltó ligeramente dentro del departamento. Las palabras del esposo: «¡Vuelve pronto, que no puedo vivir sin tí!,» se las llevó el viento antes de que ella pudiera percibirlas.

Elena sentóse junto á Rita y dijo, secándose una lágrima rebelde:

—Soy un ave emigrante, que no halla descanso en ningún lado á pesar de lo que me duelen las despedidas.

Trató de tomar un aire despreocupado y alegre y vencer aquel momento de tristeza.

Rita, en cambio, pensaba serenamente en lo porvenir, y hallaba en aquel viaje los encantos de la novedad. La comarca que atravesaban era triste; así es que se cansó pronto de mirar por la ventanilla y se dedicó de lleno á examinar á su nueva señora, á la cual suponía incapaz de tener un movimiento de reflexión ó de tristeza. La encontró así mucho más de su gusto que con aquella risa antipática y frívola.

Elena no era mujer que impresionara por su belleza; pero la gracia picaresca de sus grandes ojos y de sus preciosos hoyitos daban un encanto especial á su fisonomía.

—Señorita, ¿ha terminado usted ya su larga observación de mi insignificante persona?, preguntó de pronto Elena después de un largo rato de silencio. ¿Cree usted que pueda merecer su confianza?

Rita se puso como la grana; pues entonces se dió cuenta de la fijeza de su mirada, lo que acabó de confundirla.

—Ea, discúlpese usted, insistió la joven dando lugar á que Rita dominara su embarazo. A mí me gusta que se forme usted juicio sobre mi persona sin que yo me tome la molestia de ser excepcionalmente atenta y amable.

—Creo que es usted ambas cosas por naturaleza; porque para una niña mimada por la suerte, como usted, la vida debe de ser un juego, un placer continuo. Usted no tiene motivos para prepararse á sí misma, ó á otros, horas tristes y amargas...

—¡Cómo se equivoca usted! Yo también he conocido las penas y tristezas de la vida; también sé lo que es sufrir... Pero dejemos esto. Con usted me he propuesto ser todo lo buena que pueda, añadió en tono afectuoso. Aún no sé lo que vamos á hacer en París hasta que se canse mi marido de estar solo y venga detrás de nosotras... A mí me fastidia Madrid de un modo horrible; y es que en comparación de París, resulta una verdadera ciudad de provincia. Si aun tuviéramos la suerte de dar con mi primo Enrique, todo iría á pedir de boca; pero, por desgracia, la misma sangre inquieta corre por sus venas que por las mías, y los dos andamos por el mundo como verdaderos judíos errantes...

Elena había marcado intencionadamente el nombre de *Enrique*; pero ¿cómo se le iba á ocurrir á Rita que el tal primo podía ser Boulanger? ¡Hay tantos Enriques en el mundo!

Ambas jóvenes siguieron el curso de sus pensamientos. Rita pensaba en la sorpresa que su repentina marcha iba á producir en Alameda, y se reprochaba no haber obrado bien al irse tan lejos sin consultarlo antes con los buenos amigos de la tierruca; era una falta de prudencia y de formalidad... Elena, mientras tanto proyectaba lo que debía hacer y el modo de cumplir el compromiso contraído. De vez en cuando dejaba reposar afectuosamente la vista en el rostro de la infeliz muchacha á quien estaba haciendo traición, y más de una mirada de éstas, recibió Rita con gratitud.

—Ahora vamos á tomar un piscolabis, y luego echaremos un sueñecito. Es muy agradable que estemos solas y podamos disponer del coche á nuestro antojo. Estos vagones-camas son comodísimos...

Diciendo esto cogió su saco de noche y empezó á sacar paquetitos. Durante todo el trayecto estuvieron nuestras viajeras de muy buen humor. Las observaciones chispeantes de Elena y sus salidas ingeniosas hicieron olvidar á Rita que iba á entrar en país desconocido y á ocupar un cargo muy diferente del que antes tenía.

—Usted se admirará de que no lleve conmigo ninguna doncella, dijo al día siguiente Elena á Rita; pero á veces no se sabe qué hacer de esas calamidades necesarias, y en todos los hoteles hay de sobra camareras que me sirvan... ¡Qué triste es llegar á un sitio cuando se sabe que nadie nos espera!, añadió al ver que entraban en la capital francesa. ¡Si mi buena fortuna me hiciera tropezar con mi primo Enrique!

De pronto, al pararse el tren, comenzó Elena á gritar, llena de alborozo:

—¡Enrique! ¡Enrique!

Y bajando apresuradamente del vagón y arrastrando á Rita por un brazo dijo con impaciencia:

—Dése usted prisa, no se nos vaya á escapar...

El caballero en cuestión debió de oir su nombre; pues se volvió como para enterarse de si era él á quien llamaban; luego hizo ademán de continuar su camino, pero Elena le detuvo antes de que se perdiera entre la multitud. Al verla se quedó parado y exclamó muy sorprendido:

—¿De dónde sales? ¿Vienes sola?

En aquel momento vió á Rita y fingió un asombro que no podía ser mayor que el de la joven; pero la alegría que iluminó su rostro era verdaderamente ingenua. Enrique estrechó efusivamente las manos de su prima, quien le presentó entonces á Rita con las siguientes palabras:

—Mi dama de compañía.

Y al ver el recibimiento que Boulanger hacía á Rita, aparentó gran extrañeza:

—¿De modo que se conocían ustedes? ¡Qué casualidad más asombrosa!

Luego, volviéndose con el índice levantado á su primo en son de amenaza, agregó:

—Pues nunca me has hablado de este conocimiento...

—Eso no es culpa mía, contestó emocionado el joven; pero vamos, vamos á casa; porque supongo, Elena, que me permitirás almorzar contigo.

—¡Naturalmente!, contestó la prima, llena de curiosidad por conocer la habitación que les habría preparado.

Enrique hizo seña á un cochero, y éste los condujo á un hotel particular donde ya estaban encargadas las habitaciones y servidumbre para dos meses. Mientras las señoras cambiaban sus vestidos de viaje, tomó Boulanger sus disposiciones con el propietario de la casa y ordenó que prepararan un exquisito almuerzo y trajeran en seguida el servicio para hacer café. Rita fué la primera en regresar á la salita.

—¿Quiere usted volver á hacer de ama de casa y encargarse de prepararnos el café, como hacía usted en Alameda? Porque conozco bien á mi prima y sé que tardará lo menos una hora en terminar su tocado.

Elena desde la habitación contigua oyó perfectamente á Boulanger y no se dió prisa en salir. Rita asintió al deseo del joven y dispuso la cafetera rusa. Enrique la contemplaba silencioso y escuchaba como encantado el hervor del agua.

—Esto, señorita, me produce siempre la nostalgia del hogar; pero dura poco la impresión. ¿Quiere usted servirme una taza?

Rita le sirvió la aromática infusión, pero ella misma se abstuvo de tomarla, aguardando á su señora.

—Eso no lo consiento, señorita: acompáñeme usted; Elena es persona que la dispensa á usted de esas consideraciones, y ahora seré yo quien sirva...

Rita no pudo menos de reir al ver el montón de bizcochos que Boulanger iba poniendo en su plato y que llegó á tomar proporciones aterradoras.

© Biblioteca Nacional de España

—De seguro que no moriré de hambre en París: ¿me cree usted una campesina glotona?

Entre risas y recuerdos de Alameda pasó el tiempo. Rita le contó la última hazaña de míster James, que le había comunicado Elsa, y Enrique la celebró con grandes risotadas y sabrosos comentarios. Al entrar Elena los encontró en conversación animada, y también ella quiso conocer las genialidades del inglés.

Luego pasó Boulanger al gabinete, diciendo:

—Hoy se hará un poquito de música, ¿verdad?

Rita se encaminó entonces á su cuarto en busca de sus papeles y canciones. Tardó bastante rato en volver, que aprovechó para desempaquetar algunas cosas y colgar sus vestidos en el armario. Enrique, mientras tanto, no anduvo parco en dar nuevas instrucciones á Elena, y alabó la ingeniosa ocurrencia del parentesco.

—Te superas á ti misma, primita, y estás haciendo tu papel como una gran artista.

Elena sólo contestó emocionada:

—¡Por Dios le pido que no la haga usted desgraciada!

—Créeme, estoy dispuesto á casarme con ella; pero ayúdame tú para que me quiera. Suprime, pues, esas lamentaciones de Jeremías ..

—¡Gracias á Dios!, exclamó Elena, con tal júbilo, que Boulanger comprendió que no debía contar con ella en absoluto para su intriga.

¿Era verdad lo que decía? Hasta entonces el calavera sólo había pensado en el amor, sin acordarse del matrimonio, pero en su interior no sonaron mal aquellas palabras que acababa de decir: «Me casaré con ella.»

—Si está usted decidido á hacerla su mujer, cuente usted conmigo incondicionalmente, dijo Elena interrumpiendo el curso de sus reflexiones, y le aseguro que pasaremos una temporada deliciosa.

Rita volvió en aquel momento y se sentó al piano. Juntos cantaron, con el entusiasmo de siempre, todas las canciones que quiso Boulanger; Elena aplaudía frenéticamente, y las horas se pasaron volando.

—Este placer me lo proporcionaréis todos los días. Tú, Enrique, te encargarás de traernos nueva música. Si algún día os fuera mal, ya haríais fortuna con ese par de ruiseñores que lleváis en la garganta.

—Gracias, en nombre de ambos, por ese brillante porvenir que nos espera, respondió Boulanger sacando el reloj. Tengo que dejar á ustedes; papá me aguarda...

—Dale recuerdos y dile que no quiero molestarle con mi visita; pues se enfadará en cuanto me vea otra vez de viaje. Si tienes tiempo esta noche no dejes de venir á hacerme un ratito de compañía; si no, hasta mañana.

Cuando Enrique hubo salido se dispusieron ambas viajeras á arreglar su nueva habitación, en lo cual se les pasó la tarde. Luego vino el criado á pedir órdenes para la comida. Elena se hizo presentar la lista y eligió unos cuantos platos.

—Tengo que tener presentes los gustos de Enrique, por si se le ocurriera comer con nosotras.

Apenas había dicho esto cuando anunciaron la visita de Boulanger, lo que hizo exclamar á su prima:

—El ruin de Roma... Si te quedas á comer con nosotras échale un vistazo á la lista.

El joven no quiso verla.

—¡Dios me libre de poner peros á tus disposiciones! Serías capaz de no volver á invitarme, y no quiero exponerme á ello. ¿Qué has decidido para esta noche?

—Acostarnos temprano, que bien necesitamos descanso.

Después de una comida exquisita y muy alegre, recostóse Elena en una mecedora y, mientras se balanceaba suavemente, sostuvo un diálogo á media voz con Boulanger.

Rita escribía su primer pliego á Luis, y los ojos de ambos cómplices la contemplaban con grandísimo interés. Rita, al escribir á su amiguito, transformábase también en niña; tal era el candor y la ingenuidad de su rostro.

Terminada la carta dedicó unos minutos á hacer el plan de estudios, y luego le alargó á Elena el papel diciendo:

—Vea usted si le parece bien la división que he hecho.

Elena se echó á reir y exclamó:

—¡Nada, primito, que esta niña se ha propuesto darme seis horas de clase como si fuera una colegiala! ¡Figúrate, á una mujer casada!.. Tengo ya la cabeza muy dura para esas cosas...

—Entonces ¿para qué me ha llamado usted?, preguntó Rita, roja como la grana.

—Mejor le podré explicar para qué no la he llamado que para qué la he llamado, respondió Elena riendo alegremente; y así puedo asegurarle que no está usted aquí para que me convierta en sabihonda.

La risa de Elena contagió á Enrique, y ambos creyeron desternillarse, mientras Rita, azorada y molesta, guardaba silencio. La señora al notar la actitud y confusión de la joven, añadió:

—Con una hora de conversación alemana por la mañana, y otra de lectura francesa por la tarde, hay más que suficiente; pero en cambio exijo música, mucha música...

Rita se tranquilizó: estaba acostumbrada á recibir ofensas graves y aquí vió que ni Elena ni Enrique intentaban herirla ni hacerle daño; al revés, ambos primos se esforzaban en hacerle olvidar el carácter de servidumbre que tenía su posición en la casa.

La joven pasó una temporada deliciosa: acompañaba á Elena á todas partes, y ésta á su vez tenía por compañero inseparable á su primo Enrique. Ocurría á menudo que Elena renunciaba á salir, á última hora, pretextando cualquier cosa: una carta urgente, un poco de jaqueca..., y en este caso Boulanger acompañaba á Rita. Al principio, nuestra montañesa cedía algo contrariada á la orden de Elena; pero poco á poco fué acostumbrándose á ver en Enrique su piloto y mentor en la colosal urbe, que él conocía al dedillo. Enrique era bastante hábil para no hablar entonces de su amor; quería, primeramente, asegurarse su confianza, calculando así más próximo el éxito. Como guía experto, le hacía reparar en las bellezas artísticas de aquí y de allá, y con el cambio mutuo de impresiones y de ideas, intimaron sin que Rita llegara á percatarse, puesto que su corazón no tenía arte ni parte en ello. Para la joven era Boulanger un buen amigo, un simpático acompañante que la distraía grandemente con su ingenio, sus conocimientos en cosas de arte y su entusiasmo por todo lo bello. En este punto armonizaban ambos, lo cual supo explotar Enrique en provecho propio con una habilidad pasmosa, sobre todo cuando Elena aseguraba que las discusiones científicas le daban jaqueca. Pero Boulanger se permitía embromar á Rita por su frecuente correspondencia con Luis, y en esto le ayudaba Elena con mucha gracia.

XIII

Así pasaron unos cuantos meses, en la mayor tranquilidad del mundo. Pero un día se paró en seco la rueda de la fortuna: Elena recibió á Rita deshecha en lágrimas...

¡Qué desesperación! Su marido estaba enfermo, muy enfermo, y ella tenía que salir inmediatamente para España... ¡Cuánto sentía tener que marcharse sin dejarla colocada! Pero, nada; la fatalidad, la pícara fatalidad... No podía detenerse; partía aquel mismo día ..

Rita, asustada y conmovida, respondió:

—Llévame usted consigo, la ayudaré á cuidar á su esposo... Se lo ruego...

—Es de todo punto imposible, hija mía. Mi marido está en casa de sus padres y allí escasamente si habrá un hueco para mí; no me quieren...

Luego, al ver la tristeza de Rita, añadió para consolarla:

—Pero no se apure; en cuanto le pueda trasladar á nuestra casa, le avisaré á usted para que se venga conmigo. Entre tanto le será fácil encontrar aquí un empleo conveniente, hasta que la llame.

Elena estaba como loca y parecía incapaz de pensar ni hablar de otra cosa que no fuera del estado de su esposo. Rita la ayudó á hacer sus preparativos de viaje, á empaquetar sus cosas y á arreglarlo todo. Luego, desalentada y triste, se quedó parada, pensando como Elena, que sólo repetía nerviosa y desolada:

—Si al menos viniera Enrique...

Pero aquel día en que tan necesaria era su presencia, dejó de venir, por pura casualidad; ya se iba haciendo noche, á las ocho salía el expreso y Boulanger no daba señales de vida.

—Debe de haber salido de París, por fuerza, decía Elena impaciente; si no, no se explica...

Terminados los preparativos, Rita, temblando de que la ausencia de Enrique se prolongara, le pidió permiso á Elena para ir á hablar con el fondista, pues éste era el único que podía procurarle una colocación en aquella ciudad en donde ella no tenía ningún conocimiento. El dueño hizo protestas de su deseo de ayudarla y ofreció ponerse inmediatamente á buscarle un acomodo conveniente; pero Rita notó en él una mirada tan extraña que la hizo ponerse roja como una cereza.

Elena se despidió con grandes muestras de cariño y promesas de amistad, y le dijo en el momento de partir el tren:

—Todo queda pagado en el hotel; pero salga usted de allí cuanto antes, porque es horriblemente caro...

Rita regresó apenada, y lo primero que hizo fué trasladarse á un cuartito del último piso. Al día siguiente empezó á correr de acá para allá en busca de colocación. Salía por la mañana, muy temprano, llena de valor y con el alma henchida de ilusiones; pero volvía rendida, deshecha, repleta de desengaños y amarguras: unos la despedían con promesas, otros exigían informes. Había olvidado pedírselos á Elena, con lo repentino del viaje; y ¿quién iba á responder por ella?

Confiando en algunos anuncios de la cuarta plana de los diarios, en que se ofrecía ocupación de diversas clases á señoritas instruídas, acudió Rita á varias casas, pero á las primeras insinuaciones equívocas que le hicieron, presintió, más que comprendió, algo bochornoso; hubo de renunciar á colocarse, y aterrada acabó por refugiarse en su cuartito, como si todo el ambiente de fuera estuviese apestado por aquel vaho de perversidad y aquellas negruras que había entrevisto. Recurrió de nuevo al fondista, que, al fin y á la postre, la conocía, y éste le dijo redondamente:

—Señorita, usted es muy guapa, y con esta recomendación es fácil abrirse paso en el mundo... Además posee usted una voz sorprendente con la cual puede usted seducir y trastornar al hombre más apático. ¿Será posible que desconozca usted el poder de estas dos armas? Con una sola noche que se avenga á cantar en el salón de mi casa tiene usted lo que quiera.

—¿Asisten señoras á esas sesiones musicales?

—¡Claro que sí! Muchas..., y todas la envidiarán á usted.

Estas palabras iban acompañadas de una sonrisilla tan extraña, que la joven sintió repugnancia y se dió por ofendida. Allí había algo que sólo era un misterio para ella, y que le reveló más la cínica expresión del fondista que sus palabras. No, no cantaría. ¿Cómo era posible que se atrevieran á hacerle tan injuriosas proposiciones? Rita levantó gallardamente la cabeza y dijo, en ese tono imperativo, seco, que no admite rebeldías ni observaciones:

—Desde ahora mismo puede usted disponer del cuarto: tráigame la cuenta.

Pagó lo que le pidieron, y vió que sólo le restaba un puñado de francos, quizás lo justo para llegar en tercera hasta España... Sí, sí; había que volver á España, á su tierruca, á sus montes..., y si se ponía mala de hambre en el camino, ya se cuidaría alguien de trasladarla á casa; y si moría, también la enterrarían: de eso ya se había cuidado su amiguito Luis, regalándole aquella pulsera... Pero, en cambio, había visto á París y había hecho grandes progresos y vestido con elegancia; y . , eso sí, había olvidado un poco sus devociones... Y Rita pensó en lo que se piensa en tales circunstancias: en las vicisitudes de la vida, en el singular encadenamiento de fenómenos que hacen que hoy se prueben los bocados más exquisitos y mañana falte un pedazo de pan. No le quedaba ni el consuelo de decir, con Sancho Panza, que lo mismo da llenarse de perdices ó de nabos, con tal de estar harto. Ella estaba engañando el estómago; pues hacía días que no había hecho una comida seria, y todo por ahorrar..., y ¡claro!, sentíase débil y decaída de fuerzas.

Pero tenía la voluntad dura como el diamante, y, sin esperar á más, recogió sus bártulos y esperó hasta el momento crítico para dirigirse á la estación.

Llegada la hora, disponíase á salir cuando oyó que llamaban quedamente con los nudillos. Rita permaneció callada; pero volvieron á llamar, y entonces contestó desde dentro, sin abrir:

—¿Qué desea usted? Estoy ocupada; pero salgo en seguida...

Creyó que era el dueño de la fonda y decidió no volver á escuchar sus proposiciones. Lágrimas de vergüenza y rabia ahogaron su voz... Entonces se abrió lentamente la puerta, á una suave presión, y apareció Boulanger.

—¿Y Elena?.. ¿Qué significa esto? ¿Han regañado ustedes? Y añadió, mintiendo con el mayor descaro: Hace unos días tuve que salir de París precipitadamente á asuntos urgentes, y vuelvo hoy para encontrarme con estas novedades...

—Elena se ha ido á Madrid, y yo me voy ahora mismo, contestó Rita estallando en sollozos, como el niño que se da cuenta de lo que duele el golpe cuando se ve compadecido por otros.

—¡Cómo! ¿Se quería usted marchar? ¿Por qué? ¿Y sin despedirse de mí siquiera?

Luego, arrodillándose ante Rita, continuó en tono apasionado:

—Y ¿qué va á ser de mí si me abandona mi ángel bueno? ¡Y yo que esperaba lograr vencer la antipatía que me tenía usted! ¿Cómo he de demostrarle este amor en que me abraso?

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

—Dejándome partir tranquilamente á mis montañas, y no volviendo á cruzarse más en mi camino.

—Rita, usted no puede reducirse ya á la casita verde, encerrada entre picachos; su horizonte es ahora más grande; sus ideas y conocimientos han tomado otros vuelos... Cayetano está casado, y la amistad no podrá tampoco resarcirle de lo perdido; por mucho que la quieran Elsa y Emilia, llegará un día en que usted se figure ser para ellas una carga...

Rita, para sí, no podía menos de reconocer la verdad de aquellas palabras, y recordando las insinuaciones del fondista ocultóse avergonzada el rostro entre las manos.

—Es que no puedo encontrar colocación...

—Y ¿qué?, preguntó Enrique anhelante.

—Que es hora de marchar y me voy, concluyó la joven poniéndose en pie.

—No, Rita, yo no la abandono: si usted sale de París, la seguiré como su sombra, hasta que me atienda, si no es por amor, á lo menos por compasión. Ya yo no me separo de usted, ni para bien ni para mal; uní mi destino al suyo, y juntos triunfaremos ó pereceremos.. ¿Qué me importa lo demás si no tengo á mi lado á mi ángel bueno?.. ¡Rita, dime que sí!, añadió en tono de dulcísima súplica mientras besaba la mano de la joven.

Esta, profundamente conmovida, respondió con voz ahogada:

—Cayetano fué mi novio, le quise y le quiero aún con toda mi alma, y hoy sería su mujer si yo hubiera preferido mi felicidad á salvarle su herencia.

—Lo sé, contestó Enrique sin desalentarse y con voz vibrante de pasión; y yo para mí no pido más que lo que queda; me conformo con las sobras de tu cariño. A él le salvaste una fortuna; á mí me salvarás el alma... ¿Y no vale eso más que muchos millones? Verdad es que en su favor abogaba el amor, para el cual no hay sacrificio difícil, mientras que para mí sólo existen en tu corazón la desconfianza y el desdén... Sé generosa, Rita, y cédeme de tu corazón lo poco que puedas darme: entonces estaremos iguales. ¡Cuántas veces no me figuré amar y sacrificué miles y miles á un capricho!

—Por eso mismo considero que esa inclinación que siente usted por mí es una nueva ilusión, un nuevo error que desaparecerá con el tiempo como los demás: á usted le incita la contrariedad, la lucha.

—No, no es eso, respondió con viveza Enrique; este sentimiento es lo mejor que late en mí; un enigma para mí mismo, pero acaso sea fruto de las bendiciones de los pobres de la Sierra, puesto que es más fuerte que yo y no logro renunciar á él por mucho que quiera... Seguiremos, pues, luchando los dos, añadió resignadamente; pero advierto también que no soporto rivales..., que no seremos sino Él ó yo.

—Sobre ese punto puede usted estar tranquilo, contestó la joven con voz débil.

—¡Ah!, exclamó Boulanger transportado. Entonces eres mía... Mía, sí..., es inútil que te opongas: eres mi amada, mi futura y amada esposa.

Y la atrajo hacia sí apasionadamente y la estrechó entre sus brazos sin que Rita hiciera resistencia: tal era ya su estado de languidez y hastío; pero un hilo de lágrimas surcaba sus mejillas pálidas. Al notarlo Enrique exclamó:

. . mientras la llevaba suave pero decididamente al sofá. (Véase página 183.)

—¡Rita, Rita mía! ¿Lloras? Perdóname si he sido demasiado violento... ¡Me he sentido tan feliz! Ven, hazme escuchar ahora de tus labios lo que tanto anhelo; ven...

—Ya he dicho que no quiero seguir en París; que deseo volver á mi tierra...

—¿De modo que persistes en alejarte de mi lado?

—¿De qué me serviría estar aquí? ¿Y dónde iría?, suspiró la joven tristemente.

Boulanger comprendió lo que pasaba por el alma de Rita, y aunque poco acostumbrado á considerar los sentimientos ajenos, tuvo en cuenta los de su amada y dijo, hondamente conmovido:

—Ahora te haces conducir á la estación, como pensabas; yo te esperaré y desde allí te llevaré á otra fonda...

Rita temblaba como una azogada y Boulanger no podía imaginarse que tan extraña debilidad tuviera su causa en que hacía veinticuatro horas que la joven no había probado bocado, y sólo la atribuyó á la excitación de aquellos momentos. Acompañó á Rita hasta el carruaje y allí se despidió de ella en presencia del fondista. Luego se alejó, y poco después tomaba otro simón. Apenas había llegado Rita á la sala de espera, y se había acurrucado en un ángulo de uno de los bancos, cuando vió entrar á Enrique y sentarse junto á ella.

Hallábase la joven en el momento decisivo de su vida: toda la entereza de su ánimo varonil, quebrantada ya en aquellos días de amargas decepciones, se había derrumbado por completo al considerar el abismo que le había hecho entrever el fondista: aquello no iba á ser una lucha noble y franca por la subsistencia, sino un combate en la sombra contra una muchedumbre de asquerosas alimañas que la devorarían.

El terror, la desesperación se apoderaron de ella, y si, después de la marcha de Elena, se había sentido animosa á pesar de su abandono y de su desamparo, ahora se vió quebrantada, sin aliento, exhausta... Indiferentemente, con el llanto en los ojos y el alma muerta, se dejó llevar al carruaje, apoyada en el brazo de Enrique. Este había mandado recoger el equipaje, y á su lado volvió Rita á entrar en la hermosa metrópoli, y atravesó los bulevares, con sus grandiosos almacenes y sus soberbios palacios, hasta que el coche se detuvo delante de una fonda. Boulanger saltó del coche, entró rápidamente y pidió la lista y dos habitaciones con gabinete, para la señora.

Los mozos volaron á cumplir la orden, pues el olfato profesional les hace husmear á la legua los viajeros productivos y espléndidos.

© Biblioteca Nacional de España

Pocos minutos después se hallaba Rita instalada en un saloncito cómodo y elegante, y Enrique leía con el mayor interés la lista y mandaba servir inmediatamente algunos manjares. La mesa estuvo preparada en un periquete.

—Esta es la primera vez que comemos solos, dijo Enrique en español, tomando asiento al lado de la joven, que seguía maquinalmente todos los movimientos y manipulaciones de los mozos.

Luego, cuando éstos hubieron salido, rodeó el talle de la joven con el brazo y añadió en tono suplicante.

—Vamos, ven á comer, y mientras tanto haremos los planes sobre nuestro porvenir. Es decir, suponiendo que me concedas comer contigo; pues hasta ahora ni has aprobado mi proyecto ni he obtenido una sola mirada cariñosa de tus ojos.

—¡Estoy tan asustada!, contestó tímidamente Rita. ¡Me han pronosticado tanta desventura si hacía caso de sus palabras!.. Y, sin embargo, estoy aquí... ¡Dios mío, ojalá me muriera!

—¿Y quién ha podido inspirarte esa desconfianza sino Cayetano, movido por sus celos?, gritó Enrique lleno de indignación. ¿Te he dado motivo alguno que justifique esos prejuicios y aprensiones? ¡Confiésalo tú! Pero, no quiero excitarme; el porvenir hablará por mí, pues tus palabras: «y sin embargo estoy aquí,» resuelven en definitiva y para siempre la cuestión.

La abundante y exquisita comida y los vinos generosos fortalecieron el cuerpo de Rita y contribuyeron á despejar su ánimo de tan tristes presentimientos. Boulanger mostrábase tan atento y delicado, que *aquel día desvaneció buena parte de la desconfianza* de la joven, la cual comenzó á resignarse á la idea de que Enrique pudiera ser su marido. Éste, convencido de que Rita rechazaría toda proposición indigna, y teniendo presente, por una parte, que aquélla carecía de documentos para una ceremonia legal, y, por otra, el nubarrón que los amenazaba con la boda proyectada por su padre, preguntó vacilante:

—¿Te decidirías á que nos casaran civilmente?

—No, no; eso de ninguna manera, respondió Rita vivamente.

—Entonces, ¿te avienes á que aquí mismo bendiga un sacerdote nuestra unión? Claro está que sería mejor en la iglesia; pero siendo tú extranjera pondrán mil inconvenientes, exigirán un sinnúmero de papeles que habrá que mandar á pedir á Madrid y á Alameda, con lo cual se pasarán dos meses largos, y yo no quiero esperar tanto tiempo... No seas demasiado exigente conmigo, Rita, continuó suplicante, y al ver que la joven permanecía callada y pensativa, continuó: Ya sabes que muchas personas ricas se casan en su propio domicilio, lo mismo aquí que en España.

Rita lo sabía muy bien, y siempre había extrañado que los novios se excusaran de ir á la iglesia, lugar el más apropiado para recibir la bendición del nuevo estado, y en donde únicamente podían encontrar las fuerzas para cumplir con los deberes que éste impone á los cónyuges cristianos. El corazón la arrastraba á las gradas del altar, tan abandonado por ella mientras estuvo con Elena; pues ésta nunca hallaba momento oportuno para cumplir con sus deberes religiosos; y Rita, la ferviente hija de María, se reprochaba en aquel momento su tibieza. Un anhelo poderoso de recuperar la paz que había disfrutado en sus amadas montañas, y la nostalgia por aquella ermita solitaria en que acaso se marchitaba aún su última ofrenda de flores, le inundaron el alma.

Enternecida con tales recuerdos suplicó nuevamente con la ingenuidad de una niña:

—Déjeme usted regresar á mi tierra; proporcióneme el medio de volver á mi casa, y siempre guardaré para usted gratitud y afecto.

Eran tales la hermosura y el candor de su rostro, que se centuplicó el encanto que ejercía ya sobre el joven, el cual hubiera contestado con una carcajada si hubiese sido el hombre de otro tiempo; pero Rita tenía ya *sobre él un influjo de tal naturaleza, que* Enrique, ansioso de agradarle, hacía en su presencia todo lo posible por parecer bueno, y expresaba ideas y opiniones diametralmente opuestas á su manera de obrar hasta entonces.

—Ya veo, contestó, que no debo esperar de ti la menor concesión, y que hasta la más mínima prueba de afecto he de mendigarla ó conquistármela á fuerza de tiempo y de paciencia. ¿Prefieres, sin duda, arrojarme de nuevo al torbellino de la vida, en el que me hundiré sin remedio, en vez de guiarme con tu cariño hacia Dios y hacia una vida formal y laboriosa? Si es así, vete y goza de la paz de tus montañas, pero no olvides nunca que estuvo en tu mano la redención de un extraviado, y que no tuviste compasión para él, ni un poco de generosidad para salvarle. A pesar de mis ideas respecto de la religión, nunca me opondría á que cumplieras tus deberes de cristiana...

Enrique había hablado con vehemencia y sinceridad; sus palabras le salían del corazón y no dejaron de causar efecto en el ánimo de Rita, que luchaba sin acabar de resolverse. Boulanger vió con alegría esta indecisión, y jugando la última carta de su desinterés, sacó la cartera del bolsillo y se la alargó á Rita diciendo:

—Toma de ahí lo que necesites hasta llegar á Liébana, y para que no creas que te hallas ligada á mí por ningún compromiso de dinero, puedes devolver lo que sea al director de nuestras minas en Alameda, ó se lo mandas á mi prima Elena. Y ahora sólo me resta decirte adiós, y desearte buena suerte. Yo no podría estar viéndote sin repetir mil veces eso mismo que parece molestarte tanto...

Y, uniendo la acción á la palabra, levantóse y comenzó á ponerse lentamente los guantes. ¿Le dejaría marchar Rita? ¿Se habría equivocado Enrique por primera vez juzgando el corazón femenino? Así pensaba el joven, encaminándose hacia la puerta, cuando oyó que Rita decía con voz apenas perceptible:

—¡Enrique!

Boulanger no experimentó nunca una alegría tan grande: el corazón le dió un brinco, y todo su cuerpo temblaba de emoción al volver corriendo á Rita, que, encendida como una amapola, se había cubierto con las manos el rostro. Enrique esperó, loco de felicidad y conteniendo casi la respiración, pero orgulloso de su triunfo. Nunca le había parecido la muchacha tan encantadora como en aquellos momentos de confusión, de embarazo, de vergüenza, y no quiso obligarla á pronunciar las palabras que ansiaba oir de sus *labios y que la harían suya para siempre*; pero ella, después de un largo rato de silencio, y como tomando una decisión repentina, suspiró, más bien que dijo, con voz apagada:

—Bien..., me avengo á que nos casen aquí y seguiré siempre á tu lado.

Boulanger sintió dentro de sí, por primera vez en su vida, algo poderoso, algo inmenso que le removía todas las entrañas, le trababa la lengua y le iluminaba el cerebro. ¿Era aquello el amor? ¿Era la felicidad? No podía asegurarlo, pero tenía mucho de ternura, de arrobamiento, de ansiedad, de temor; era una mezcla de sentimientos para él extraños, pero que le hacían bendecir aquellas tímidas palabras de Rita. Atrajo á ésta y la estrechó contra su corazón, mientras se juraba á sí mismo, *interiormente*, hacerla todo lo venturosa que pudiera y ser tan digno y bueno que ella no tuviera jamás que arrepentirse de haberle confiado su vida entera. Cuando, un segundo después se dió cuenta de este juramento, que le había salido espontáneamente del fondo del alma, comprendió que nunca había conocido sentimiento igual al que le inspiraba Rita, y que no volvería á querer á nadie como la quería á ella. La grandeza del verdadero amor le penetraba y saturaba todo, y pensó que lo que hasta entonces había conocido por amor, sólo había sido un pasajero deleite de la vanidad ó del amor propio, ó un fugaz halago de los sentidos que en nada se parecía á aquella ternura inefable ni á aquel dulcísimo desasosiego de su corazón.

Luego Enrique, como enajenado, comenzó el largo relato de sus proyectos: se casarían en seguida, mañana mismo, y harían un viaje por Italia, por Grecia, donde Rita disfrutaría lo indecible... Y reía, y embromaba á la joven porque se le hacía tan cuesta arriba tutearle y mirarle. Y así pasó el tiempo hasta la hora de retirarse.

—Mañana no podré venir temprano, dijo, porque necesito mucho tiempo para arreglar nuestras cosas; pero creo que conseguiré tenerlo todo listo antes de la noche.

Rita estuvo escuchando como se alejaba Boulanger, hasta que dejó de oir el ruido de sus pasos; luego, cuando los mozos llamaron pidiendo permiso para quitar la mesa, se levantó maquinalmente y se retiró á su cuarto, dándole dos vueltas á la llave.

Cuando se halló sola, cayó de rodillas junto á la cama y oró fervorosamente, pidiéndole á Dios la tranquilidad de su espíritu. Todo aquel cúmulo de circunstancias que la habían llevado, en tan corto tiempo, á semejante situación, le hacían creer que estaba destinada á ser de Enrique, y consideraba esta unión como una fatalidad á que no podía sustraerse; pero prometió al Señor cumplir fielmente sus deberes de esposa, cuidar y fomentar las buenas cualidades de su marido y ser un apoyo y sostén de éste en sus luchas contra el mal.

Alguna vez brotaron de sus ojos las lágrimas; no era aquella la ventura que había soñado Rita; Boulanger no era aquel Cayetano tan tiernamente amado; pero á Cayetano lo había perdido para siempre, y Enrique podía ser el objeto que llenaría, si no su alma, los cuidados de su existencia y al que se consagraría con toda solicitud. La vida de Rita tenía, pues, desde aquel momento, un fin, y esta consideración bastó para aliviar á la joven de sus preocupaciones. Muy consolada por la oración, metióse en la cama, y sólo pudo pegar los ojos cuando ya empezaba á clarear; y tuvo ensueños en que se enredaban en extraña confusión lo pasado con lo presente, pero en todos ellos veía levantarse la figura de Cayetano, que le suplicaba que huyera de Enrique; ella lo intentaba, pero el francés la alcanzaba en seguida, y Rita, sin nadie que la protegiera volvía á caer en su poder, falta de fuerzas; pero de nuevo se libraba de él y proseguía su carrera...

De pronto despertó: habían dado unos golpecitos á la puerta acompañados de un sonoro:

—¡Buenos días, Rita!

La joven, con el natural sobresalto, se incorporó y prestó oído.

—¿Estás mala?, preguntó la voz de fuera. Ya han dado las doce...

—¿Es posible?, exclamó Rita saltando de la cama. Dispénsame un momento.. No he podido dormir hasta la madrugada.

—Dentro de una hora volveré: ¿estarás ya lista, verdad?

Y oyó alejarse á Boulanger rápidamente.

Apenas había la joven concluído su tocado, cuando llamaron por segunda vez: era un dependiente que venía cargado con grandes cajas de cartón.

—Señora, los encargos del «Printemps;» la ropa blanca la traerán dentro de una hora.

Rita no se atrevió á manifestar ignorancia, y sólo asintió con la cabeza. Abrió luego las cajas y quedó *sorprendida* al ver *varios elegantísimos vestidos*, que fué sacando y admirando uno por uno.

—Esto debe de venir equivocado, se dijo volviendo á empaquetar cuidadosamente los magníficos trajes.

Poco después llegó Enrique, el cual, sin hacer caso del camarero, abrazó efusivamente á su futura mientras ésta, azorada, no sabía adónde volver los ojos.

—Tontina, pero ¡si ya eres mi prometida!, exclamó Boulanger riendo y reincidiendo en su primera falta. Y dentro de unas horas mi señora y dueña... Todo el mundo puede enterarse y verlo... ¿He tenido buen gusto en lo que he elegido para mi señora?

—Pero ¿todo eso es para mí?, preguntó la joven mirándole con los ojos muy abiertos.

—Pues ¿para quién iba á ser? ¿No estoy obligado á vestir á mi mujercita?

Y eligiendo uno de los trajes, de sobria y exquisita elegancia, añadió:

—Haz el favor de probarte éste, á ver si te está bien. Y no vale negarse: tienes que complacer á tu futuro...

Rita entró en su gabinete, y al cabo de unos minutos volvió á salir con el traje puesto. Boulanger, entusiasmado, exclamó al verla:

—Estás admirable; ése será, si te gusta, el traje de boda. No quise escoger uno blanco con velo y azahar, porque para unos desposorios tan sencillos como los nuestros, me pareció inoportuno; sin embargo, si lo prefieres voy por él en seguida.

—No, ya está bien así, contestó Rita.

Entonces sacó Enrique del bolsillo un gran estuche y se lo alargó á su novia. Era un aderezo completo de brillantes, á cuya vista se quedó Rita parada.

—Y aquí los dos anillos de alianza, dijo el joven poniendo uno de ellos en el dedo anular de Rita. Dame tú el tuyo, y así será la segunda vez que los cambiamos... Pero fíjate en que yo conservo el tuyo, y tú no tienes el que yo te puse en el salón de la de Campollano, valiéndome de una estratagema...

—Se lo dejé á Luis como recuerdo... Entonces no tenía significado alguno, añadió al observar la frente ceñuda de Boulanger; perdona ..

Enrique dijo entonces á su futura que á la noche vendría el sacerdote que había de desposarlos y le refirió lo mucho que había trabajado para conseguir *de él tan extraordinario favor*.

Pero, si aún no he confesado, ¿cómo voy á recibir el sacramento? ¿Olvidas que es un deber de toda buena cristiana?..

—¡Qué disparate!, exclamó contrariado Boulanger ante aquel inesperado inconveniente. ¿Cómo es posible que después de tanto como me ha costado lograr convencer al bueno del sacerdote, vaya ahora á decirle que vuelva otro día? Mañana acaso puedan en él más los escrúpulos que el deseo de complacernos, y se niegue á casarnos. Además, para comulgar hay que estar en ayunas, y tú ya no lo estás... Cumplirás después ese deber, y acaso entonces te acompañe yo. No te vendrá mal; pues así podrás descargarte de otros pecadillos: de haberme hecho rabiar tanto, por ejemplo.

—No lo creo: pues me he propuesto ser muy buena y complaciente contigo, respondió la joven entre

© Biblioteca Nacional de España

bromas y veras, pero con los ojos tan preñados de lágrimas que Boulanger se sintió hondamente conmovido.

—Bueno, por lo menos me permitirás que vaya á confesar...

Era la primera súplica que le hacía Rita, y el joven no pudo negarle la satisfacción de tan justo deseo, tanto más cuanto él mismo le había concedido toda libertad en este punto. Pero al mismo tiempo temía que Rita fuese á hablar en el confesonario sobre su casamiento secreto, y el sacerdote llegara á destruir la intriga tan hábilmente urdida.

—¿No me lo concederás, Enrique?, dijo Rita echándole por primera vez los brazos al cuello y mirándole fijamente.

—Si me miras de esa manera estoy perdido...; perdido sin remedio: concedo, pero á condición de que no hables al confesor de nuestro matrimonio.

—Pero si el casarse no es pecado, contestó Rita riendo. ¿No sabes que el mismo sacerdote absuelve al confesando y bendice su matrimonio? Pero ya sé el motivo... Temes que me pregunte cómo es que no me acompañas, y que intente demostrarme que debo unirme con un cristiano más observador de los mandamientos de la Iglesia...

—Justamente, contestó Enrique, muy alegre de que Rita hubiera hallado tan excelente salida. Pero no te apures por eso, que bajo tu dirección y con tan buen ejemplo ya me iré enmendando poco á poco.

Después de comer se preparó Rita para salir, y Boulanger la acompañó hasta el coche diciendo:

—Quisiera ir contigo, pero tengo aún muchas cosas entre manos y no había contado con este incidente. No te muevas de la iglesia que yo iré allí á buscarte.

El joven aprovechó el rato para ir á casa de su padre y comunicarle que proyectaba hacer una excursión por Italia. Para el banquero sólo había dos preocupaciones en el mundo: los negocios y su hijo; mas la preocupación por éste consistía, más que nada, en acumular montones de oro, cada día mayores, para que el *chico* no dejara de satisfacer el menor capricho; en cambio, le tasaba avaramente su atención y su tiempo; así es que Enrique rara vez podía hablar y explayarse con el autor de sus días. En aquel momento recorría el banquero impaciente su despacho particular, deseoso de que se alejara su hijo con la buena sangría que le había hecho á la caja; pero éste, sin darse por enterado de las ocupaciones urgentes del padre, dijo:

—Papá, ya es tiempo de que yo también te sirva para algo: ¿no podrías darme la representación de tu casa en algun país extranjero?

Esta petición imprevista causó en el Sr. Boulanger un efecto tan extraño que se quedó mirando á su hijo de hito en hito.

—Yo había entendido que te largabas á Italia en busca de arte y de poesía, cosas que se avienen muy mal con los negocios...

Luego, dando á su mirada una expresión muy significativa, continuó:

—Sin embargo, lo pensaré... No rechazo en absoluto tu proposición. Hace algún tiempo te veo muy variado, y esto me invita á recordarte que el plazo marcado para que disfrutes á tus anchas, no tardará mucho en acabarse: todo tiene su límite... Cecilia está hecha una real moza, y no le desagrada oir hablar del esposo que le he destinado y que, naturalmente, á juzgar por mis descripciones, es un modelo de caballeros y será espejo de maridos.

Enrique frunció ligeramente el ceño y respondió:

—No debieras engañarla de ese modo, ni hacer proyectos. Sobre todo, papá, no me hables ahora de semejante grillete.

—Realizando esos proyectos he concluído la misión de toda mi vida, replicó gravemente el banquero, como si tratara de un negocio cualquiera de su casa. Ya conoces á tu futura, y yo me encargo de que le guardes el debido respeto: para eso te he dejado gozar enteramente de tu libertad de soltero; de modo que aprovecha bien el tiempo que te queda... Ea, y ahora vete, que me llaman.

Enrique se puso en pie y tendió la mano á su padre; pero de pronto, como llevado de otros sentimientos, le echó el joven los brazos al cuello, y le besó varias veces. Luego se alejó rápidamente, sin volver la cabeza. El anciano se quedó como quien ve visiones; no estaba acostumbrado á semejantes explosiones de cariño, y el pobre hombre se quedó mudo de asombro.

Enrique, mientras tanto, subió en dos saltos á la habitación que había ocupado de niño y á la que sólo volvía cuando se imponía la necesidad de descanso, después de la vida desarreglada que llevaba en París. Arrojóse en una butaca y dijo entre sí:

—Cometo la mayor de las infamias con esa infeliz; pero no puedo dejarla, aunque me cueste la salvación eterna. Dos años de felicidad bien valen un crimen, cuando los poetas aseguran que un solo momento venturoso no se paga con toda una vida... ¿Y ahora voy á retroceder, cuando estoy tocando la meta? Antes me pegaría un tiro...

Inquieto y nervioso, comenzó á pasear por la habitación, cuando entró en ella Juan, el viejo ayuda de cámara, á ver si se le ofrecía algo.

—Sólo necesito que me desees un buen viaje, le dijo Boulanger sonriendo forzadamente y dirigiéndose á la puerta; pues hoy se me ha ocurrido dar una vueltecita por Italia.

—No piensa mal el señorito, contestó el viejo Juan.

Y cuando el joven hubo desaparecido añadió entre dientes:

—La que pretenda sujetar y formalizar á mi tarambana ya necesita tener los siete dones del Espíritu Santo... ¡Lástima que sea tan ligero de cascos, porque, por lo demás, es un alma de Dios!..

Enrique, ya en la calle, miró el reloj y vió que faltaba aún media hora para ir á buscar á Rita.

—Iré á ver si Paco lo tiene todo listo, pensó, y echó andar calle arriba.

XIV

Boulanger hubo de subir muchas escaleras hasta llegar al pisito cuarto que ocupaba su amigo, y en el cual todo era desorden y abandono.

Sobre la mesa, confundidos con los restos del almuerzo, había un maremágnum de papeles y libros, botes de pomadas y afeites. En un cuarto oscurísimo, contiguo al primero, se hallaba Paco.

—Pero criatura, ¿cómo puedes respirar en esta atmósfera?, exclamó Enrique horrorizado.

—Este es el templo del arte, á cuyas alturas se retiran las musas huyendo del polvo y del gentío de la calle...

—Bueno, bueno; sal pronto de esa caverna y dime si has estudiado bien tu papel y tienes dispuesta la ropa necesaria.

—Eso pronto lo verás... Mira, hasta te he sacrificado mi hermosa barba... Ya puedes tenerlo bien presente, protector excelso de artistas infortunados.

Diciendo esto, salió de la tenebrosa alcoba un sacerdote, que, con paso lento y grave, y rostro que respiraba benignidad é indulgencia, se fué acercando á Enrique.

No le faltaba ningún detalle: aquel apacible ministro del Señor tenía el cabello encanecido, y dos grandes arrugas surcaban su frente; en la cabeza llevaba un solideo tan raído como la sotana que cubría su respetable humanidad.

—¡Admirable!, exclamó Boulanger al verle. Yo mismo no te conocería... Un artista como tú es digno de mejor suerte.

—Estamos conformes; pero parece que el arte y el dinero andan á la greña; nunca los he visto juntos... Ya sabes que la república de las Artes carece de financieros que sepan sujetar el oro cuando á éste se le ocurre visitarla; y que los artistas dramáticos, acostumbrados á los papeles de príncipes y potentados, se creen príncipes de veras en la vida real, y con esto dan fin al vil metal antes de mediar el mes. «Las sombras de la escasez vienen entonces á obscurecer el sol esplendoroso del arte,» que dijo el poeta... Pero dejémonos de miserias y explícame cómo es posible que un calaverón victorioso como tú tenga que recurrir á medios tan extraordinarios para lograr lo que quiere, cuando todas las bellas bailan de coronilla por sus pedazos... Verdad es que de algún tiempo á esta parte, son muchas las quejas confidenciales que he recibido de varias hermosuras que ahora privan, y he observado, en efecto, que estás muy retraído. Hace un siglo que no te veo por ninguno de los sitios que frecuentábamos...

—Y será difícil que me vuelvas á ver en ellos; porque quiero á esa muchacha más que á las niñas de mis ojos.

—Ya me lo has dicho mil veces y casi te voy creyendo..., pero ¿será verdad? Juras que la quieres y que vas á cambiar de vida; y, sin embargo, no titubeas en hacer con ella esa bribonada... ¡Es muy particular ese amor tuyo! En comparación con esta hazaña, todos tus líos anteriores son tortas y pan pintado... Mira, varias veces he estado ya decidido á que busques otro que te ayude, añadió el cómico justamente indignado. Si tanto la quieres, ¿por qué no te casas como es debido?

—¡Ojalá pudiera!, respondió Enrique pensativo. No hay sacerdote que se preste á ello; los he visto á todos, uno por uno, y se han negado en redondo... Además, ¿cuántas veces voy á repetirte que estoy comprometido con la condesita Cecilia? Cierto es que aún tengo dos años por delante, y en ese tiempo el mundo da muchas vueltas; por tanto ese compromiso no me preocupa mucho; pero los curas, los curas... Cada día tiene su tormento, como dice el salmista...

Enrique calló, como distraído, y luego continuó:

—Bueno, si te niegas á ayudarme, no faltará quien lo haga, aunque no sea tan reservado y discreto como tú. Hace tres años que pretendo á esa muchacha, y ahora no voy á perderla por un escrúpulo tuyo... Anda, anda, vente conmigo; pues si te dejo solo te va á venir otro arrechucho de conciencia...

Paco vaciló aún é insistió; pero viendo que todas sus negativas eran inútiles y hasta contraproducentes, y que no estaba en su mano torcer la voluntad de Enrique ni variar la suerte de aquella mujer, preparó lo necesario y salió con su amigo. Asombrado el actor porque el coche se paraba ante la puerta de una iglesia, le dijo Boulanger:

—Aquí tengo que recoger á mi mujercita, que por culpa tuya lleva rezando media hora más de lo convenido. Si deseas verla, espérate aquí; pues saldré con ella y tomaremos otro carruaje.

—¡Diablo!, exclamó Paco riendo cuando se vió solo. Ya se ve que lo va educando... ¡Quién sabe si al fin conseguirá hacerle formal! La verdad es que á pesar de su cabeza de chorlito, Enrique tiene buen fondo...

Lleno de curiosidad se puso en observación por ver á aquella mujer extraordinaria, capaz de obrar tan estupendo milagro, y si no hubiera supuesto que no tardarían en salir, habría entrado él también en la iglesia, cuya puerta no había traspasado hacía un siglo.

—Por lo visto le obliga á rezar con ella, murmuró impaciente.

En aquel momento salían los novios: hacían, en efecto, una hermosa pareja. Paco no había gozado nunca de un espectáculo tan interesante y extraño como el que le ofrecía la actitud respetuosa de Enrique ante aquella bellísima muchacha. Conmovido el artista y lleno de remordimientos dijo para sí:

—¡Pobrecilla! Otra suerte te mereces... Pero ¡quién sabe! Todo puede acabar mejor de lo que uno se figura.

Un cuarto de hora después el camarero anunciaba á Enrique la visita del señor cura.

—¿Quieres que te lo presente en seguida, preguntó Boulanger muy solícito á su futura, ó prefieres no verle hasta la ceremonia?

—Sí, después, contestó la joven.

—Pues anda á vestirte y ponte muy guapa... El señor cura esperará en el saloncito hasta que termines.

Y diciendo esto abrió una puertecilla de escape por donde hizo pasar á Rita á su alcoba, y que ella no sabía que existiera.

La joven oyó que el cura y Boulanger sostenían una conversación muy animada, aunque no pudo distinguir lo que hablaban. Paco empleaba por última vez toda su elocuencia en disuadir á Enrique de que consumase aquella farsa, y hasta los oídos de Rita llegaron algunas palabras sueltas que la obligaron á escuchar anhelante.

El cura levantaba la voz diciendo, como indignado:

—Pero ¿has pensado bien en las consecuencias?

—Sí, he pensado en todo, decía Boulanger con voz clara y terminante, y toda reflexión se destruye ante el amor apasionado que me inspira; puedes creer y decir lo que te parezca: sólo exijo que cumplas la promesa que me has hecho. Lo que pueda ocurrirnos después nos atañe exclusivamente á mí y á ella; pero te juro que la haré todo lo feliz que pueda...

Ambos quedaron silenciosos, y Rita, más tranquila, continuó su tocado: púsose el magnífico traje de seda que le gustaba á Enrique y se prendió en los cabellos, en el pecho y en la cintura el azahar, que sacó del hermoso ramo que la había traído su futuro. Unos segundos después llamaba éste á la puerta:

—¿Estás ya, Rita? ¿Puedo entrar?

Paco creyó caerse de espaldas al ver la delicadeza y discreción del osado calavera, á quien nunca pudo imaginar tan rendido.

Boulanger se apresuró á encender dos cirios que había delante de un gran cuadro que representaba una Virgen de Murillo y con el cual había simulado una especie de altar; luego colocó delante dos cojines y entró á buscar á Rita, que, muy conmovida, acercóse con los ojos bajos y blanca como la cera. Paco pudo excusarse de ser tan hábil actor como era; aunque, á decir verdad, nunca hizo tan mal su papel como en aquella ocasión: varias veces se quedó parado, y no pocas se le trabó la lengua y permaneció mudo como un muerto. Entre risas y bromas había tomado á su cargo la empresa, y la concluía con el corazón inquieto y los ojos preñados de lágrimas... ¡Qué extraño! Por primera vez, después de muchos años de olvido y de indiferencia, volvía á rezar con verdadero fervor, espoleado por los remordimientos.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

Los novios cambiaron los anillos, y con la bendición del sacerdote dióse fin á la ceremonia.

—Aquí te presento á mi mujer, y ahora dime con franqueza si no he hecho bien en no pararme en pelillos y en pasar por todo para conseguirla... ¿No merece disculpa que haya suprimido algunas formalidades por adelantar esta unión?

—Señora, reciba usted mi cordial enhorabuena... ¡Ojalá mis buenos deseos puedan alejar de usted todo pesar, y Dios quiera que conserve usted de esta hora un recuerdo grato y venturoso!

—Gracias, contestó Rita ingenuamente. Espero que su bendición y sus oraciones nos acompañen toda la vida.

Paco hubo de volverse, por no poder soportar la mirada leal é inocente de los grandes ojos de Rita, y dijo á su amigo con la mayor sinceridad:

—Enrique, respeta á tu esposa y estímala en todo lo que vale: que sea tu mejor y más preciado tesoro, mil veces superior á todas las riquezas y placeres del mundo...

—Pregúntale á ella misma lo que me ha costado lograrla, y ya tienes la más adecuada respuesta que puedo darte.

—Mejor será que no pongamos á discusión este punto, dijo sonriendo la novia; desde hoy no hemos de mirar hacia atrás: lo pasado se acabó para nosotros, y ahora nos toca emplear bien lo presente, pues en él hemos de fundar todo lo porvenir.

—Voy á encargar que nos sirvan la cena en tu salita, que es más propia para solemnizar el día. Mientras tanto vuelve á ponerlo todo en orden y dale un poco de conversación á nuestro amigo.

Rita se quitó el ramito de azahar de los cabellos, apagó los cirios, llevó los cojines á su sitio y lo dejó todo como antes de la ceremonia.

Mientras los mozos preparaban la mesa, rogó Boulanger á su mujer que cantara una de las canciones de su tierra.

—El señor cura, agregó, es un artista de corazón y un gran aficionado á la música, y también nos distraerá cantando alguna pieza de su repertorio.

—Bueno, pues cantemos juntos los himnos á María, que cantábamos en Alameda y que son los que realmente nos han unido.

—Sí, sí; ya entonces te ofrecí mi corazón y no quisiste aceptarlo.

—Es que entonces no conocía todo su valor; contestó graciosamente la joven, desde hoy trataré de apreciarlo mejor.

Paco quiso decir algo; pero Boulanger le tapó la boca diciendo:

—¡Silencio, amigo, por Dios! No saques mis trapos á relucir, porque Rita es capaz de echarme á mí y á mi corazón del lugar conquistado con tantos afanes... No creas que aún estoy muy seguro..

Los recién casados acercáronse al piano y se pusieron á cantar, y el reverendo D. Francisco escuchó extasiado todo el tiempo, hasta que anunciaron que la mesa estaba lista. Pero no pasaron á la sala sin que también el señor cura cantara (y lo hizo magistralmente), una linda canción.

No hay para qué decir que la cena fué de lo más exquisito, y que se pasó muy agradablemente: Rita oyó asombrada cómo el señor cura hablaba con gran tino sobre literatura y arte y otra infinidad de cosas ajenas á su ministerio: no esperaba hallar en él un hombre de mundo, tan sociable y entretenido.

Cuando Paco se despidió, Enrique fué con él hasta la puerta de la calle, y, estrechándole efusivamente ambas manos, le dijo:

—Gracias, querido Paco... Nunca olvidaré este favor. Cuando llegues á tu casa ten mucho cuidado al arreglar la mesa: no te olvides de lo que te digo...

El actor le contestó gravemente:

—Si al lado de esa mujer no te haces un hombre digno, te juro que no valdrías ni la pólvora que se empleara en pegarte un pistoletazo. Me has inducido á cometer una acción á que no me hubiera prestado nunca si llego á conocer antes á la muchacha. Si no la haces feliz, ándate con cuidado, porque yo me encargaré de que te lleves tu merecido.

Y de un salto se metió en el carruaje.

Boulanger corrió en busca de Rita, que se hallaba arrodillada ante el cuadro de la Virgen. Su aspecto estaba muy distante de ser el de una recién casada: la joven tenía puestos los ojos, con expresión de terror y de angustia, en el dulce rostro de la madre del Señor. ¿Sentía ya pesar por lo que había hecho? En realidad lo ignoraba ella misma; pero todo aquello

De pronto se sintió sujeta por dos brazos vigorosos, que rodearon su cuerpo ya casi exánime

© Biblioteca Nacional de España

¡era tan diferente de lo que había soñado!.. ¿Por qué veía en aquel momento, sin poderlo borrar de su imaginación, el rostro severo de Cayetano, y oía sus desesperadas recriminaciones?..

Boulanger se quedó en la puerta contemplándola extasiado. Luego acercóse á ella y la levantó.

—*En todas las situaciones de la vida es idealmente* hermosa, y ahora es mía .., se dijo temblando de gozo, mientras la llevaba suave, pero decididamente al sofá.

XV

Paco regresó á su cuartucho muy descontento consigo mismo, y furiosamente se arrancó del cuerpo la sotana.

—Ha sido una farsa indigna y miserable, y permitiéndola he demostrado que soy un hombre sin entrañas... ¡Pobrecilla! Confió en mí llena de ingenuidad y de candor... Pues juro, á fe de Paco, que no ha de resultar engañada... Esta es la primera mala acción que he cometido en mi vida, y será la última. Esa muchacha me ha despertado no sé qué aquí dentro, y desde hoy se acabó esta vida de bohemio...

Recordó el encargo de Enrique y empezó á revolver entre el desbarajuste de su mesa. Debajo de un rimero de papeles halló un sobre cerrado, que estaba lleno de billetes de banco.

—Este dinero de Judas no lo emplearé en mi persona; pero me servirá para enjugar muchas lágrimas.

Y sin pensarlo más salió de la habitación, atravesó el descansillo de la escalera y llamó en el piso de enfrente. Una joven pálida le abrió la puerta y le hizo pasar á una salita, limpia y alegre, con cortinas como la nieve, algunas macetas en flor, y unos cuantos muebles viejos y destartalados. En el fondo había una gran cama con colgaduras, en la que descansaba una anciana enferma.

—¿Desea usted alguna cosa, vecino?, preguntó la joven acercándole una silla.

—Sí, tengo que pedirle á usted un favor, si no le causo demasiada molestia, pues ya veo que tiene usted ahí un montón de trabajo ..

Y señaló una silla y la máquina de coser, sobre las que había dos montes de ropa blanca.

—Eso no importa: los vecinos tenemos que ayudarnos mutuamente. Usted también se molesta bastante por nosotras...

—Bueno, pues sólo quería rogarle que se encargara usted de arreglarme un poco la habitación. Un amigo me ha hecho comprender hoy que una persona decente no puede vivir del modo que yo vivo. Tiene mucha razón, pero, ¿qué voy á hacer sin una mano de mujer que se interese por mis cosas? Se me ha *ocurrido que usted podría hacerme ese favor...* Le pago seis meses por adelantado, y creo que aún resultaría mejor para todos si usted pudiera casarse con su pretendiente, el tenedor de libros... No, no se asombre... Mire, yo me ofrezco gustoso á ser el padrino; su mamá de usted se pondría mejor, y todos saldríamos ganando... ¿Qué le parece? ¿Que sí, verdad?

Y sin escuchar las palabras de gratitud de la joven ni las de oposición de la madre, salió escapado diciendo que ahora no podía detenerse: que luego hablarían.. Y les dejó la llave de su cuarto.

En el teatro fué recibido con palmas y vítores; pues era uno de los actores más estimados y aplaudidos del público. Las bromas que le daban sus compañeros preguntándole á qué Dalila había sacrificado su hermosa barba, que constituía su mayor orgullo y más preciado adorno, no hicieron mella alguna en él. También rechazó cortés pero decididamente la invitación á cenar, que le hicieron los compañeros al concluirse la función, diciendo que ya estaba convidado.

Al llegar á su cuartito lo halló enteramente transformado, y con un aspecto tan agradable como nunca... Los vecinos le suplicaron que cenara con ellos.

—Una buena obra le llena á uno de satisfacción; ésa es la verdad, se dijo Paco al ver los rostros alegres que le rodeaban, sobre todo el del novio, que no cesaba de estrecharle la mano diciendo que con aquel anticipo le había dado medios de realizar todos sus planes, pues podía dar la fianza exigida y obtener el puesto que anhelaba. El artista sentíase como chiquillo con zapatos nuevos. El primero de sus planes le *complacía*; el segundo necesitaba más tiempo, pero también acabaría por realizarlo.

***

Boulanger no tenía más afán que ver feliz á su mujer: se desvivía por adivinar sus deseos, por regalarla y mimarla. Nada le resultaba costoso ni difícil con tal de ver sonreir aquel rostro adorado. Rita se esforzaba á su vez por mostrarse cariñosa y agradecida, pero Enrique comprendía que se violentaba y por lo mismo no se atrevía á entregarle una carta que hacía días llevaba en su cartera. Un día, por fin se decidió y dijo á su mujer:

—*Rita, guardo algo que es tuyo, pero que por* egoísmo he retenido en mi poder hasta ahora: ¿qué me darás á cambio de la entrega?

—Nada, contestó seriamente la joven, pues eso sería recompensar una falta.

Boulanger le dió entonces la carta, que ella tomó silenciosamente. Trató de alejarse para leerla á sus anchas; pero su marido la retuvo diciendo:

—Te quito la mitad de la epístola, si no me dejas ver lo que dice...

La joven leyó:

«Querida, encantadora Rita: En realidad no mereces semejantes epítetos; pues no eres nada de lo que significan. Todos, sin excepción, estamos enfadados contigo. ¿Por qué nos enteras así de tu marcha á París? ¿Por qué no volviste al pueblo en cuanto te viste sin colocación? Puedes creer que ese repentino viaje nos ha costado más lágrimas que cuando saliste de Alameda. Yo estaba tan desesperada que Carlos hubo de volverme á la razón con un fuerte rapapolvo. Ya sé que París está relativamente cerca, á medio camino de mi tierra, y con un marido cariñoso al lado, no hay distancia que me espante; pero tú, joven, inocente y sin experiencia ¿te atreves á tender el vuelo á un país extraño con una señora desconocida, sin avisar ni consultar con nadie? Vuelve inmediatamente al pueblo, Rita querida; tu estancia en París me inquieta y disgusta como si fuera á ocurrirte algo de que sólo pueda salvarte una pronta huída. Si no tienes dinero suficiente para el viaje avísanos y te mandaremos un cheque. La tía Juana está muy necesitada de tu ayuda; pero aún más lo estoy yo, porque en la próxima primavera espera Carlitos una hermanita. Te doy todos estos detalles para que te convenzas de la falta que nos haces. Cayetano ha salido con su esposa para el Cairo, en donde Dios quiera que la pobre Silvia recobre la salud y las fuerzas. La pequeña Rita se ha quedado con la abuela, y ambas me hacen mucha compañía. La niña es una preciosidad y ya la he elegido para nuera. Tus padres están bien; el Sr. Gontrán sigue como siempre, y doña Rosa, tranquila y contenta, vive dedicada exclusivamente á su cuidado. Te interesará saber que la cocinera, la vieja Florentina, se va á casar con el criado Juan, mozo de diez y ocho abriles, el burro de carga de todos. Indudablemente se ha enamorado de la boina roja del muchacho; él al casarse cuenta con tener la comida segura en nuestra casa y con las ganancias de la numerosa prole de su futura, que ésta tiene tan *bien colocada, mendigando por esas calles de Dios.* Míster James se cayó un día del caballo, y en tan crítico instante le ayudó mucho á medir la tierra su propio y famoso invento. Él asegura que no tiene más que una ligera contusión en un brazo, pero yo sé que cayó de cabeza, y que el golpe debió de hacerle algo más de lo que dice; pues desde la caída no quiere trato con nadie y se deja crecer el pelo y la barba... Ahora le da por dormir de día y velar de noche, acompañado de toda su servidumbre, hasta del borrego azul. Contéstame á vuelta de correo, dándome tus señas bien detalladas, y dime cuándo puede esperarte tu amiga *Elsa.*»

Emilia, Carlos y Alfonso añadían una orden autoritaria por la cual debía Rita anunciar telegráficamente su regreso al pueblo, antes de que hubiera transcurrido el plazo de veinticuatro horas. Alfonso se ofrecía incluso hasta para ir á buscarla al mismo París si la asustaba el viaje.

Rita había terminado hacía rato la lectura y aún seguía con la vista clavada en el papel. ¿Qué habría hecho si la carta hubiera llegado oportunamente á sus manos? Boulanger leyó en el pensamiento de la joven y exclamó en tono burlón:

—¡Has llegado tarde, doña Elsa! Anduve yo más listo que tú...

En el momento comprendió el peligro que le amenazaba, y disgustado añadió:

—Ve, ve á ser enfermera y niñera; y, una vez muerta Silvia, á consolar á tu antiguo novio... Debe de ser conmovedor y sublime el educar los hijos de una rival...

Las lágrimas se secaron como por ensalmo en los ojos de Rita, y su rostro tomó una marcada expresión de desdén. Libróse como pudo de los brazos de su marido y se encerró en su cuarto. Enrique no debía ver ni saber la lucha que había provocado en su alma aquella carta, tanto tiempo esperada. Rita hubiera querido gritar, prorrumpir en lloros que le desahogaran el pecho, y apenas si podía respirar... Boulanger la había ofendido, la había engañado, llevado de un sentimiento egoísta: ahora veía con toda claridad que aquella carta la habría hecho regresar inmediatamente á Alameda, y él había aprovechado bien su abandono, su desamparo y su pobreza... Ya era tarde: ¡qué inmensa cantidad de dolor y de remordimiento suelen encerrar esas dos palabras! No hay lagrimas, ni *desesperación, ni fuerza que pueda borrar ese fatídico: ¡es tarde!*, final de todos los dramas de la vida, y que excluye toda esperanza, todo remedio. Rita sentíase airada contra su marido y contra sí misma; pero determinó, impulsada por su propia amargura, romper de una vez con lo pasado y con todos los sentimientos que le unían á *él.* Asistiría á bailes, conciertos y teatros; tomaría parte en todas las diversiones que se le presentaran: todo menos pensar ni sentir, y de este modo sería una digna pareja de Boulanger. Sólo daría un último adiós á Elsa, y acabaría con todos para siempre.

Rápidamente sacó una carpeta y comenzó á escribir con mano temblorosa:

«Mi querida Elsa: En este momento me entrega Enrique tu carta, que por un descuido llevaba hacía días olvidada en el bolsillo. Para que veas si obra con lealtad, te diré que me ha confesado francamente su falta. Desgraciadamente—esta palabra no debiera figurar en la carta, pero ya que está escrita, no la tacho;—no puedo aceptar tu cariñosa invitación, porque hace ocho días que me casé en secreto con Enrique... Supongo que no tomarás á mal que un recién casado niegue su consentimiento para semejante separación; pues ésta sería la censura más triste y bochornosa que podría hacer, tanto de sí mismo como de su mujer. No llores, querida Elsa, al leer estas líneas, y piensa que nadie puede escapar á su sino. Ya sé que no me despreciarás tampoco, pues puedo llevar tan alta y serena la frente como cuando me conociste. No nos ha unido falta alguna. Tampoco quiero que me compadezcas; pues hay aquí millares de mujeres hermosas que envidian mi suerte: en efecto, véome rodeada de lujo y arrastrada por un torbellino de placeres. Seguiré mandando puntualmente la mensualidad á mis pobres padres, y sólo te pido una cosa, y te la pido con todo el fervor de mi alma: que guardes el secreto de mi matrimonio; no lo reveles á nadie, ni á *él.* Sólo tu marido, Emilia y Alfonso pueden saberlo, pues no quiero que entre vosotros haya secretos. Para el resto del pueblo, como para *él*, *seré la Rita de siempre. No me olvidéis y guardad* el mismo cariño á vuestra invariable *Rita.*»

«*P. S.* Pensamos salir un día de estos para Italia, por lo cual no puedo darte mis señas. Mil besos á los niños á quienes desearía acariciar y estrechar entre mis brazos.»

La anhelada carta de Rita cayó como una bomba entre los pacíficos moradores de Alameda; más que *carta, parecía un enorme borrón de tinta;* pues todo aquello resultaba indescifrable. Carlos, después de leerla, no cesaba de repetir:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!..

Alfonso gruñía:

—¡El maldito francés, que Dios confunda! Sería capaz de disecarle tan guapamente... ¡Sabe Dios las tretas de que se habrá valido para engañar á nuestra cándida lugareña, las situaciones difíciles en que la habrá puesto para luego darla de generoso protector de la inocencia desvalida! Capaz le creo de haber interceptado nuestra correspondencia. ¡Si lo sabe mi alma, cojo el tren y arranco nuestra paloma de las garras de ese maldito gavilán! Pero ya no hay remedio... ¡Por vida del..

Y acabó con un terno redondo, que hizo retemblar hasta las paredes.

—Claro está, añadió el buen doctor después de dar unas vueltas por la habitación, que debemos guardar el secreto que nos exige Rita... ¡Ojalá el bodorrio resultara una farsa á la francesa! Casi lo desearía...

—¡Alfonso, por el amor de Dios, no digas semejantes disparates!, exclamó Emilia, santiguándose asustada.

—Pues yo creo al francesito capaz de eso y de mucho más, insistió Alfonso, y te advierto, que aun sería mejor ese engaño que una vida de martirio.

—¿Sabe mi señor esposo que esas ideas son de lo más infame del mundo, dijo con verdadero enojo Emilia, y que no sé cómo se atreve á expresarlas delante de su mujer? ¿De modo que, según tú, Rita sólo sería entonces la amante de un bribón?..

Alfonso se encogió de hombros y contestó:

—No, señora; sólo resultaría una desgraciada víctima, y por eso no dejaría yo de estimarla y respetarla como antes.

—¡Luego dicen, exclamó sollozando Elsa, que en este siglo de las luces no debe hacerse caso de presentimientos y supersticiones! Desde ahora creo en todo.. Cuando hace unos días se me cayó la aceitera

© Biblioteca Nacional de España

al suelo, me dijo la cocinera: «Señorita, eso no es torpeza; eso trae disgustos...»

—Y yo hace noches que sólo sueño con caballos desbocados y mucha agua..., agregó Emilia con rabia. ¡Ya veis si resultan verdad los sueños! Los moros tienen razón en creer en la fatalidad. Cayetano presintió, desde que vió al francés, que éste había de ser la desgracia de Rita, y ella misma dice que nadie escapa á su sino.

A estas palabras siguió una nueva explosión de lágrimas de ambas amigas que hizo exclamar á Carlos:

—¡Ea, esto ya pasa de la raya! Tanta culpa tiene de su suerte Rita, como Cayetano. ¿Por qué no le habló ella con franqueza respecto de la herencia, y por qué se comprometió él á casarse sin cariño? Ambos pecaron por no tener la confianza que debían. Elsa, ¿verdad que tú y yo no hubiéramos hecho lo mismo? Aun sin ser dueños de semejante fortuna, hubieran sido felices, y así resulta, tanto una boda como otra, un matrimonio de retazos, una chapucería... Pero eso no quita para que si, por ambas partes, existe el deseo formal y la energía necesaria, acaben por ser felices.

En aquel momento interrumpió el conciliábulo de los dos matrimonios, la llegada de doña Juana, que preguntó con interés:

—¿Has tenido carta Elsa? ¿Cuándo llega Rita?

—Desgraciadamente no vendrá, contestó la alemanita, pues se ha comprometido por contrato á estar dos años en una nueva casa de París.

—¿Qué importa eso?, contestó la aristócrata. Se le devuelve á esa gente el dinero anticipado, y se rescinde el contrato.

—Ya lo ha intentado Rita, pero no se aviene la casa, contestó Emilia, siempre oportuna.

Y con esto se dió por terminada la cuestión.

XVI

Rita había ya escrito la contestación inspirada por la fiebre del enojo, cuando Enrique, harto de esperar, entró en la habitación. Ella entonces metió el pliego en un sobre para cerrarle, pero su esposo le dijo:

—¿No me permites leer tu respuesta?

Rita le alargó la carta silenciosamente, y él la leyó y se la devolvió sin decir una palabra.

—¿Hay en ella alguna cosa que te desagrade? Lo variaré.

—Nada; si tú misma no lo sientes ni lo comprendes...

—Entonces, sale como está; y la joven puso la carta en el sobre, cerró éste y se la entregó á Boulanger para que la echara al correo. Luego sentóse á bordar con un ahinco é interés como si con la labor fuera á ganarse el sustento. Pasó una hora larga, sin que entre ambos esposos se cruzara la menor palabra. Enrique, lleno de rabia y de celos, se mordía los labios hasta hacerse sangre; aquel anónimo él de la carta de Rita le enfurecía más que todo lo que la joven daba á entender entre líneas. Por último Boulanger, impaciente, preguntó en tono irónico:

—¿Adónde quieres que vayamos esta noche? Necesito que me des tus órdenes, para que, por lo menos, no pierda el único mérito que tengo á tus ojos; el de proporcionarte distracciones y placeres... Está visto que el amor que te tengo no vale nada para ti. Dime, pues, la hora en que he de venir á buscarte; y tú, mientras tanto, tienes tiempo de escribir un nuevo cartapacio de confidencias á Emilia, que te prometo no leer; pues te aseguro que el primero me ha servido de ducha...

—¿Y tú adónde vas?, preguntó Rita al verle dispuesto á salir. Ya es hora de comer.

—¿Es posible que te interese el lugar de mis esparcimientos?

—Es que no me gusta comer sola, Enrique.

—Claro está, como que los camareros se enterarían entonces de nuestro disgustillo... ¡Siempre esa ridícula preocupación por la opinión ajena!

Luego acercándose á ella y haciéndole levantar la cabeza añadió:

—Rita, no me han arredrado los medios por conseguirte á ti y lograr tu cariño, y la magnitud del mío me da derecho á tu perdón...

Y al ver que Rita no decía nada, continuó:

—Eso piénsalo bien. A las nueve vendré con el coche á recogerte.

—¿A dónde vas?, preguntó la joven nuevamente.

—Pues ya que te empeñas, te lo diré: voy á bajar de las heladas cumbres de tu virtud á la llanura del pecado, donde para amar y gozar no me pregunten de dónde vengo ni adónde voy. Acaso halle una mano amiga que me brinde la copa del olvido, hasta que llegue el momento de llevar á la ópera á mi excelsa esposa.

Rita sostuvo una lucha interior violenta: las amargas é irónicas quejas de su esposo la herían cruelmente, pero también veíale desgraciado, y con esto se hallaba bien vengada. La joven hubo de confesarse que ahora era ella la injusta, y el ángel bueno triunfó: así, dejando el bastidor, acercóse afectuosamente á su marido y le dijo:

—No te vayas, Enrique... Me has hecho mucho daño; me has humillado y tratado como si no fuera tu mujer legítima, y dominada por esta impresión escribí la carta que tanto te ha molestado. Escribiré otra á Emilia que te resarcirá de la anterior y que te daré á leer muy gustosa...

Luego le quitó los guantes y volvió á colocar el sombrero en su sitio. Enrique la dejó hacer y acabó por decir:

—Ya ves con qué poco me conformo: basta que me digas unas palabras afectuosas y que me mires sonriente, para hacerme feliz.

—¿Te he dado motivo alguno de queja?, preguntó Rita, mirándole compasivamente, y sin rechazar, como antes, sus caricias.

Luego pasó sus manos por el cabello ensortijado de Enrique, dando al traste con la obra esmerada del peluquero.

—Sí y no, contestó Boulanger emocionado, pero te perdono con tal que me quieras un poco y no me hagas sentir siempre que sólo el deber y una promesa precipitada, te unen á mí. Tú te consideras ya como una víctima de la fatalidad, y yo no soy tan egoísta y tan malvado para que eso no me llene de tristeza. Con el tiempo los remordimientos de haber causado tu desgracia acabarían por alejarme de ti...

Era la primera expansión confidencial que tenían marido y mujer, y ella sola bastó para aproximarlos y estrechar su intimidad. Rita se enterneció ante el caudal de amor que descubría en Enrique, y le prometió consagrarse exclusivamente á él y á su felicidad. La gratitud inmensa que vió resplandecer en los ojos de Enrique la impulsó á avanzar más en el camino que se había trazado, y por primera vez le besó espontáneamente y con verdadera ternura, diciéndole:

—Confía en lo porvenir, Enrique mío; los dos debemos hacer todo lo posible para dar una base firme á nuestra ventura ayudándonos y sosteniéndonos mutuamente.

Aquellas dulcísimas palabras: «Confía en lo porvenir,» atravesaron el corazón de Enrique como una hoja acerada. ¿Qué iba él á esperar de lo porvenir, después de lo que había hecho? Asustada vió Rita que una lágrima caía de los ojos de su marido, y fué á perderse en su barba de ébano.

—¿Tan mala he sido contigo?, preguntó echándole los brazos al cuello, y apoyando el rostro lloroso de Enrique sobre su pecho.

—Tú, no; yo, sólo yo, gimió el desventurado.

—Y ¿no puedo aliviarte en nada? Enrique mío, dime qué pena tienes; yo debo saberlo...

—Demasiado pronto lo sabrás, pobrecilla mía, contestó Enrique con voz temblorosa. Primero he de conquistarme un lugar seguro dentro de tu corazón; y para lograrlo necesito hacer y trabajar mucho. Por lo pronto sólo te suplico que me perdones todo el mal que te he hecho... Di, ¿me perdonas? ¿Me perdonarías hasta lo más grave, hasta una infamia?..

—Sí, sí; todo te lo perdono por malo que sea, contestó Rita sonriendo, pero con los ojos húmedos.

Boulanger respiró como quien siente una bocanada de aire puro después de estar medio asfixiado en una atmósfera mefítica, é iba á decir algo cuando llamó un criado para decirles que la sopa estaba en la mesa. Cogidos del brazo pasaron los esposos al comedor, y Rita, para completar la reconciliación, despidió al camarero y sirvió á su marido con sus propias manos. Luego, cuando hubieron concluído, le alargó el sombrero y los guantes para que saliera de paseo; mas Enrique se negó resueltamente á dejarla sola, aunque su mujer le prometió escribir sobre él todo un himno de alabanzas á Emilia.

—Nunca me ha importado la opinión ajena, pero ahora me interesa mucho la tuya. ¿No te gustaría vivir conmigo en una casita modesta como Elsa y Carlos? Una vida así debe de ser deliciosa...

Como un relámpago pasó por el pensamiento de Rita que sí, que debía de ser deliciosa cuando va acompañada del amor..., pero instantáneamente desapareció la idea, empujada por otra más generosa: la de que era preciso no hacer las cosas á medias, sino cumplir como buena los propósitos que había formado.

—No quiero que sufras la menor privación, Enrique mío. Hoy pasaremos el día en Versalles y allí proyectaremos nuestro viaje á Italia. Bajo aquel cielo azul hallaré mi paraíso; en París dejo enterrado todo mi pasado.

En los magníficos parques del Real Sitio refirió Enrique á su esposa su triste infancia, privada del calor maternal y con un padre exclusivamente dedicado á los negocios, que le había dado el oro á manos llenas; pero que no había sabido llenar el vacío que hubiera ocupado la madre muerta; también le habló de la novia que estaban educando en el convento para él; de sus grandes extravíos y ligerezas, de sus torpes amoríos, que le habían enseñado á despreciar á la mujer como una mercancía, hasta que en ella encontró todo lo que había soñado.. Sólo una cosa le ocultó á su mujer: la farsa del casamiento. Sabía que entonces le abandonaría inmediatamente y le aborrecería y despreciaría sin remedio, y á él no le quedaría más recurso que pegarse un tiro. ¡Ahora que todo le sonreía y se había propuesto ser un hombre distinto, mudar de vida! Mientras hacía á Rita sus confesiones, observaba de reojo la impresión que causaban en ella, para saber si debía continuar siendo sincero. Engañado por la actitud serena y apacible de Rita, le reveló que él había despertado los celos feroces de la vanidosa condesa, contribuyendo así á que ésta despidiera á la hermosa institutriz, y al ver que por el rostro de su esposa pasaba una oleada de indignación, agregó muy contrito:

—Pero esto es disculpable, Rita: pues observé que el conde te quería; que éramos rivales, y que tú no lo sospechabas siquiera. Entonces recurrí á Elena...

Rita, muda de espanto, seguía con toda su alma aquella cadena de intrigas y de infamias. ¿Debía mostrarle en aquel momento el asco y el odio que le inspiraba una conducta tan desleal y tan cruel? ¡Cuánto daño le había hecho! ¡Cuántos pesares le había producido! ¡Cómo había sabido aislarla de todos para explotar luego su desamparo! Después de una larga pausa preguntó.

—¿Me lo has confesado todo?

—No exijas más por hoy... Cuando, con el tiempo, me quieras tanto que te sea imposible abandonarme, acaso acabe por decirte lo que falta...

Rita dudó de que pudiera llegar nunca semejante hora. ¿Lograría perdonar y olvidar después de haber echado una mirada en aquel abismo de ruindades? Sin embargo, deseosa de allanarle el camino para la última revelación, le preguntó:

—¿Hay, acaso, otra mujer que tenga sobre tu persona derechos anteriores á los míos? ¿Tienes otros deberes, quizás sagrados, que no has sabido cumplir? Dímelo que yo te ayudaré á cumplirlos...

—Eres un ángel, Rita mía, y los ángeles no abandonan á los malvados mientras haya en ellos un germen minúsculo del bien. Ese es todo mi consuelo... Pero no hablemos ya más de lo pasado. A nadie debo nada sino á ti, querida mujercita mía, á quien he faltado mucho, y esta convicción es la que pesa sobre mí como una plancha de plomo. Ayúdame á ser bueno, á resarcirte del mal que te he causado, pues en tus manos está la suerte de los dos...

En verdad, era una alta misión la que le estaba encomendada. Rita comprendió su situación inmediatamente, y una especie de entusiasmo, como el que deben sentir los mártires cuando se entregan al verdugo, inundó su alma. La joven venció toda su repugnancia y formó allí mismo propósito de ser realmente para su marido lo que éste esperaba de ella.

Por complacer á Rita, ordenó Enrique al cochero que pasara por la calle en donde vivía el banquero Mr. de Boulanger. Llena de infantil curiosidad examinó Rita dos grandes balcones que Enrique le dijo que eran los de su cuarto, y la larga hilera de ventanas de las oficinas y despachos de la casa por las que se veía un sinnúmero de empleados inclinados sobre los grandes pupitres y mesas.

—¿Está ahí tu padre?

—No, mi padre recibe y despacha en el primer piso.

Rita estrechó afectuosamente la mano de su marido diciéndole:

—Eras pobre en medio de tanta riqueza.

—No tanto como te figuras, repuso el joven. Todos los empleados, incluso el primer jefe, y hasta la servidumbre, me quieren y han contribuído por igual á estropearme. Para ellos todo en mí tenía disculpa, y podía fiarme de su discreción y afecto. A pesar de mis muchas calaveradas, me tienen en alta estima y ven en mí al futuro dueño y jefe de la casa. Eso no consiste en mis merecimientos, sino en su debilidad.

—¿Y llegarás á serlo?

—No; mi padre me desheredará, pues ya sabes que no puedo dejarte: la suerte está echada.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

XVII

Pocos días después hallábase nuestra pareja de viaje para Italia. En los alrededores de Roma alquilaron una casita tan agradable y tan cómoda que hubiera sido difícil hallarla mejor; no le faltaba ni el rinconcito para «estar de monos,» como decía Boulanger. Rita estaba encantada y agradecida; le era imposible guardarle rencor á su marido, al ver su cariño previsor y delicado. Cada día reconciliábase más con su destino; pues según iba conociendo á Enrique, estrechábanse los lazos entre ambos y hacíase más íntima y afectuosa la vida en común. ¿Dónde hallar otro marido que pudiera dedicarse en cuerpo y alma, y sin faltar á otros deberes, al servicio constante de su amada, y que sólo se desviviese por complacerla? Enrique, incansable, la acompañaba á recorrer los magníficos templos, museos y alrededores de Roma, y le explicaba todas aquellas preciosidades por la sola recompensa de una sonrisa y una mirada cariñosa de su mujer. Juntos frecuentaban los círculos de la buena sociedad romana, y Rita sentíase orgullosa y satisfecha cuando observaba que el ingenio, el saber y la elegancia natural de Enrique hacían de éste el centro de todas las discusiones y la primera figura de todos los salones. Boulanger, mientras tanto, admiraba á su esposa, con quien no hallaba mujer que pudiera compararse. Por lo demás, el joven matrimonio vivía con gran sencillez y modestia; toda su servidumbre la componían una pobre viuda y su hija. Rita misma las ayudaba en el arreglo y limpieza de la casa, y preparaba por su mano los guisos favoritos de Enrique. A éste le sabía á gloria todo lo que hacía su esposa y se complacía en verla, con su gran delantal blanco, manejar las relucientes cacerolas, y empuñar el cucharón con el cual solía amenazarle y echarle de la cocina, cuando se exteriorizaba demasiado su admiración.

A misa acompañaba Enrique á su mujer con toda regularidad, pero ni por buenas ni por malas consiguió ésta nunca que se confesara, lo que daba lugar á escenas entre ambos que los entristecían, pero sin lograr Rita convencerle, pues persistía firme en su resolución. La correspondencia con Luis y con los amigos de Alameda siguió sosteniéndose con frecuencia; Rita no cesaba de hablarles, cada vez con más entusiasmo, de su ventura conyugal, hasta que aquellos acabaron por reconciliarse con el francés é incluirle entre sus amigos íntimos. Primero enviáronle recuerdos, luego le enderezaron parrafitos jocosos, y por último le dedicaron cartas enteras, pero no divulgaron el secreto de su matrimonio. En una de las últimas cartas les comunicaban la noticia de que suponían que Silvia había muerto, aunque no podían creerlo. Enrique al leerlo miró á su mujer: ya quedaba libre Cayetano. Rita adivinó sus pensamientos y le dijo al oído con voz apenas perceptible:

—No pienses mal, Enrique, y ahora menos que nunca..., ahora que nos ata un nuevo lazo..

El joven no halló palabras con que agradecer tan dulce promesa; sólo estrechó á Rita fuertemente contra su corazón. Un mar de felicidad y de amargura le inundó repentinamente: faltaba muy poco para que se cumpliera el plazo fatal, precisamente en los momentos en que su ventura iba á ser completa. Su padre haría lo que quisiera, desheredarle, maldecirle..., pero él no abandonaría á su mujer ni á su hijo, aunque tuviera que matarse á trabajar para mantenerlos... ¿Cómo no se le había ocurrido nunca buscar una ocupación? ¿Por qué no habría obrado desde el principio leal y honradamente? ¡Cuántos sufrimientos se habría ahorrado! No, pues lo que es la ocupación la buscaba mañana mismo... Mientras cavilaba en todas estas cosas olvidóse por completo de Rita, que anhelante esperó en vano una palabra de Enrique. Cuando la vió alejarse tan cabizbaja recordó su mutismo, corrió hacia ella y la atrajo nuevamente á sí.

—¿De modo que no te alegras, Enrique?

—¿Es posible que me hagas tal pregunta? Entonces, no he mejorado mucho en tu concepto... No, no; me quedé reflexionando en que desde hoy tengo el deber de trabajar y afanarme por mi mujer y mi hijo, y no malgastar el tiempo de un modo tan lastimoso como hasta ahora. Mi padre me desheredará, seguramente, si contrario su voluntad; y, entonces, ¿qué son esos dos mil duros ahorrados?

—Entonces yo también explotaré ese tesoro que decís que tengo en la garganta. Ya sabes que con el estudio he mejorado mucho de voz, y por mi marido y mi hijo cantaré todo el tiempo que me paguen y tengan ganas de oirme.

Y Rita soltó un trino como una alondra.

—No, hija mía, no... ¡Cómo cambian los tiempos! Ahora soy yo quien me opongo á semejante cosa.

Luego, después de una pausa, le preguntó:

—¿Serías capaz de cantar en público por ayudarme?.. Entonces es que me quieres mucho...

—Pues claro que sí, bobín, y creo que aún más de lo que Elsa y Emilia quieren á sus maridos, si esto fuera posible. Pero tú no puedes imaginarte lo que me ha costado; pues hubo un tiempo en que te odiaba y creía que hasta debía despreciarte... ¡Si no hubiera sido por no faltar al sacramento impuesto por la iglesia te hubiera abandonado!

Boulanger se quedó mirándola de hito en hito.

—¿Serías capaz de hacerlo aún?.. Es decir, suponiendo que faltase el requisito ése que dices... ¿O seguirías á mi lado, al menos por el hijo que esperamos? Habla, di..., insistió Enrique con impaciencia. Necesito saber ahora mismo hasta dónde llega el cariño que me tienes...

—¡Si no me dejas ni respirar; si me tienes agarrada como si fuera á escaparme!

Y cuando él aflojó los brazos añadió:

—No puedo suponerme en una situación tan desventurada; pero creo que no podría permanecer ni un minuto más al lado del hombre que me hubiera engañado tan infamemente, aunque mi alma se retorciera de dolor y muriese de pena... ¡Jesús!, exclamó de pronto. Qué se me quema el postre...

Y echó á correr á la cocina.

Enrique no la detuvo. Si ella hubiera juzgado la acción con más indulgencia le habría confesado su criminal engaño y habría movido cielos y tierra para rectificarlo y subsanarlo; pero así, Rita misma le había sellado los labios para siempre, y su situación anormal debía seguir siendo un misterio tanto para ella como para el mundo entero. El humor de Enrique se tornó melancólico, y en vano trató la joven de distraerle á fuerza de chanzas y canciones: pretextó dolor de cabeza y se acostó.

—Hay algo que le preocupa y le atosiga, dijo para sí la joven. ¿Será el recuerdo de su padre? ¿No habrá llegado el cheque de París? Todo podría ser, cuando al heredero del opulento banquero se le ha ocurrido pensar en buscar un empleo... ¿Echará de menos el lujo de su casa? ¿Le habrá contrariado la novedad que yo creí que le iba á causar tanta alegría? Sin duda será esto...

Rita quedó un momento parada: no quería, de ninguna manera, que el delicioso acontecimiento fuera motivo de preocupaciones para Enrique; ella buscaría lecciones y suprimiría todos aquellos costosos vestidos y sombreros con que seguía sorprendiéndola su esposo; pues ya no le quedaría tiempo para visitar teatros ni conciertos... E imaginándose ya en su nueva dignidad de madre y nodriza, canturreó un ronrón de su tierra y se deslizó silenciosamente en el dormitorio. Boulanger cerró los ojos al acercarse Rita, que contempló un momento el rostro pálido y contraído de su esposo y colocó nuevamente la mano sobre su frente ardorosa. Al sentir aquella muda caricia, Enrique tuvo impulsos de confesar su delito; pero el terror de perderla le contuvo.

—Enrique está variado, se decía Rita llena de secreta angustia.

Boulanger se anunció como profesor de arte y literatura, y no tardó en verse rodeado de un enjambre de discípulos. La juventud de Roma acudía con gusto á recibir las interesantes lecciones de aquella brillante y conocida personalidad que hacía algún tiempo mostrábase tan retraída de la sociedad. A todos sorprendió la repentina transformación de Boulanger; pero ya era cosa sabida que éste era un hombre extraordinario, y como tal había que tomarlo. Las lecciones le ocupaban el tiempo de tal modo, que Rita se pasaba días enteros privada de la compañía de su esposo; el cual, por otra parte, le había prohibido terminantemente cambiar de vida, y puso la cara muy hosca cuando Rita le hizo saber que ella también quería dar clases y ganar dinero.

Con grandísima alegría cobró Enrique la primera mensualidad de sus discípulos, la cual colocó íntegra en la caja de ahorros, á nombre de Rita. El convencimiento de poder sostener su casa sin ayuda ajena le daba ánimos para continuar el camino con tan buena fortuna empezado.

Las grandes sumas que pedía y recibía de su padre las empleaba en especulaciones mercantiles con la misma suerte que el banquero, y las ganancias las depositaba en el Banco á nombre de su mujer, que estaba ignorante de todo.

A Boulanger le preocupaba mucho el porvenir y bienestar de su amada, que quería asegurar para el caso en que las circunstancias, relativamente á su padre y á la condesita Cecilia, le llevaran á un extremo que le obligara á poner término á una vida sin objeto y sin honor. Se había familiarizado con la idea de suicidarse si alguna vez se veía abandonado por Rita, idea que llegó á ser una obsesión según pasaron los días y él se convenció de que aumentaban el amor y la ternura de su mujer. Rita sólo pensaba en procurarle sorpresas y satisfacciones; contaba impaciente los minutos hasta su regreso, y á veces salía á encontrarle á mitad del camino y se mostraba coqueta é insinuante cuando le veía con aquel aspecto melancólico y grave tan diferente del que en otro tiempo había tenido el tarambana é ingenioso Enrique. Luego le mostraba con aire triunfal la canastilla, y él besaba una por una las diminutas prendas, y luego las monísimas y laboriosas manos que las habían hecho.

A ratos se peleaban por el nombre del recién nacido, y Rita salía siempre victoriosa: Enrique ó Elsa; no había más.

—Me pondrán dificultades en el registro, se atrevió á decir un día Boulanger, mirando con inquietud á su esposa; porque no tenemos partida de casamiento... Hasta podrían considerar á nuestro hijo como ilegítimo, á no ser que nos decidiéramos á que nos casaran aquí otra vez.

Rita le miró aterrada:

—¡Dios mío, eso sí que no se me había ocurrido nunca! Para la ley podrá ser irregular nuestra unión, pero ante Dios no lo es, y eso es lo primero...

Enrique calló, y la joven continuó:

—¡Otra vez casarnos!.. Me moriría de vergüenza; pues eso sería como decirle al mundo que sólo he sido tu amante... ¡Primero me tiro de cabeza al Tíber', exclamó, sin poder medir la importancia de sus palabras.

Si hubiese atravesado con un puñal el corazón de Enrique, no le hubiera herido á éste con mayor crueldad. El joven se apretó el pecho con una mano y extendió la otra como buscando un apoyo.

—Enrique, tú estás malo... ¿Qué tienes? Trabajas quizás con exceso y me lo ocultas...

—Ya pasó, contestó Boulanger con voz débil; nada, un ligero mareo... Mira, ya que tratamos de cosas tan serias... Nadie está libre de la muerte, y así como me ha dado un mareo pudiera darme cualquier otra cosa: un ataque por ejemplo... Por lo que pueda ocurrir, desearía que te volvieras al pueblo, al lado de Elsa y de Emilia... ¡Prométemelo, Rita mía! Ahora no serías para ellos una carga; pues tienes dinero bastante para vivir, y en cuanto yo faltara te entregaría una buena cantidad el Banco de España, de Madrid, donde está depositada con tu nombre de soltera.

—Pero, ¿á qué viene ahora todo eso?, exclamó la joven llena de admiración y de pena. ¿Por qué me atormentas de ese modo? Ten presente mi estado, Enrique... ¡Qué cruel eres! ¿Será que ha terminado el plazo, que te reclama tu padre para su compromiso con esa novia que te prepara? ¿Será eso y desde entonces quieres que te consideremos muerto tu hijo y yo?.. ¡Claro!, exclamó la joven con los ojos chispeantes. Ya estamos pagados en dinero contante y sonante, y ya podemos largarnos á que nos consuelen los amigos... Si la cosa es así, danos el mal trago de una vez y no me hagas saborear gota á gota toda su amargura. Yo también tengo que tomar mis disposiciones.

—Y ¿qué harías si así fuera?, preguntó Boulanger con ansiedad.

—Pues, mira, defender lo mío hasta el último extremo. A ti no te arredró nada para conseguirme: ¿cuánto no haré yo por defender mis derechos? El dinero ya puede guardárselo tu padre, y la novia tam-

© Biblioteca Nacional de España

bién, si quiere; pero el hijo es mío, y será mío para siempre.

Diciendo esto estrechó apasionadamente á su marido entre los brazos.

—Sólo hay una cosa en el mundo que pueda devolverte la libertad, añadió Rita dejándole repentinamente suelto, y es que tú mismo apetezcas ser libre.

A Boulanger se le representó, desde el principio al fin, toda la terrible farsa del casamiento.

—Y si mi padre te ofendiera, dijo; si te colocara entre esa clase de mujeres de cuyas garras me has libertado, si te humillara indignamente, ¿qué harías? ¿Me abandonarías entonces?

—¡Qué pregunta más extraña, Enrique!.. Tu padre no tiene derecho ni motivo para semejante cosa.

—Rita mía, sigamos discutiendo este asunto .., dijo Enrique con la mayor vehemencia. Es preciso que sepa á qué atenerme; pues me es imposible soportar más tiempo este estado de incertidumbre y de intranquilidad en que vivo.. ¿Qué harías entonces?

Y en el colmo de la excitación, apretó nerviosamente las muñecas de su mujer y continuó con voz temblorosa:

—¿Qué harías, si te demostraran que nuestro casamiento no fué legal ni religioso, sino una farsa indigna; que te engañé infamemente; que soy un canalla?

La joven le miró petrificada, con los ojos muy abiertos, muda y yerta como un cadáver. De pronto vacilaron sus piernas, y se hubiera desplomado si Boulanger no la hubiera sostenido. Luego la recostó suavemente sobre el sofá y se arrodilló ante ella; pero sin atreverse á besarla. Su mujer no le perdonaría, bien claro lo decía aquel rostro duro, cuyas facciones descomponía violentamente el dolor... ¿La habría matado? Enrique, de rodillas ante ella, estuvo un buen espacio sin atreverse á mirarla; pero, ahogado por la desesperación, enderezóse y salió apresuradamente del cuarto. Rita no le detuvo ni le llamó, pero se quedó escuchando anhelosa, y oyó cómo entraba en su despacho, escribía algo, abría un cajón y, después de dar en voz baja una orden á la sirvienta, abandonaba rápidamente la casa.

¿A dónde iría? ¿Qué iba á hacer? Un terror inmenso puso á Rita en pie, la hizo sacudir vigorosamente aquel marasmo que la tenía postrada y salió á llamar á Enrique; pero él ya no la oía, y se decidió á seguirle.

Rápida como un rayo entró en el despacho, y, sin pararse á leer el billete escrito, al notar el lugar vacío de la caja de pistolas, pues Boulanger había olvidado cerrar el cajón, salió detrás del fugitivo Intentó correr, pero no avanzaba todo lo que quería; era inútil: sus piernas se negaban, y la distancia entre ambos era cada vez mayor. El cercano bosquecillo de laureles era, sin duda, el lugar adonde se dirigía Enrique; á éste le faltaba poco para llegar, y así ella no le alcanzaría... Pero, no; aunque llegara moribunda era preciso llegar y salvarle... ¡Ah, qué idea! En vez de seguir los recodos de la carretera, alrededor de la colina, ¿por qué no se lanzaba por el barranco abajo, en línea recta? Así lograría, seguramente, atajarle...

—¡Virgen Santísima, ayúdame!.. ¡Enrique! ¡Enrique!, gritó desesperadamente.

El silencio del crepúsculo llevó á oídos de Enrique aquellos gritos penetrantes, y éste se volvió en el momento en que Rita se precipitaba como loca por el barranco.

—¡Dios mío!, exclamó Boulanger aterrado. Esa infeliz se va á matar...

Y, sin pensarlo, corrió á campo travieso para cortar el paso á su mujer antes de que ésta pudiera llegar á la roca, cortada á pico, de la cantera en que terminaba el barranco. En su carrera desenfrenada oyó cómo se le caía la pistola, que se descargó al chocar contra el suelo; pero no se detuvo á recogerla.

Rita oyó también la descarga, y su corazón se encogió de espanto; mas no por eso dejó de correr hacia el precipicio. De pronto se sintió sujeta por dos brazos vigorosos, que rodearon su cuerpo ya casi exánime.

—¡Por el amor de Dios, dejadme!, gritó, tratando de desasirse. ¡Es mi marido, mi Enrique!.. Tengo que verle; yo le he empujado, yo tengo la culpa...

Y forcejeaba sin descanso; y vió que, á pesar de sus ruegos, la separaban de aquel lugar sombrío.

—Soy yo, tu Enrique.., Tranquilízate, Rita mía..., yo te llevo en brazos hasta casa, pues no quiero que des un paso más.

Rita dió un grito de alegría, y como un niño asustado que siente de pronto la protección del regazo materno, así la joven, más sosegada y dócil, cerró los ojos y se dejó llevar á la casa. Una sola vez preguntó débilmente:

—¿No te peso demasiado?

Enrique movió negativamente la cabeza y siguió andando. Por fin llegaron á la casa, y una vez acostada Rita y con los cuidados y caricias de su esposo, fueron calmándose poco á poco su agitación y sus terrores. Boulanger velaba en el gabinete contiguo, mientras planeaba una vida nueva. No podía creer que Rita llegara á perdonarle; pero había deseado evitar el suicidio. De pronto le llamó la joven desde la alcoba, sacándole de tan amargos pensamientos:

—Ven, Enrique; ya es tiempo de que descanses ..

—Descanso es lo que yo buscaba, pero tú has impedido que lo encuentre, prolongando así mi agonía.

Rita, como si no se hubiera enterado de lo que decía su marido, le atrajo más hacia la luz.

—Mira, mira como estás; con la piel desgarrada, lleno de arañazos y de golpes...

—¡Claro! Como que para salvar á mi rosita silvestre he tenido que atravesar zarzales y espinos, y poco ha faltado para que llegara tarde; pues aquel maldito barranco ..

— Enrique, Enrique.., ¿cómo pudiste hacerme tanto daño? ¿Cómo iba á seguir viviendo sin ti y con el remordimiento de haber sido causa de tu muerte? ¿Qué iría yo á contestar á nuestro hijo cuando más adelante me preguntara por su padre?

Y rompió á llorar amargamente.

—Pero ¡no quiero llorar, ea! Ya se acabaron las penas, exclamó de repente. Nos hemos salvado la vida mutuamente, y unidos hemos de arrostrar valientemente la que nos queda.

Los ojos de Rita brillaban de entusiasmo y hablaban con más elocuencia que sus labios, mientras que Enrique seguía mudo y cabizbajo.

—¿Por qué no me respondes?, preguntó atrayendo sobre su pecho el rostro descompuesto de Boulanger. Mira, Enrique mío, yo ya sé la manera de salir de este atolladero: mañana mismo vas á visitar á nuestro amigo el cardenal; se lo confiesas y todo le suplicas que nos case de nuevo. Quizas le sea posible prescindir de algunas formalidades, ó hacerlas menos ostentosas; pero si se negara á ello, no habrá más remedio que someterse á lo que diga; el sacramento, de todos modos, no nos le puede negar...

—¿Y voy a consentir que pagues tú mi culpa?, interrumpió Boulanger mirando tiernamente á Rita.

—Te ayudaré a llevarla; pues hoy es tanto lo que te quiero, que me ocurre lo que á ti: me es imposible abandonarte. Ve á hacer examen de conciencia... En los dos últimos años no necesitas detenerte mucho, añadió bromeando.

Al día siguiente, Rita dormía como un bendito cuando Enrique salió silenciosamente á la calle.

—Dígale usted á la señorita, advirtió á la sirvienta, que he ido á misa y que no volveré hasta las nueve.

Boulanger se encaminó á casa del prelado.

—¿Cómo tan temprano por aquí? ¿Ocurre alguna novedad, amigo mío?

—Este título no me lo dará S. E. en cuanto haya oído mi confesión... Porque vengo á eso, á confesarme, si es que S. E. me permite que le moleste un poco de tiempo... Se trata de la historia de toda mi vida...

—Venga usted, venga usted á mi oratorio, y mientras yo tomo el chocolate acabe usted de prepararse.

Enrique, á los pies del venerable prelado, hizo una extensa relación de todo su pasado, sin omitir ni disfrazar ninguno de sus extravíos, ni siquiera su intento de suicidio, y concluyó diciendo:

—Sé que no merezco perdón ni indulgencia, pero mi pobre mujer es inocente, ha sufrido mucho y ha sido y es mi ángel bueno... Pídame S E. lo que quiera, pero ayúdeme á reparar la infamia que he cometido... Bien sabe Dios lo que me pesa y lo mucho que la he expiado.

Severamente, pero no falto de bondadosa indulgencia, recriminó el anciano á Boulanger por lo que la indigna farsa tenía de perfidia y de sacrilegio; el penitente oyó contrito la reprimenda y recibió lleno de humildad y gratitud la absolución.

—Vuelva usted mañana á esta hora con su esposa, le dijo el cardenal; hoy mismo me ocuparé en este asunto; y si, como espero, logro vencer las dificultades que han de presentarse, yo mismo les daré aquí la bendición nupcial.

Dicho esto, despidió afectuosamente á Enrique, el cual voló, más que corrió, á su casa á llevar la gratísima nueva. Rita le esperaba en el comedor, fresca y sonriente, con unos exquisitos buñuelos que había aderezado para celebrar dignamente el acontecimiento.

—Hay más alegría por un pecador arrepentido, que por un centenar de santos, dijo graciosamente la joven saliendo á recibir á su marido. Ya ves que Nuestro Señor, con una bondad que á nosotros no nos coge en la cabeza, sale al encuentro del hombre cuando éste emprende con buena voluntad el camino que El le ha trazado.

Ambos jóvenes, en espera del mañana que había de santificar su unión, estaban alegres como unas castañuelas, é hicieron de aquel día una solemnidad de su vida. Con verdadero entusiasmo prometiéronse entonces fidelidad y cariño para siempre. Una dicha pura y santa brillaba en sus ojos. ¡Qué diferencia había entre un día y otro!

—Enrique, ¿te has fijado en que cada día estás más guapo?.. Ya no tienes aquel gesto irónico y aburrido que tanto te afeaba; aquella inquietud secreta, ni la expresión sombría de los últimos tiempos... Me siento tan tranquila y animosa, que no me importaría entendérmelas ahora con tu mismísimo padre...

XVIII

Habían pasado quince días desde las ocurrencias relatadas en el último capítulo. Enrique había ya salido á dar sus clases, cuando la sirvienta le anunció á Rita un visitante.

—Señorita, yo no entiendo lo que dice; pero le he pasado al salón.

Rita se mudó rápidamente su modesto traje de mañana por una elegante bata, de la cual sabía que le sentaba á las mil maravillas: tuvo un presentimiento y, por si acertaba, quería agradar, conquistar al enemigo que ella suponía; pues la primera impresión es casi siempre decisiva.

—Deseo hablar con D. Enrique Boulanger, dijo el visitante en francés, haciendo una cortés reverencia, obligado por la distinción y el aspecto del ama de la casa. ¿Puedo verle?

—No, señor, contestó Rita igualmente en francés. Ha salido y no volverá hasta el mediodía. Si quiere usted tener la bondad de esperarle... O, si no le molesta, puede usted decirme de qué se trata; soy su esposa.

—¿De veras?, contestó irónicamente el caballero. Me sorprende mucho esa noticia: yo soy su padre y no sabía una palabra de semejante cosa.

Con tal revelación creyó el Sr. Boulanger dejar á Rita pegada á la pared; pero se equivocó de medio á medio. Rita había acertado

—¡Oh, qué visita tan agradable!., exclamó la joven efusivamente. ¡Cómo se va á alegrar Enrique en cuanto le vea! No cesa de hablar de usted, y usted no sabe con cuánto afecto y gratitud.

El viejo se quedó un momento parado.

— Ésta, ó lo ignora todo ó se esta burlando de mí, pensó; pero ya verá la que se le viene encima.

Y con una leve inclinación de cabeza, dijo á Rita con blandura:

—Acaso no sepa usted que vengo á llevarme á mi hijo.

—¿De veras?, contestó Rita en el mismo tono afectuoso. Eso sí que lo siento, pues ha hecho usted inútilmente un viaje larguísimo y pesado .. Digo que inútilmente, porque usted comprenderá que, mientras yo viva, mi marido no puede contraer segundas nupcias; y, la verdad, somos tan felices que no tengo gana de morirme todavía. Enrique sabrá explicarle todo esto mejor que yo, añadió sonriendo como si se tratase de una bagatela. Pero permítame usted que le ofrezca algún refresco...

Diciendo así, tocó el timbre y mandó á la criada que subiera una botella de vino generoso y pastas.

—Ya sabré yo obligar á mi hijo a que me acompañe á París: yo soy quien manda, señora, y á él le toca obedecerme.

El banquero creyó otra vez asustar á Rita con aquel arranque de su autoridad: estaba muy bien enterado de la boda secreta y de la vida que llevaban; pues en todas partes tenía sus espías espléndidamente retribuídos. Ahora traía la cartera bien repleta para comprar la libertad de su hijo al precio que quisiera la amante abandonada; sólo que él se había imaginado á ésta muy distinta de lo que resultaba en realidad y no sabía cómo entablar el negocio.

—¿En qué se ocupa Enrique todo el día?

—Es profesor de Bellas artes, literatura, lenguas y música, respondió con orgullo la joven. ¡Oh, está muy acreditado, y tiene un sinnúmero de discípulos!.. Por nosotros no necesita usted preocuparse lo más mínimo; salimos muy bien adelante.

Esta observación le resultó al banquero extraordinariamente cándida; pues le había enviado á Enrique sumas considerables, especialmente en los últimos tiempos; y, al lado de éstas, ¿qué significaba el mísero puñado de duros que pudiera ganar con las lecciones? El Sr. Boulanger se echó á reir burlonamente y respondió:

—No se le ocurra creer, señora, que la separación de Enrique vaya á acarrearle á usted ninguna clase de privaciones. A usted no le faltará nada; en ese

© Biblioteca Nacional de España

punto puede estar tranquila... La favorita de un príncipe no sería mejor tratada que usted, concluyó con el tono seco del hombre de negocios.

Rita movió con indiferencia la cabeza.

—Yo no tengo que reclamar ni recibir nada, porque lo que gana mi marido es de los dos.

—Pero, señora, ¿cree usted que ignoro la gran calaverada de Enrique y la graciosa comedia que le hizo representar á usted? Créame, la farsa me hizo entonces muchísima gracia... Usted debe de ser una mujercita de muchísimo talento, cuando ha conseguido sujetarlo de esa manera, pues antes mudaba de amores cada quince días; le aseguro que yo he sido siempre el encargado de desempeñarle á fuerza de dinero. Pero tenga usted presente que para mí no es usted sino la amante...

—La amante esposa de su hijo, interrumpió vivamente la joven. En ese punto está toda la diferencia que hay entre las demás y yo. Sin embargo, le doy á usted en parte la razón: Enrique ha sido un loco desatado; pero si hemos de ser justos, no se lo debemos reprochar sólo á él, sino más bien á los que contribuyeron á su ligereza y á sus calaveradas.

—¡Diablo! Esto ya pasa de castaño obscuro, señora... ¿Tendrá usted la amabilidad de decirme á quién se refiere?..

—Antes que nadie á usted mismo... Pero dejemos este desagradable tema y acepte usted una copita...

El banquero había contado con lágrimas, reproches y gritos desesperados; quizás con insultos...; mas no pudo nunca imaginar que le obsequiaran tan finamente con pastas y exquisito Marsala.

—Ahí está mi marido, exclamó de pronto Rita, resplandeciente de gozo; y dejando al padre salió al encuentro de Enrique.

El banquero vió que su hijo estrechaba cariñosamente á Rita entre sus brazos, y que su presencia era olvidada en aquel momento de íntima expansión de ambos jóvenes. Rita le anunció la llegada del señor Boulanger, diciendo:

—Enrique, ahí tienes á tu padre, á quien se le ha metido en la cabeza que no soy tu mujer legítima...

Si al banquero le había sorprendido Rita, aún mayor asombro le causó la transformación de su hijo. ¡Qué diferente era aquel muchacho, en su aspecto, en su expresión, en sus modales, del antiguo Enrique! El joven se acercó tranquilamente á su padre alargándole la mano; pero el viejo hizo la vista gorda.

—Papá, comprendo que he hecho mal no comunicándote mi casamiento.

—En mi opinión una farsa así es una infamia; y, por tanto, no reconozco en esa señora á tu mujer, respondió el banquero secamente.

El rostro de Enrique se puso rojo como la grana, mientras el de Rita, cuya mirada buscaba al joven, permanecía tranquilo como si nada ocurriera.

—Tienes razón en pensar de ese modo, contestó Enrique con voz trémula. Yo mismo lo califico así desde que mi esposa me ha enseñado á discurrir de un modo distinto de como lo hacía antes. He pagado duramente esa infamia que dices, y he obtenido el perdón, que tú tampoco me negarás después que hayas vivido algún tiempo á nuestro lado. Sólo hay una cosa que tranquiliza mi conciencia: el juramento que hice á Dios y á Rita en cuanto ésta aceptó mi cariño, lo he cumplido fielmente. Es verdad que la engañé, que exploté su ignorancia del mundo y su generosidad; pero también es cierto que determiné no abandonarla jamás, sucediera lo que sucediera. La cosa no ha sido difícil para mí porque la quería con toda mi alma; pero ella ha tenido que luchar para poder quererme y respetarme como esposo, y por facilitarla tan arduo empeño me esforcé en dejar de ser lo que era... Entonces Rita aprendió á amarme, ¿verdad, mujercita mía?; y la estrechó entre sus brazos. Ahora, papá, prueba de separarnos.

Luego, soltando una alegre carcajada, añadió:

—Al fin, papá querido, mejor será que no te molestes; pues ya sabes que siempre has acabado por hacer mi voluntad.

—Y, después de todo esto, dijo el Sr. Boulanger con amargura, ¿también seguirás considerándote mi sucesor y heredero?.. Pues desde hoy no cuentes con un céntimo mío; todo será para Cecilia, que sabrá respetar mi voluntad mejor que el único hijo por quien me he afanado toda la vida.

—Tienes razón, papá; nadie mejor que yo lo comprende en este momento. Dispón de tu fortuna y de tu casa como te parezca. Yo no quiero ni exijo nada de ti; pues todo lo que tenemos ya es un regalo de tus manos y nunca he sentido tanta gratitud por tu bondad como ahora. Créeme: harto me apena causarte esta contrariedad; pero pienso resarcirte de ella largamente; pues como aún faltan ocho días para que se acabe el plazo que me has impuesto, ese tiempo dalo por perdido y pásalo con nosotros. Lo mismo es que el hijo se vaya con el padre, ó que el padre se quede con el hijo: la cuestión está en pasarlo unidos.

Enrique apretó entre las suyas las manos del anciano, y dijo á Rita:

—Mira, corre á preparar el banquete de los días de fiesta; pues el padre ha recobrado al hijo pródigo; y, según dice la Escritura, le abraza y le besa amorosamente.

¿Qué iba á hacer el respetable Sr. Boulanger ante semejante é imprevisto asalto? Estaba como si hubiera perdido la brújula.

—Corre, Rita; dale un beso, que le tengo bien sujeto. De prisa, mujer; que ya se estará quieto...

Enrique atraía á su esposa, pero sin soltar á su padre, y la joven, llena de confusión y vergüenza, acabó por satisfacer el deseo de Enrique.

—Ea, papá, ya estás hechizado; ya puedo soltarte, que no te nos escapas... Y tú, mujercita mía, á la cocina á preparar el segundo número del programa de festejos.

Rita envió á la fonda por el equipaje del banquero, encargó unos cuantos platos, que completaran sus primores culinarios, y al poco rato anunció la muchacha que la sopa estaba en la mesa.

El banquero frunció el ceño: nada de esto había entrado en sus planes; pero toda la oposición que hizo no le valió de nada; pues los jóvenes le llevaron triunfalmente al comedor. Enrique, más contento que unas Pascuas, derramó las sales de su ingenio, obligando á su padre á reirse, aunque sin ganas. Rita, mientras tanto, escogía para el anciano los bocados más apetitosos, y después de comer y sin hacer caso de sus protestas, le condujo Enrique á echar la siesta, á la habitación que le habían destinado.

—No creas, papá, que te libras de nosotros; aún hemos de arrullarte con nuestros cantos... Te falta gozar de lo mejor de la casa; pero ahora descansa...

El banquero se dejó caer sobre la blanda meridiana, que le estaba convidando al reposo. Complacido dejaba vagar su mirada por el cuarto. ¡Qué cómodo y agradable resultaba todo aquello!

—Aquí se ve la mano de la mujer, no hay duda... Pero no creáis que con tanta facilidad se entrega un perro viejo como yo... No, el consentimiento no lo doy... Pero ¡qué tontería!, Enrique ya no lo necesita para nada... Lo que no acabo de comprender es que éste sea mi hijo: ¡vaya un cambiazo! Da muestras de tener una energía que, eso sí, seguramente ha heredado de su padre. Por eso he vuelto á transigir siempre con sus locuras; pues en ese temperamento fundaba todas mis esperanzas. El vino para ser bueno necesita fermentar mucho...

Al Sr. Boulanger se le enredó la madeja en el cerebro: de un pensamiento en otro, de una idea á otra... ¡Nada, que no pegaba los ojos! Entonces cogió los papeles y cuadernos que Enrique había dejado sobre un velador, al alcance de su mano, y comenzó á ojearlos con curiosidad. Allí estaba el libro de cuentas de su hijo, en el cual había anotado éste las sumas pedidas á su padre, las operaciones que había hecho con ellas y el empleo que les había dado. El viejo banquero se quedó pasmado.

—¡Boulanger jeune!, exclamó, sin darse cuenta de lo que veía. ¡Esto sí que es mudar hasta el pellejo!.. Pero bien decimos los franceses: cherchez la femme... Sólo una mujer pudo convertir la cabeza de chorlito de mi hijo en un negociante experto y hábil. Sin embargo, no hubiera creído capaz á esta hermosa Rita, ni á ninguna otra mujer, de enseñar á hacer cuentas á ese manirroto... Guapa lo es, ¡vaya si lo es! Gusto no le falta al chiquillo... ¡Ay, viejo calculista! Me parece que esta vez te han fallado los números... ¡Claro! Como que no había contado con el factor principal: el verdadero cariño... ¡Así te ha salido ello!.. Y aquí no hay escape, después de ver estas cosas; no hay más remedio que ceder y poner buena cara al mal tiempo; si no, en vez de tener dos hijos te quedarás sin ninguno, y además sin el nieto... ¿Y qué voy á hacer? ¿Llevármelos á los dos?.. No estará mal; casi estoy por hacerlo, y así tendrá Cecilia también un hogar adecuado, hasta que le encuentre un marido conveniente y á mi gusto... La verdad es que se está muy bien aquí.

Y dió media vuelta y se quedó dormido, pensando en la boda de Cecilia.

—Vamos, papá..., ¡vaya una siestecita!, exclamó Enrique entrando en la habitación, tres horas después, y haciendo enderezar al anciano lleno de sobresalto. Ya hace una hora que te esperamos para tomar el te.

—¿Ha descansado usted bien Sr. Boulanger?, dijo afectuosamente Rita, al verle entrar en el gabinete.

—Se le dice «papá,» observó Enrique, y dentro de poco «abuelito:» ¿verdad que sí, viejecito mío?

El anciano asintió y se dejó instalar por Enrique en una cómoda butaca

—Me parece, dijo, después de haber apurado una taza de te, que cacareabas mucho los efectos que vuestras voces habían de producir en mi corazón acorchado. Ahora estoy en disposición de conjurar ese nuevo peligro.

—Rita se encargará de cantar una salve mágica que le oí por primera vez en la iglesia de Alameda, y yo la acompañaré: verás cómo hechiza al padre lo mismo que hechizó al hijo.

Enrique tuvo razón: ¿qué fué de aquel negociante parisiense, tan frío y correcto? ¿A dónde había ido á parar el hábil calculista, que se pasaba la existencia haciendo números, cuyo único interés estaba en las grandes especulaciones, y cuyos oídos sólo se complacían en el continuo tintineo del oro que manejaba á montones? Todo aquello había desaparecido, y sólo quedaba un hombre bonachón, de corazón tierno; que, con los ojos llenos de lágrimas, seguía anhelante el canto de sus hijos, sorbiendo, sin respirar apenas, un placer inefable que jamás había gustado. Cuando se extinguió el último acorde en el piano, precipitóse el viejo hacia ellos y los estrechó juntos, con toda su fuerza.

—Rita, hija mía, ¡cómo me habéis hecho gozar!.. Tú serás, y sólo tú, la que embellezca los pocos años que me queden que vivir aún; tú serás la recompensa de todos mis afanes y trabajos .. ¿Qué os parecería si nos fuéramos todos reunidos á París? Pero no, soy un egoistón empedernido... Un viaje tan largo podría ser perjudicial para Rita, en el estado en que se halla: en septiembre os espera el abuelito. ¿Te parece bien, linda hechicera?

* * *

Transcurrieron tres semanas sin que el Sr. Boulanger hiciera preparativo alguno de viaje. Hallábase muy á gusto con sus hijos: las delicadas atenciones de su nuera y el leal y afectuoso proceder de Enrique, el cual sostenía abiertamente su opinión aun contra el criterio de su padre, le seducían y embobaban, hasta el punto de retrasar la marcha de día en día, aunque negocios importantes reclamaban en París la presencia del jefe en la casa. Entre las cartas de negocios recibidas por el banquero aquel día, había una particular que abrió diciendo á sus hijos:

—Ésta es de Cecilia. Alguna nueva y poética expansión sobre las fiestas religiosas ó la distribución de premios en el convento.

Pero cuando acabó de leer el pliego tenía un ceño terrible, y estalló como una bomba y se puso á dar vueltas por el cuarto:

—¡Habráse visto la chiquilla! ¿De modo que aquí todo el mundo hace lo que quiere y yo soy el último que se entera? Pues no, señor; esto ya pasa de la raya... ¿Qué te parece, la cándida palomita? ¡Y yo que la creía segura al lado de las buenas monjas! ¿Sabes lo que dice esa loca?, gritó, plantándose de pronto delante de Enrique. Pues que se ha enamorado perdidamente de su maestro de piano... ¡Y no es nada! Le llama con la mayor modestia «genio musical...» ¡Hermoso partido para mi pupila, cargada de dinero! Y me pide tan fresca mi consentimiento, ya que mi propio hijo le ha dado calabazas... Pero, señor; y ¿por dónde habrá sabido que tú le has dado calabazas? Vamos, ¿no hay para volverse loco? Y la bendición... ¡Buena bendición te dé Dios! La bendición que pide es en dinero contante y sonante .. No, pues con eso que no cuente; semejante boda es imposible .. ¿Cómo se las habrá arreglado esa buena pieza para chasquear la vigilancia de las religiosas? Deja que le eche la vista encima... Y que va á ser muy pronto; pues, según me dice la superiora, la envían aquí, al colegio de Roma, para evitar nuevos peligros... Mira, Rita, canta un poco á ver si se me pasa esta rabieta. ¡Demonio de chiquilla!...

Mientras Rita cantaba, la sirvienta advertía á Enrique que acababa de llegar un caballero, el cual le esperaba en la sala. Boulanger se encontró de manos á boca con su antiguo amigo Paco.

—¡Cómo!, ¡tú por aquí!, exclamó Enrique gozoso, abrazando al artista, que después de mirarle con atención, le dijo:

—En la cara llevas escrito lo feliz que eres, de modo que no necesito saber más, y ya oigo cantar á Rita ..

—Sí, para distraer, como David, el mal humor del rey Saúl, mi padre, producido por una carta que ha recibido de su pupila...

—Cecilia está aquí, interrumpió Paco, y en su nombre vengo á pediros alojamiento y protección para ella.

—Vaya, parece que estás destinado á ser el hombre de confianza de nuestra familia, dijo Enrique en tono de broma.

(Se continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONCLUSIÓN)

—¿Cómo has llegado otra vez á desempeñar tan honorífico cargo? ¿Has vuelto á ponerte la sotana para poder acompañar á las monjitas á Roma? Pues veo que de nuevo estás rapado... ¿O eres, por ventura, el propio profesor de piano, ese gran músico de que habla Cecilia?; y soltando una carcajada añadió: ¡Bonita combinación, reverendo páter!

—¿Tienes algo que oponer á esto último si así fuera?, preguntó Paco amoscado.

—¡Qué he de tener que oponer, criatura! Ni lo más mínimo... Estoy de tu parte por completo, y te ayudaré lo que pueda: ¡si aún estoy en deuda contigo!

—El caso es que tú tienes la culpa de todo... Llama á Rita, que quiero que lo sepa.

Ésta había concluído su canción, después de la cual el anciano, más tranquilo, retiróse á su habitación para redactar una terrible filípica á la colegiala.

—Rita, ven; un antiguo amigo nuestro desea saludarte.

La joven se quedó un instante parada, mirando á Paco y haciendo esfuerzos por recordar aquella cara conocida; luego, poniéndose roja como la grana, le preguntó:

—Usted es Paco, ¿verdad?

También el cómico se puso entonces como una amapola; y Rita, al verle tan azorado, le alargó la mano diciendo:

—Lo pasado, pasado. Ya ve usted que somos felices.

—Es usted un ángel, Rita, y quiero que sepa usted que también mi vida tomó un rumbo muy diferente desde el momento en que nos conocimos. Sírvale á usted de consuelo y recompensa por las grandes amarguras pasadas. Sólo después de conocer á usted *comprendí toda la enormidad de mi falta*, y desde entonces consideré como un deber sagrado el velar *desde lejos por su felicidad y ser su amigo*. El mayor peligro que amenazaba la tranquilidad de ustedes era el proyectado enlace de *Enrique* con *Cecilia*, y para poder desbaratarlo era preciso que ésta se negara á casarse con su prometido. Mi vecino, que hoy es cajero en casa del Sr. Boulanger, y encargado de entenderse en nombre de tu padre con la superiora ó con Cecilia para los asuntos de dinero, salía y entraba con frecuencia en el convento: por mediación suya hice saber á Cecilia vuestra historia, y con ella planeé y discutí por escrito los medios de que habíamos de valernos para reconciliaros con el banquero. Cecilia, buena y romántica por naturaleza, se entusiasmó con el papel de hada protectora que yo la había asignado, y nuestras cartas se hicieron cada vez más frecuentes y más extensas. Las monjitas empezaron á sospechar de los continuos recados que enviaba el tutor á la pupila, y hubimos de inventar otro medio. Por consejo mío, enfermó repentinamente el profesor de música del convento, y yo fuí encargado de substituirle mientras durara su enfermedad. Ocurrió esto poco antes de la gran fiesta que celebran las monjas con ocasión de la distribución de premios, y las buenas madres no sabían qué hacer en tan grave apuro; pues ¿quién iba á dirigir los coros y demás números de música? Pero la cosa se resolvió pronto: ¿quién había de ser sino yo, que me mostraba siempre tan discreto y humilde que parecía un bendito de Dios? Acabada felizmente la fiesta, supe que las *madres habían determinado trasladar á Cecilia á otro* convento, para mayor seguridad, y entonces me *recomendé á mí mismo presentándome á la superiora* como un sacerdote que iba á visitar la gran capital de la *cristiandad, y en esa forma he conseguido* acompañar á las hermanitas y á Cecilia hasta Roma. Es el *último* papel que hago, el último disfraz que habré empleado en mi vida; pues juro y perjuro abandonar para siempre el arte...

... y, cogidas del brazo, como si fueran amigas de toda la vida...

—Una cosa se te ha olvidado decirnos, y es que los dos os queréis y estáis rabiando por casaros.

—Sí, quiero á Cecilia más que á mis ojos; pero no me casaré con ella hasta que pueda ofrecerle una posición cómoda. Por eso vengo á rogaros que, mientras tanto, la recibáis en vuestra casa.

—Lo primero es lo que importa; de lo segundo me encargo yo .. Mira, se me ocurre una idea: entrarás conmigo en la casa de banca de mi padre. Éste se halla aquí ahora, y ya nos cuidaremos Rita y yo de que os dé su consentimiento antes de marcharse.

Rita se encaminó seguidamente al convento, con una tarjeta de su suegro, y suplicó á las monjas que

© Biblioteca Nacional de España

dejaran pasar á Cecilia una tarde en casa de sus primos. La superiora dió el permiso; ambas jóvenes se saludaron y reconocieron con el mayor afecto del mundo y, cogidas del brazo, como si fueran amigas de toda la vida, llegaron á la casa, en donde las esperaban ansiosos Enrique y Paco. Cecilia era una criatura deliciosa, que, desconociendo las miserias y pesares de la vida, contemplaba el porvenir riente y gozosa, como si la tierra fuera un edén, lugar de halagos y placeres. Al ver á Enrique se precipitó á su encuentro diciendo:

—¿Conque tú eres el infiel que me ha dejado plantada? Lo malo es que no pueda enfadarme contigo, que esto resultaría mucho más interesante y propio de una novia que se queda con tan gran palmo de narices.

Enrique iba á seguir la broma cuando, de pronto, vieron entrar bruscamente al banquero.

Cecilia, como un rayo, voló hacia él y le echó los brazos al cuello, exclamando:

—¿También estás aquí tú, padrinito mío?

Y le acarició y le besó sin hacer caso de los esfuerzos que hacía el banquero por esquivar sus zalamerías.

—Pero, ¿estoy yo loco de remate, por ventura?, rugió el anciano con voz de trueno desasiéndose por fin de Cecilia. ¿Qué conspiración es ésta? ¿Os habéis propuesto reiros de un viejo?

Cecilia contestó, estrechándose otra vez contra él, sin que le impresionaran maldita la cosa sus gritos y manotadas:

—Nada de eso, padrino... Es que me alegro la mar de encontrarte aquí y de hallarme con vosotros; pues estoy ya hasta la coronilla de la vida del colegio, y como tú no tienes casa ni hogar que darme, he venido á pedírselo á Enrique. Yo sabía hace ya tiempo que estaba casado, y creo que tiene obligación de recibirme como si fuera su hermana, ya que no me quiso por mujer. Y tú, padrinito, estarás muy contento; pues has ganado mucho con el cambio... No lo niegue usted, señor tutor: confesaría usted que no tiene ojos en la cara, si se empeñara en compararme con esta hija política que Dios le ha dado... Pero, ven, siéntate..., continuó la joven arrastrando á su tutor al sofá, en que ella se acomodó también, pero sin soltar la mano que el viejo Boulanger se empeñaba *en retirar, malhumorado.*

—¡Qué!, exclamó. ¿Pretendes conquistarme con tus flores y zalamerías? ¡Habráse visto la mocosa!.. Pero esta vez no lo consigues: lo primero que tienes que hacer es tomarte la molestia de explicarme esta carta disparatada, y lo que significan estas ridiculeces con ese gran artista, ese sublime maestro de piano. Lo que el buen hombre entienda de música, no lo sé, ni me importa; pero te aseguro que sabe calcular bien la renta de tu fortuna...

Como picada por una víbora, púsose en pie la colegiala, echó una rápida mirada á Paco, que se mantenía derecho como un huso detrás del banquero, en el fondo de la habitación; y con actitud grave y digna, *en que ya no había ni rastro de la mariposa feliz* que sólo conoce las bellezas y la poesía de la vida, dijo:

—A mí puedes ofenderme todo lo que te plazca; mas no consiento que faltes á quien no conoces ni puedes juzgar, dado tu modo de ser. Tú serás un gran calculista, un problema de aritmética hecho persona; pero ni sabes lo que es cariño ni lo has sabido en tu vida. Como tutor podrás obligarme á esperar, y esperaré; *pero en cuanto sea mayor de edad se acabó* la tutela y se acabó la tiranía, y hasta entonces permaneceré con Enrique y su mujer. Y te advertiré que debías felicitarte que yo haya encontrado marido después del terrible fracaso de tus proyectos matrimoniales, que se han venido al suelo como un castillo de naipes...

Las palabras del tutor respecto de Paco no le habían hecho á Cecilia tanto daño como el tono irónico, horriblemente zumbón con que las había dicho, que la hería en su amor y en su decoro. Rita comprendió que la colegiala, una vez en el disparadero, seguiría soltando toda una letanía de reconvenciones la cual tenía que acabar por ofender á su suegro, *á quien, al fin y al cabo, sólo animaban las mejores* intenciones; y así se apresuró á impedirlo diciendo al anciano:

—Vamos, papá, sé bueno; perdónalos como nos has perdonado á nosotros, y tendrás cuatro hijos agradecidos que te bendecirán, en lugar de dos. Tú no sabes aún todo lo que puede el amor, aunque ya has aprendido algo, y entre todos te sitiaremos hasta que des tu consentimiento.

—Mira, aquí está el picarón, agregó Enrique sacando del rincón á Paco y llevándolo ante su padre; aquí tienes al infame que se ha atrevido á enamorarse de tu pupila..

—¡Si al pobrecillo no se le ocurrió siquiera!, interrumpió Cecilia. ¡Si sólo ha sido una parte pasiva!.. Yo fuí la que me enamoré primero y se lo dije á él: ¿por qué he de ocultarlo? ¿Verdad Paco, que me has querido por lástima, por no verme dos veces desdeñada? Deja que el tutor gruña lo que quiera; la pupila es tuya y será tu mujer.

Y cogiendo al actor de la mano, miró al banquero con ademán provocativo, como desafiando su cólera; luego, inmediatamente, dió suelta á la risa, una risa infantil, argentina, franca, que devolvió la alegría á todos.

—A éste y á mí nos tomas de ayudantes, papá, dijo Enrique. Nosotros trabajaremos en tu lugar, mientras á ti te miman nuestras respectivas mujeres. ¡Vaya una vida que te espera, Sr. de Boulanger! Paco mandará el teatro á paseo y se hará negociante como yo. *Ea, da tu visto bueno, abuelito, y échanos á todos la* bendición.

XIX

El banquero Boulanger regresó del país del arte y de la poesía más alegre que unas castañuelas, y con él pareció entrar en el viejo palacio un espíritu nuevo. La larga hilera de balcones cerrados fueron abiertos de par en par, para que entrase la luz y el sol en las grandes habitaciones desiertas.

El anciano caballero tenía tal cúmulo de planes en la cabeza, que no hallaba sosiego en parte alguna. La primera conferencia del día, que solía dedicarla al despacho, la tuvo esta vez con la vieja ama de llaves.

—María, le dijo, alargándole la mano, sin hacer caso de la respetuosa reverencia de la anciana, el hijo de nuestros pesares vuelve definitivamente á casa y no solo, sino con una mujer encantadora y una chiquilla como un sol. Ahora dime cómo se las habrá arreglado esa mala cabeza para conseguir que diga amén á todo y haya de alabar encima su desobediencia y su terquedad. También ha contagiado á Cecilia, *y á todo he tenido que resignarme. Mi pupila anda* revoloteando por Italia del brazo de su marido..

—¡Bendito sea el poder de Dios!, exclamó fervorosamente la buena sirvienta, cruzando las manos y mirando al cielo. Ahora ya puedo morir tranquila...

—¡No lo quiera Dios, buena María! Lo que tenemos que discurrir es dónde vamos á instalar á la parejita, para que la nena tenga aire puro, sol y flores, y no le moleste el ruido de las oficinas ni el de la calle.

El banquero y la anciana atravesaron juntos la interminable fila de habitaciones, severa y ricamente alhajadas.

—Que avisen á mi arquitecto y á los tapiceros; pues hay que renovar estas habitaciones y poner muebles más modernos y bonitos... Además, compraremos un buen piano de cola para mi nuera. Encárgate tú de estas compras, pero que todo sea de lo mejor.

Después atravesó las oficinas, respondiendo á los saludos de los empleados con una amabilidad como no lo había hecho nunca, y entró en su despacho y mandó llamar al jefe de la casa. Al verle entrar exclamó apresuradamente, como si no pudiera esperar *el momento de contarle tantas novedades:*

—Siéntese, Renato, siéntese... Ya sabe usted que le he considerado siempre más como amigo que como empleado, y que sus consejos me han guiado en los momentos más difíciles. En usted halló también mi hijo el defensor más tenaz, á pesar de sus locuras, y un resuelto apoyo cuando sus exigencias y sus prodigalidades amenazaban acabar con mi paciencia; por eso ha de ser usted también el primero en saber que no se ha equivocado en sus juicios: Enrique vuelve á casa de su padre con su mujer y una niña...

El tono del banquero era tan efusivo y alegre que el anciano cajero comprendió en seguida la situación. Boulanger continuó:

—Deseo que siga usted siendo el fiel consejero y amigo de mi hijo; pues he resuelto dejar la carga del trabajo y cedérsela á los jóvenes, mientras me dejo mimar y contemplar por mi encantadora hija política...

Un vigoroso apretón de manos fué la única respuesta del fiel empleado.

El Sr. Boulanger discurrió el medio de dar á sus hijos una gratísima y memorable sorpresa: escribió á Alameda invitando á los amigos probados de Rita y Enrique á celebrar con él la entrada triunfal de sus hijos en la casa paterna. El banquero se había anotado cuidadosamente los nombres de todos, que había oído de boca de Rita en el curso de sus conversaciones sin olvidar á Luis, su joven y galante caballero.

La carta del opulento parisiense produjo en Liébana una sensación indescriptible: la alegría hizo vibrar todos los nervios y llenó todos los corazones. La preocupación única de doña Juana fué, desde entonces, el tocado, para no hacer mal papel entre las elegantes francesas. Alfonso preguntó á Cayetano:

—¿Aceptas la invitación?

—Claro está que la acepto: con mil amores. Silvia está fuerte, y quiero que goce de la vida, y yo deseo recrearme en la felicidad de Rita y estrechar la mano de Enrique, con quien he sido tan injusto y á quien hoy considero un hombre honrado y noble.

—Lo es hoy, afirmó Alfonso para su coleto.

Elsa y Emilia estaban locas de contento por tan agradable viaje.

—*Alfonso, dijo aquélla, ¿no será demasiado viaje* para el padre de Rita?

—Quizás sea muy largo, sí; pero el Sr. Boulanger exige que no falten sus consuegros en modo alguno á la fiesta; y ya sabes que doña Rosa no se separa un instante de su esposo.

—Eso ha de resolverlo la misma doña Rosa, observó Carlos; pues Gontrán está como un niño chiquitín.

* * *

Grande y hermosa fué la fiesta con motivo del regreso de Enrique á los patrios lares. El abuelo, con *la pequeña Elsa en los brazos*, entró triunfalmente en la casa, adornada é iluminada como hacía muchísimos años no se veía.

—Ahora, Enrique, toma tú á Elsita y cédeme el brazo de tu mujer; pues yo quiero ser el primero que la introduzca en su nueva casa.

Al subir la ancha escalera que conducía al primer piso, oyó Rita un murmullo de voces que le hizo preguntar á su suegro:

—*Papá, ¿es que has convidado á alguien más que* á Cecilia y Paco?

El Sr. Boulanger sonrió y siguió subiendo sin despegar los labios, hasta llegar al descansillo. En aquel instante se abrieron las puertas de par en par, y Rita, sorprendida, enajenada, apretó fuertemente el brazo de su suegro. Gritos de alegría, abrazos, besos, estallaron por todas partes.

Nadie faltaba, de las personas amadas de la montañesa. El negociante había organizado en su obsequio una fiesta como no se daría otra en el mundo.

Enrique y Cayetano se estrechaban muy conmovidos las manos, mientras el segundo decía:

—Réstame pedirte perdón por la injusticia con *que traté siempre...*

—No fuiste injusto; lo que soy y lo que valgo es todo obra de Rita, contestó lleno de modestia Enrique. Créeme, he necesitado hacer grandes esfuerzos para lograr suplantarte.

—Lo mismo me ha ocurrido á mí, dijo Silvia con sencillez.

—Así, así deseaba veros, cogidos de la mano como dos hermanos, añadió Rita acercándose al corro, rebosando *satisfacción.*

Nadie había mas gozoso que el joven y esbelto estudiante madrileño, que parecía como si le hubiesen cosido á las faldas de Rita.

—Luis, no vayas á despertar otra vez mis celos dormidos, le dijo Enrique sonriendo. Estás cortejando á Rita de la manera más escandalosa del mundo... Confórmate con nuestra Elsita, que ya haremos por que se parezca á su madre todo lo posible. ¿Se la damos, Rita?

El joven desapareció instantáneamente, y, volviendo con una copa de champaña, gritó con entusiasmo:

—¡Señores, á la salud de mi futura suegra!

A aquel brindis sucedieron un sin fin á cual más entusiastas; *y á aquel día feliz sucedieron muchísimos* que no le fueron en zaga. ¿Quién se atreve á describirlos, si sería repetir eternamente lo que parece que todo el mundo ignora y que todo el mundo sabe: lo que puede el amor?

FIN

© Biblioteca Nacional de España